

Libros del Asteroide 

Benoîte Groult
Los naufragios del corazón
Traducción de Lydia Vázquez



Benoîte Groult

Los naufragios del corazón

Traducción de Lydia Vázquez

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Los naufragios del corazón

Prólogo

1. Gauvain

2. La boda de Yvonne

3. París

4. Los diez años siguientes

5. Zil elwagnées Sesel

6. ¡Cuidado: peligro!

7. Disneylandia

8. Vézelay

9. Debout, zom'lib'!

10. Los rugientes cincuenta

11. Ver Montreal y morir

12. Los naufragios del corazón

Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *Les Vaisseaux du Coeur*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Éditions Grasset et Fasquelle, 1988

© de la traducción, Lydia Vázquez, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Nicola Smith / Trevillion Images

Fotografía de la autora: © Album / Rue des Archives / Bridgeman Images / Monier

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-06-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Es solitario aquel o aquella que no es
el número uno para nadie.

HELENE DEUTSCH

Prólogo

Antes que nada, ¿cómo voy a llamarlo para que su mujer no se entere nunca? Con un nombre bretón, eso seguro, puesto que tenía uno así. Pero querría que fuera un nombre de bardo, de uno de esos héroes irlandeses de valentía absurda, que han perdido la mayoría de las batallas, pero su alma, nunca.

¿Un nombre de vikingo, quizá? No, los vikingos eran rubios. De celta, más bien, esa raza de hombres morenos, bajos y fornidos, de ojos claros y un rastro pelirrojo en la barba. Porque pertenecía de los pies a la cabeza a ese pueblo de geografía imprecisa, de controvertida historia, de supervivencia más poética que real.

Quiero para él un nombre brutal y rocoso que combine bien con esa silueta suya, maciza, con esos cabellos suyos, de nacimiento muy bajo y tupidos, que se rizaban a la altura de su ancha nuca, con esos ojos intensamente azules como dos destellos de mar bajo unas cejas espesas, con sus pómulos de tártaro, con esa barba cobriza que se dejaba crecer cuando estaba en el mar.

Le pruebo varios y hago que desfile ante mi espejo interior... No, este no iría bien con el aire obtuso y furioso que adoptaba cuando alguien se le resistía; ese otro no pegaría con sus andares lentos.

¿«Kevin»? Sí, pero tendría que asegurarme de que se pronuncie a la inglesa y no «Quevain».

«Yves» suena a pescador islandés.

Además, me he encontrado demasiados Jean-Yves durante mis vacaciones en Bretaña, todos pequeños, flacuchos y pecosos.

¿«Loïc»? Puede ser... pero me gustaría un nombre menos corriente, un nombre propio de un cormorán.

¿Por qué no «Tugdual»? ¿O «Gauvain», uno de los Doce de la Mesa Redonda? ¿O «Brian Boru», ese Carlomagno irlandés? Pero los franceses lo llamarían enseguida «Brillan Boru», y se sustituiría la caricia de la erre

inglesa, ese impalpable vaivén de la lengua en medio de la boca, por el carraspeo sin gracia alguna que nosotros llamamos «r».

No obstante, necesita un nombre de caballero, eso está claro. Y qué caballero más fiel que Gauvain, hijo de Lot, rey de Noruega, y de Morgana, hermana de Arturo, que murió en combate singular contra Mordred, traidor a su rey. Sobrio, prudente, digno, generoso, de una fuerza terrible y una fidelidad absoluta a su soberano, según nos dicen los textos del ciclo artúrico, no era poeta, sino un hombre de deber, a cualquier precio, dispuesto a todas las aventuras y todas las heroicidades. Así se lo describe en el ciclo bretón y así es el hombre de mi relato.

En la vida real tenía un nombre que me parecía un poco absurdo. En cuanto entró en mi vida, le puse un montón de apodos. Hoy le dedico este nombre definitivo, bonito de escribir y bonito de leer, puesto que ahora solo puedo amarlo por escrito.

Lo cierto es que siento aprensión al sumarme a la caterva de escritores que han intentado atrapar en una hoja en blanco esos placeres conocidos como carnales pero que a veces hacen zozobrar al corazón. Y descubrir — como muchos de ellos sin duda, y como quienes, aún más numerosos, han tenido que renunciar— que el lenguaje no ayuda a expresar el arrebatado amoroso, ese placer extremo que hace retroceder los límites de la vida y engendra en nosotros cuerpos que no imaginábamos. Sé que me acecha el ridículo, que mis sentimientos concretos van a acabar atrapados en la banalidad y que cada palabra está dispuesta a traicionarme, desoladora o vulgar, insípida o grotesca, cuando no francamente repugnante.

¿Cómo nombrar según mi corazón esas excrecencias o esas increcencias mediante las que se expresa, se resuelve y resucita el deseo? ¿Cómo enternecerse diciendo «coito»? Co-ito, co-ido, participio de co-ir, ir juntos, claro. Pero, justamente, ¿qué pasa con el placer de dos cuerpos que «van juntos»?

Veamos: ¿penetración? Suena a término jurídico. «¿Hubo penetración, señorita?» Y «fornicar» despide hedor a sotana y pecado. Y «copulación» parece una tarea pesada, «ayuntamiento» resulta animal, la palabra «acostarse» ¡es tan aburrida!, y «follar», ¡tan expeditiva!...

Entonces ¿«desfallecer» o «fruir»? ¿«Holgar» o «yacer»? Por desgracia, se trata de palabras casi olvidadas, alegres invenciones de una lengua joven y verde que aún no se había dejado embridar.

Solo nos quedan hoy, en estos tiempos de inflación verbal en los que las palabras se desgastan antes aún que la ropa, las palabras obscenas o las palabras comodín, descoloridas de tanto repetirlas. Y luego ese airoso «hacer el amor», siempre a punto, pero vaciado de toda carga emotiva, escandalosa o erótica. Impropio de la literatura, en suma.

Y cuando se llega a los órganos que vehiculan el placer, el escritor, y quizá aún más la escritora, se enfrentan a nuevos obstáculos. «La verga de Jean-Phil estaba tiesa, tensa, a punto de estallar... El falo de Mellors se erguía soberano, temible... Los cojones del director adjunto... Tu adorable escroto... Su pene, tu pubis, su méntula... Mi vagina dentada... El clítoris de Béatrice...»

¿Cómo escapar a la chocarrería? Hasta la anatomía, cuando se trata de sexo, pierde su inocencia, y las palabras, esas cabronas que van a su aire y pasan de nosotros, nos imponen unas imágenes hechas y rechazan todo uso ingenuo. Vienen del latín, o del argot, de la jerga de los adolescentes o de la de los bajos fondos. Si es que existen. Porque el vocabulario del goce femenino es, hasta en los mejores autores, de una pobreza lamentable.

Habría que poder olvidarlo todo, empezando por la prensa especializada en turgencias, las fotonovelas sobre fondo de mucosas y los triple axel del sexo comentados por redactores resabiados. Y quizá olvidar más aún el erotismo chic que hay que apreciar para quedar bien y que viene envuelto en una jerigonza filosófica que enmascara su ignominia.

Y, sin embargo, la historia que querría contar no existe sin la descripción del pecado de fornicación. Mis protagonistas se sedujeron practicando el pecado de fornicación; para fornicar se persiguieron alrededor del mundo entero; por haber fornicado nunca pudieron desengancharse el uno del otro a pesar de que todo los separase.

Quedaría mejor —y resultaría más fácil para explicar este amor— evocar una complicidad de ideas o de culturas, una amistad de infancia, un talento excepcional en uno de ellos, una conmovedora enfermedad..., pero hay que reconocer la verdad como es: esos dos estaban hechos para

ignorarse, incluso para despreciarse, y solo el lenguaje inarticulado del amor les permitió comunicarse, y solo la magia del chisme en el chirimbolo (incluidas esas historias de predestinación que suelen invocarse en tales casos, o los misteriosos tropismos, o el juego de las hormonas, o yo qué sé), solo esa magia pudo unirlos tan profundamente que toda barrera quedó abolida.

Aún falta presentar como esplendoroso el acto más practicado de toda la tierra. Porque si no es para refulgir, ¿para qué escribir? ¿Y cómo captar esa esperanza de cielo que luce entre las piernas de los hombres y las mujeres y hacer pasar por un milagro lo que se produce en todas partes, desde siempre, entre sexos semejantes o diferentes, patéticos o gloriosos?

No dispongo para ello de ningún conocimiento que no esté al alcance de los demás ni de ninguna palabra de la que no se haya hecho antes uso y abuso. No se trata en absoluto de un viaje a tierras ignotas: no existe la Papúa del amor. Y más banal que un coño solo hay dos coños, y un falo de piel de primera calidad, llegado el momento, se deja vaciar igual que una polla de baja extracción.

Así que la prudencia me aconsejaría renunciar. Sobre todo porque entre el escollo de la pornografía y el del agua de rosa brillan ya con claridad insolente las pocas obras de arte de todas las literaturas que se mofan de todos esos peligros. Pero solo después, en caso de fracaso, aparece la prudencia como una cualidad. ¿Y acaso la literatura no es imprudente?

Finalmente, era tan hermoso el riesgo de escribir, a pesar de todo, las primeras líneas de la historia imposible: «Tenía dieciocho años cuando Gauvain se metió para siempre en mi corazón, o lo que entonces yo tomaba por el corazón y que todavía no era más que la piel...».

1. Gauvain

Tenía dieciocho años cuando Gauvain se metió para siempre en mi corazón, sin que nos diéramos cuenta ni él ni yo. Sí, todo empezó por el corazón, o lo que entonces yo tomaba por el corazón, y que todavía no era más que la piel.

Era seis o siete años mayor que yo y su prestigio de hombre que se ganaba la vida trabajando en el mar compensaba entonces mi prestigio de estudiante aún dependiente de su familia. Mis amigos de París eran unos lechuguinos, unos zazús, comparados con él, ya marcado por ese oficio que, en muy pocos años, hace de un adolescente musculoso una fuerza de la naturaleza y, con el tiempo, lo vuelve un anciano prematuro. Su infancia aún coleaba en su mirada, que apartaba en cuanto fijaban los ojos en él; su juventud asomaba en sus labios arrogantes de comisuras respingonas, y su fuerza de hombre imponía respeto a la vez por sus manos imponentes, como tensadas por la sal, y por esos andares lentos y pesados gracias a los que afirmaba cada paso como si siguiera creyéndose en el puente de un barco.

Hasta la adolescencia nos habíamos mirado de reojo, como los representantes de dos especies irreconciliables, él en el papel de mozalbeta bretón, yo en el de la parisina, lo que nos procuraba la reconfortante certeza de que nuestros caminos no se cruzarían nunca. Además, era hijo de labriego pobre y yo, hija de turistas, actividad que él parecía considerar como nuestra principal ocupación y un modo de vida que no le inspiraba ningún respeto. Durante sus escasas horas de ocio, jugaba apasionadamente al fútbol con sus hermanos, algo carente del menor interés para mí; o desanidaba pájaros o los cazaba con una honda, lo que me resultaba odioso. El resto del tiempo se lo pasaba peleando con sus amigos o soltándonos tacos cada vez que se cruzaba con mi hermana y conmigo, lo que me parecía profundamente masculino, es decir, detestable.

Fue él quien reventó las ruedas de mi primera bicicleta de niña rica, un insulto, es cierto, a la destartalada estructura con ruedas en la que bajaba con sus hermanos, en medio de un ruido de chatarra que les encantaba, por la única

calle del pueblo. Luego, en cuanto tuvo las piernas lo suficientemente largas, pasó a contonearse en la esquelética bici de su padre, jamelgo reducido a sus componentes indispensables, que él sustraía a escondidas cuando Lozerech padre pasaba la noche en una cuneta tras la borrachera del sábado. Nosotras, con ayuda de unas pinzas de tender, colgábamos postales en los radios de nuestras bicicletas cromadas, con timbre, guardabarros y portaequipajes, para producir un ruido de motor y dejar así boquiabiertos a los hermanos Lozerech, que nos ignoraban por completo.

Por una especie de convención tácita solo jugábamos con la única hija de los Lozerech, la última de «esa familia de conejos», como decía nuestro padre con desprecio, una rubita sin gracia que llevaba un nombre prohibido para nosotras: Yvonne. Ya lo he dicho: todo nos separaba.

Hacia los catorce o quince años, Gauvain desapareció de mi horizonte. Navegaba ya como grumete, durante el verano, en el arrastero de su hermano mayor, el *Vaillant Couturier*, ¡un nombre que me gustaba porque durante mucho tiempo creí que hacía alusión a un modisto valiente que había llevado a cabo un inesperado salvamento en altamar! Su madre decía que «sabía trabajar» y que «no tardaría en pasar a aprendiz». Pero por el momento era grumete, es decir, el chico de los recados de a bordo. Así lo exigía la costumbre, y su hermano, patrón de pesca, tenía menos derecho que nadie a ser indulgente.

Para nosotras eso significaba un enemigo menos en el pueblo. Pero, aunque reducidos a los cinco más jóvenes, los hermanos Lozerech seguían considerándonos, a mi hermana y a mí, como unas meonas por ser chicas y como unas pretenciosas por ser parisinas. Sobre todo porque yo me llamaba George, «George sin s», como precisaba cada vez mi madre, que me había sacrificado en el altar de su pasión de juventud por *Indiana* de George Sand. Mi hermana pequeña, que se llamaba tranquilamente Frédérique, y a la que, para vengarme, llamaba «Frédérique con q de culo», me reprochaba que me avergonzara de mi nombre. Y es verdad que lo habría dado todo por evitar las burlas y las preguntas cada vez que volvía al colegio, hasta que las nuevas se acostumbraban. Los niños son despiadados con todo el que se sale de la norma. Hasta que no fui adulta no perdoné mi nombre a mi madre.

En el colegio Sainte-Marie era menos duro que en el pueblo. Se podía hablar de George Sand, aunque no fuera precisamente santa de la devoción de las monjas. A fin de cuentas, acabó rehabilitándose con *La charca del diablo* o *La pequeña Fadette* y luego convirtiéndose en la «*bonne dame* de Nohant». Pero en Raguénès mi nombre daba lugar a un sinnúmero de sarcasmos. No se acostumbraban, o más bien se negaban a olvidarse de algo que daba tanto juego. Todos me llamaban George Sinese.

A ello venía a añadirse la presencia de mi familia fuera de la zona de los chalés, en el corazón de un pueblo de campesinos y pescadores donde constituíamos la única nota falsa. Los «pijamas de playa» de mi madre, las grandes boinas que se encasquetaba mi padre y sus pantalones de golf en *tweed* provocaban siempre la hilaridad general. Los críos de la aldea no se atrevían a burlarse delante de los padres, pero en cuanto estaban en pandilla, auténtico magma de machos que se estiman investidos de la superioridad natural de los portadores de pito, y con los Lozerech a la cabeza, se apresuraban a entonar, en cuanto nos vislumbraban a lo lejos, un estribillo cuya estupidez tenía que habernos hecho sonreír, pero que nos irritaba sobremanera:

¡Parisino, cabeza de pepino!

¡Parisiense, liliputiense!

De pequeños, las bromas más tontas son a menudo las mejores. Nos vengábamos cuando nuestros torturadores se encontraban reducidos a uno o dos especímenes. Juntos, representaban al Hombre. Aislados, no eran más que un chaval frente a una chavala o, peor aún, un campesino frente a una chica de la gran ciudad.

Gauvain nunca había venido a casa. De hecho, para él aquello no era una casa, sino un chalé con un ridículo tejado de paja, cuando los demás habitantes del pueblo aspiraban todos a tener un tejado normal, un tejado de pizarra. Esa paja auténtica, de centeno trillado a mano y obtenido con gran esfuerzo y a precio de oro en el último vendedor de paja para tejados de la región, les parecía un insulto a la sensatez.

Entre nosotros, una frase tan banal como «Ven a merendar a casa» o, más tarde, «Ven a tomarte una copa a casa» no era ni siquiera imaginable. No obstante, invitaba a menudo a Yvonne, que era de mi edad, a que viniera a casa a jugar con nosotras. Y, por supuesto, nosotras podíamos ir cuando quisiéramos a la granja. Allí, la incesante actividad, el desorden, la ropa de los ocho niños tirada por todas partes, los zuecos llenos de barro en el pasillo de la entrada, el patio repleto de bebederos remachados, de perros, gatos, gallinas e indefinibles aperos de labranza, que parecían no poder servir nunca más pero que encontraban su utilidad una vez al año para tal o cual faena en la que se revelaban irremplazables, todo aquello nos parecía el colmo de la libertad, a nosotras, habitantes de un chalé resplandeciente, obligadas a ordenar los juguetes cada noche y a limpiarnos cada día las sandalias con blanco de España.

Los intercambios siempre se habían producido en el mismo sentido, como demostraba mi breviario, la Biblioteca Rosa, donde veía a las señoras de Fleurville o de Rosbourg yendo a visitar a mujeres necesitadas, recién paridas, madres abandonadas o pobres viudas enfermas, quienes, por su parte, nunca habrían entrado en los salones de ellas.

A veces me quedaba a comer en casa de los Lozerech, saboreando una sopa con tocino que no habría probado en mi casa, después de binar las patatas con Yvonne, trabajo sin el menor atractivo pero que me servía para que no me consideraran como una de esas incapaces de la ciudad. Estaba más orgullosa de saber ordeñar una vaca que de situar las provincias francesas en el mapa mudo de mi cuarto. Me gustaba pensar que, en otra vida, habría podido ser una buena campesina.

Precisamente fue durante una de esas trillas cuando Gauvain y yo nos miramos por primera vez como seres humanos y no como los representantes de dos grupos sociales enemigos. Durante esos días, todos los vecinos acudían a echar una mano y cada familia esperaba a tener el máximo de brazos reunidos para empezar. Tres de los hijos Lozerech, entre ellos Gauvain, se encontraban en la casa al mismo tiempo, coincidencia rara que había que aprovechar para fijar la fecha de las grandes faenas. Frédérique y yo participábamos todos los años en su trilla porque eran nuestros vecinos más próximos, y compartíamos con orgullo el trabajo, el agotamiento de cada noche y también la excitación

que acompañaba al acontecimiento más importante del año, el que sentenciaba el balance anual de toda una casa.

La última jornada había sido asfixiante. Habíamos acabado ya con la avena y la cebada y llevábamos dos días con el trigo. El aire vibraba por el calor, cargado de un polvo denso que picaba en los ojos y las gargantas, y también por las ruidosas sacudidas de la máquina. Las faldas oscuras de las mujeres se habían vuelto grises, igual que el pelo y las cofias, y unos chorros de sudor pardo corrían por los rostros y los cuellos de los hombres. Solo Gauvain trabajaba con el torso desnudo. De pie, en lo alto de un carro, cortaba con una hoz las hebras de paja que retenían los haces y enganchaba estos con la horca para lanzarlos, con un gesto que me parecía augusto, al rodillo por donde bajaban rebotando. Lucía lustroso, con su sudor joven al sol, entre el trigo rubio que volaba a su alrededor, y sus músculos se agitaban sin parar bajo la piel, como los de la grupa de los dos fornidos caballos que le traían periódicamente nuevas cargas de haces.

Nunca había visto a un hombre tan hombre, salvo en las películas americanas, y estaba orgullosa de participar en esa ceremonia y de sentirme por una vez solidaria con aquel mundo suyo. De aquellas jornadas ardientes me gustaba todo: el olor acre de los sacos de trigo humeante, símbolos de abundancia, cuyo relleno vigilaba el padre de Gauvain, al pie de la trilladora, atento a que no cayera al suelo ni un grano de su tesoro; la merienda, a eso de las tres, un festín de tocino, paté, mantequilla en placas color amarillo oscuro generosamente untada en unos pedazos de hogaza, que hacía que nuestras meriendas de parisinas parecieran paupérrimas; los tacos de los hombres, incluso, cada vez que saltaba la correa y había que volver a colocarla en las poleas, mientras los que podían aprovechaban la parada de la máquina para humedecer con un trago de sidra el gaznate seco; y, por fin, cuando todos los sacos estaban amontonados en el pajar listos para el molinero, la *fest-noz* para la que se había sacrificado un cochino.

Aquella noche, todos nos encontrábamos en ese estado de fatiga extrema que obliga a la embriaguez, unidos por la satisfacción del deber cumplido, de la cosecha terminada y recogida, bañados por un crepúsculo de finales de julio que no se decidía a dejar paso a la noche, como suele suceder en Bretaña durante esa estación, cuando la oscuridad no consigue ganarle la partida a la

luz. El día se alarga, se defiende, y surge la esperanza de que, por fin, por una vez, venza a las tinieblas.

Estaba sentada junto a Gauvain, languideciendo al verme compartir aquel bendito momento con él, pero sin esperanzas de poder expresarlo. Entre labriegos, de la naturaleza se habla siempre con gran discreción. Estábamos mudos, violentos, incómodos por haber crecido. De hecho, habíamos roto con las trastadas y los juegos de la infancia y no los habíamos sustituido por nada. Los chicos Lozerech y las chicas Gallois estaban ubicándose en sus clases sociales respectivas después de la tregua artificial de la infancia y se preparaban para reducir sus relaciones a unos movimientos de cabeza y unas sonrisas de compromiso propios de esas gentes que se cruzan en el pueblo pero no tienen nada que decirse, ni siquiera una palabra malsonante. Seguíamos tuteándonos, preguntábamos educadamente por el trabajo o la pesca: «¿Qué tal el día?», «Y tú, ¿qué tal los exámenes?», preguntas cuya respuesta se escuchaba distraídamente, como esas conchas que ni se recogen en una playa en invierno.

Y luego, aquella velada, suspendida entre el día y la noche, entre el sueño y la realidad... En el momento de separarnos, a pesar del cansancio que suavizaba sus rasgos, Gauvain propuso inesperadamente ir a dar una vuelta a Concarneau, lo que fue acogido sin entusiasmo, pues el que más el que menos, todos aspiraban a ir a acostarse. Sin embargo, uno de los hermanos secundó la propuesta y, haciendo uso de todos los medios coercitivos que tenía a mi disposición («Te regalaré mi sujetador Rosy, el de encaje... o mi frasco de colonia Canoë de Dana») obligué a Yvonne a que me acompañara para no ser la única chica. Gauvain era uno de los pocos que tenía coche en el pueblo, un viejo Renault cuatro caballos, en el que amontonó todos los cuerpos que cupieron. Mi hermana no se apuntó: con quince años no se va a bailar a Concarneau.

A mí, que solo había ido al baile de la Politécnica o al Point Gamma, la fiesta anual de la escuela de Ingenieros, el baile de Ty Chupen Gwen me pareció más exótico que una danza apache. Amablemente, Yvonne me apadrinaba en ese medio donde yo era la única «liliputiense» entre un montón de machos ruidosos y bastante achispados. Pero por lo menos ahí no me quedaría pegada a la pared, como me pasaba demasiado a menudo en las

fiestas parisinas en las que mi timidez me relegaba detrás del tocadiscos cada vez que no había llevado conmigo al compañero de baile que exigían las invitaciones.

Apenas instalados, sin preguntarme nada y antes de que lo hiciera otro, Gauvain me sacó a la pista, enganchándome a su brazo con la misma firmeza con la que debía de agarrar un estay en su arrastero con mar gruesa. Sentía cada dedo de su mano en mis costillas, manos de verdad, me decía a mí misma, hechas para no soltar lo que tienen cogido, no como esos apéndices pálidos y distinguidos que frecuentaba yo en París.

Bailaba como un hombre del pueblo, como el Coupeau de Gervaise o los obreros en *La taberna* de Zola, con un movimiento de vaivén de los hombros demasiado pronunciado como para no parecer vulgar según mi código burgués. Ni una sola vez su mirada se cruzó con la mía y no intercambiamos una sola palabra. Él no sabía qué decir y yo, por mi parte, no veía qué tema podía interesarle. Aparte de «¿Te gustan las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke?» y «¿Qué tal se ha vendido el pescado esta semana?», ambas descartables, ¿qué podía decir una estudiante de Historia y Literatura Clásica a un muchacho que pasaba la mayor parte del tiempo en un barco en el mar de Irlanda? Mi timidez natural, unida al sentimiento de extrañeza que sentía al encontrarme en los brazos de un Lozerech, me dejaba sin habla. Pero eso no tenía ninguna importancia, puesto que él me cogía de la mano entre cada baile, esperando a que la música empezara de nuevo. Gauvain seguía oliendo a sol y a trigo y tenía la impresión de que me manejaba como uno de esos haces, con ese aire sombrío y concentrado que adoptaba en el trabajo.

Por otra parte, ¿qué palabras habrían podido dar cuenta del sentimiento que nos invadía y que era, a todas luces, totalmente incongruente y absurdo? El sentimiento de que nuestros cuerpos se reconocían y de que nuestras almas (que no nuestros cerebros) aspiraban a reunirse, sin preocuparse por todo lo que podía separarlas en este bajo mundo. Yo pensaba en Platón, por supuesto. En esa época, mis opiniones y mis emociones solo se expresaban a través de poetas y filósofos. Gauvain, sin la menor garantía, se dejaba invadir por el mismo embrujo, yo lo notaba. Unas impresiones así nunca nacen aisladas.

Aguantamos un vals y dos pasodobles. *Tango Poema* prolongó nuestro arrebató. A nuestro alrededor, como en otro planeta, oía a los amigos que

soltaban bromas cada vez más pesadas para ocultar sus crecientes ganas de follarse a las chicas, enternecidas por el alcohol y algunos tocamientos aproximativos. Sin ponernos de acuerdo, aprovechando que se había hecho de noche repentinamente, Gauvain y yo salimos de allí. Decretando, con el soberano egoísmo de la gente dichosa, que Yvonne y su hermano encontrarían fácilmente a algún amigo que los llevara a casa, nos fuimos como cobardes en el cuatro caballos.

Por supuesto, Gauvain cogió la carretera de la costa. En casos semejantes el instinto lleva al mar. Sabíamos que sustituiría toda conversación y que nos envolvería con su maternal grandeza, con su indulgente silencio. Fuimos parando al final de cada camino: en Le Cabellou, en La Jument, en Trévignon, en Kersidan y en la playa de Raguénès. Dábamos marcha atrás cada vez porque entonces no existía aún carretera costera, solo vías sin salida, igual que nuestras vidas, aquella noche. Cuanto menos hablábamos, menos capaces éramos de romper el silencio que henchía nuestros corazones. Gauvain se contentaba con pasar su brazo por encima de mis hombros y estrecharme tembloroso contra él, rozándome de cuando en cuando la mejilla con su sien.

En Raguénès había marea baja. La lengua de arena que une la costa a la isla en temporada de mareas vivas brillaba bajo la luna. A la izquierda, en la cara este, a cubierto de los vientos dominantes, apenas se distinguía la línea de encuentro entre el agua y la arena: el mar no tenía el menor pliegue. En la cara oeste, una brisa ligerísima rozaba apenas el paño plateado del agua, bordeada por una agitación fosforescente. Todo era tan puro, tan semejante a nosotros, que bajamos para caminar un poco a la orilla de aquella agua silenciosa.

—¿Y si nos diéramos un baño de medianoche?

La idea se me había ocurrido de repente. Era la primera vez que nos encontrábamos juntos en una playa. En aquellos años, los bretones no iban casi nunca a la playa. Bañarse les parecía cosa de turistas. Sin duda, los marineros llevaban demasiados siglos con los pies en el agua como para considerarla un lugar de distracción. Nos desnudamos a una distancia de cortesía, sin mirarnos. Hasta entonces nunca me había desnudado delante de un chico, pero me dio pena que Gauvain no echara al menos una ojeada. Yo me sentía guapa a la luz de aquella luna y menos desnuda que en una habitación, iluminada con crudeza por una bombilla. Tanto para esconder mi parte delantera como para

evitar mirar la suya, me precipité la primera en el mar, por la cara este, solo por el placer de estrellar ese espejo demasiado liso. Pero no fui muy lejos: enseguida adiviné que Gauvain no sabía nadar. «¿De qué serviría saber, aparte de para sufrir más aún, cuando uno es arrastrado por una ola, en plena noche, en medio de un mar glacial?», me dijo. Me di cuenta de que no teníamos la misma relación con el mar. Gauvain y yo no frecuentábamos la misma persona y era él quien conocía la auténtica.

Nos zambullimos un buen rato en el agua temblorosa, frotándonos y riéndonos como dos ballenas dichosas, sin decidirnos a salir porque sabíamos que, en tierra, en seco, íbamos a encontrar, con nuestra ropa, nuestros estados civiles y nuestras convenciones.

Era una de esas noches irreales en las que cierto plancton fosforescente sube a la superficie y, con cada brazada, con cada salpicadura, el mar parecía crepitar de destellos. Una ola de melancolía nos iba sumergiendo poco a poco, completamente desproporcionada en apariencia con el momento que acabábamos de pasar, como si hubiéramos vivido juntos un largo tiempo de pasión y como si un acontecimiento tan inexorable como una guerra se dispusiera a separarnos. El acontecimiento en cuestión fue el alba. El cielo clareaba ya por el este, aproximando la tierra a sus proporciones más justas.

Gauvain me dejó delante de la puerta de mi casa. La luz del cuarto de mi madre seguía encendida; estaba esperándome. Él me dijo, a una distancia respetuosa: «¡Ale, adiós!». Había recuperado su voz habitual. Después, dudoso, había añadido: «Hasta un día de estos, quién sabe», y yo contesté igual de llanamente, con los brazos pegados al cuerpo: «Gracias por acompañarme», cuando la verdad es que no le habría quedado otra, visto que nuestras casas estaban pegadas.

Dos días después volvía a embarcar en el *Vaillant Couturier* y yo no volvería a verlo en todo el verano porque regresábamos a París a principios de septiembre. ¿Se piensa en los marineros, en invierno, cuando se está en un piso con todas las comodidades? Y ¿qué pasarela se podría tender entre el puente de un arrastrero y el anfiteatro Descartes en la Sorbona, donde el señor Pauphilet iba a diseccionar para nosotros las maravillas de Aucassin y Nicolette y descubrirnos el amor cortés?

Se dirigió hacia su granja y la oscuridad lo engulló rápidamente. Entré en casa sacudiéndome el pelo mojado. Tener que pasar a ver a mi madre antes de llegar a mi cuarto me despojaba de todo el romanticismo: lo que acababa de sentir se deshacía ya, alejándose a toda velocidad a pesar de todos los esfuerzos, como esos sueños que se borran en unos segundos a medida que uno se despierta, sin dejar nada entre los dedos. Sin embargo, hasta el final de aquel verano, me parece que anduve con un paso menos firme y que una bruma tenue se mezcló con el azul de mi mirada.

Tanto es así que una noche más suave que las otras, de esas que se dan en Bretaña al final del verano, se me puso entre ceja y ceja escribir un poema para Gauvain, a la manera de una botella que dudé mucho tiempo en lanzar al mar. Quizá se burlarían entre amigos al leer las timideces de la parisina... «Ya sabes, de la familia que vive en la casa del tejado de paja en el extremo del pueblo...» «Está bastante buena, la chavala...» «¿Tú crees?»

El miedo al ridículo me impidió mandarle a Gauvain el poema, el primer poema de mi vida.

Muy puros ante el océano
nos sentamos los dos
tú eras tímido como un hombre-niño
que no hubiera leído a Gide.
La noche era dulce como la noche
pero yo fría como la primera mujer.

Permanecimos al borde del tiempo
al borde del deseo y de la mujer en mí
tú hombre y yo niña
agarrotada y tranquila
como sabemos estar a veces a los veinte años.

Vuelvo a menudo a Raguénès
yo que he leído a Gide
para volver a cruzarme con tu mirada huidiza
y tu boca salvaje y temblorosa.

Hoy soy dulce como la primera mujer
pero las noches son frías como la noche.

Y, sin embargo, esta noche te besaría tan a gusto
con ese sabor a sal en nuestras pieles
tú que navegas por el mar de Irlanda
en medio del violento abrazo de las olas
muy lejos de mis veinte años
y de la dulce playa a la que me llevaste
para pescar la fabulosa bestia
que no se dejó ver.

¿Y tú?
¿Vienes alguna vez aquí
a llorar por aquel beso que no nos dimos?

Enseguida se tuvo que cerrar la casa de cara al invierno, dejar atrás el verano de mis dieciocho años. Abandoné mi poema en un herbario: acabó en el fondo de un cajón junto a otros recuerdos de las vacaciones que el tiempo se encargaba de empalidecer: un erizo rosa vacío, una horquilla Kirby Grip color bronce enganchada en un cartón amarillento, un calcetín solitario que guardaba con la esperanza de encontrar el otro y una espiga de trigo recogida en el patio de los Lozerech la noche de la trilla.

El verano siguiente tampoco tiré el poema. Siempre quise creer que un día llegaría a su destinatario y que le recordaría el sabor inolvidable del primer deseo.

2. La boda de Yvonne

Volví a ver a Gauvain dos años después. Había escogido definitivamente el mar como oficio. Era ya oficial de maniobras y solo pasaba en Raguénès dos días de cada quince, entre dos mareas. En otoño quería ir a la Escuela Náutica de Le Rouz, en Concarneau, para llegar a teniente de pesca.

Su vida estaba organizada según el esquema de costumbre: acababa de echarse novia, «porque uno no puede quedarse para siempre en casa de los padres», me había dicho como si buscara una excusa. Su futura esposa, Marie-Josée, era obrera en una fábrica, también en Concarneau. No tenían prisa. Primero querían hacerse una casa en Larmor, en un terreno que él había heredado de la abuela Lozerech y para la que habían pedido un crédito a veinte años antes de poner la primera piedra.

En lugar de injuriarnos o ignorarnos, nos evitábamos; al menos Gauvain me evitaba. A mí me hacía gracia obligar a aquel magnífico muchacho a bajar la vista cuando me lo cruzaba por el pueblo. Él, a cambio, se ponía a hablar en bretón con los otros clientes en cuanto yo entraba en las tiendas de la aldea para dejarme claro que no era de su mundo.

Sin embargo, en la boda de Yvonne no tuvo más remedio que mirarme a la cara por segunda vez. Ella quería que yo ejerciera de testigo y Gauvain había prometido ser el del novio, que también era marinero, pero de la armada francesa, lo cual para la novia era una condición *sine qua non*. En efecto, Yvonne se casaba para escapar de su condición de agricultora: odiaba la tierra, ocuparse de los animales, las manos agrietadas en invierno, los zuecos llenos de barro hasta el domingo y la vida en general que llevaba en la granja. Pero no quería a un naseiro como su hermano Robert, uno de esos hombres que volvía a casa cada noche y te despertaba a las cuatro de la mañana antes de irse al mar, y con las manos que apestaban a cebo; ni a un pescador de arrastre como sus otros dos hermanos. No, lo que necesitaba era un tipo que no pusiera una mano en el pescado, que llevara un bonito uniforme y, sobre todo, que estuviera ausente durante meses, meses que contarán el doble para la

jubilación, en la que ya estaba pensando. Un tipo que le diera la oportunidad de ir un año o dos a Yibuti, a Martinica o, con un poco de suerte, a Tahití. Y el resto del tiempo vivir en paz, en una casa nueva. Yvonne, que de niña no había tenido tiempo de jugar y no se sentaba más que para comer (aunque su madre y ella tenían que estar levantándose todo el rato para servir a los siete chicos, más el padre, más el chaval medio retrasado que tenían de ayudante), solo aspiraba a una felicidad: ¡vivir en paz! Y esa fórmula le hacía esbozar una sonrisa extática, que se dibujaba en su cara cada vez que la pronunciaba. La paz significaba no volver a oír cómo ladraban su nombre: «¡Yvonne, coño, traes esa sidra o qué! ¡Que tenemos prisa, joder!... ¡Yvonne, vete al lavadero, tu hermano necesita la ropa para mañana!... ¡Yvonne, espabila de una vez, que la vaca no se ordeña sola!...».

El matrimonio le parecía un desierto de dicha. Así que se quedó con el primer muchacho que reunía las condiciones, aunque fuera un flacucho que apenas daba la talla para la armada (había necesitado una dispensa para el centímetro que le faltaba... que le faltaba sobre todo a la altura del cerebro, según decían las malas lenguas)... Pero para ella eso no constituía un inconveniente redhibitorio: así se acostumbraría más fácilmente a sus ausencias.

Lo más difícil fue organizar la boda y fijar una fecha. Había que compaginar la presencia simultánea de los tres pescadores de la casa —lo que sucedía rara vez ahora que ya no navegaban en el mismo barco— con las vacaciones del que era maestro en Nantes y mi estancia en Raguénès. Sobre todo porque los Lozerech querían obsequiar a su única hija con una bonita ceremonia, con tres damas de honor en vestido de organza color verde almendra e invitados que vendrían en autobús de todo el Finisterre sur.

Y para nosotros, para Gauvain y para mí, también iba a ser una bonita boda, ¡porque estaba escrito que las fiestas y las ceremonias serían nuestra perdición!

Estábamos juntos ya desde las nueve de la mañana, frente a la primera copa de muscadet, e íbamos a seguir así, yendo y viniendo, sin separarnos, todo el día y buena parte de la noche, y al día siguiente otra vez, para la tornaboda.

Desconocido, endomingado, con los rizos rebeldes bien engominados, parecía un oso sabio y su aspecto me recordaba al peor Gauvain de antes. Yo llevaba un conjunto de seda tursor color crudo que olía a capital, unos zapatos de cierre en el tobillo que me hacían las piernas, ya bonitas de por sí, más atractivas aún, y toda mi persona desprendía esa privilegiada serenidad propia de quienes nunca han deseado nacer en un sitio distinto de la blanda cuna que el destino les ha otorgado.

Ese día yo representaba todo lo que él detestaba, lo que despertó en mí el repentino deseo de romper su caparazón para tener a mi merced el meollo vulnerable que adivinaba en él. El episodio de la isla seguía clavado en el fondo de mi memoria, tras una puerta que se había cerrado demasiado deprisa y que daba acceso a un país luminoso apenas vislumbrado. ¿Había soñado aquella emoción que ahora volvía a encogerme el corazón? ¿También la había sentido Gauvain? No quería pasar el resto de mi vida haciéndome aquella pregunta, en las noches de nostalgia; le haría confesar a Gauvain, ese día o nunca.

En la misa, no intentar nada; ni durante la interminable pose para la foto en las escaleras de la entrada de la minúscula capilla de Saint-Philibert, pueblo natal del flacucho de la armada francesa. Un fuerte viento del suroeste hacía volar las cintas de las cofias y levantaba las grandes gorgueras que llevaban las dos madres de los novios y un grupo de irreductibles. Luego nos cayó un chaparrón y mis rizos cuidadosamente naturales flamearon sobre mis mejillas.

Por fin el fotógrafo se decidió a recoger su refugio de rasete negro y su pie telescópico, dando así el pistoletazo de salida a la carrera hacia el Café du Bourg para el aperitivo con derecho a baile. Pero ahí, una vez más, los hombres se aglutinaron en la barra y los chavales alrededor de las máquinas tragaperras, sin mezclarse con el grupo de las mujeres.

Tuve que esperar hasta las dos de la tarde para sentarme en el banquete junto a un Gauvain ya bastante achispado que se preparaba, pobre inocente, a empalmar con el muscadet, el burdeos, el champán y el aguardiente, acompañamientos obligados del ritual convite de bodas y aliados míos en aquella operación-verdad a la que quería someterlo. La embriaguez es cómplice de todas las flaquezas.

Todavía no habíamos llegado a la inevitable lengua de buey en salsa de madeira, que marca el paso del vino blanco al tinto, y ya constataba en mí una receptividad creciente hacia el cuerpo de Gauvain, pegado al mío. Mi padre decía: «Blanco sobre tinto, quieto en el recinto, tinto sobre blanco, derecho al barranco». Gauvain parecía no darse cuenta de mi presencia, lo que atribuía yo a la de su novia, sentada a su derecha, con cara de buena y un vestidito rosa que no pegaba nada con su tez de rubia no lo bastante rubia, rematada por una de esas melenas permanentadas que se llevaban allí, y precedida por unas tetas a lo reina de Inglaterra a modo de pecho único embutido en una funda de almohada. ¿Debería conformarse Gauvain con semejantes sinuosidades? Yo empezaba a estar lo suficientemente borracha como para sentir pena por él y desear que pusiera una mano, o hasta las dos, en mis pechos, y de inmediato. Pero ¿cómo lograrlo? Estaba calculando unas maniobras tan groseras... que habría resultado grosero por su parte no responder. Ya me encargaría después de demostrarle la delicadeza de mi alma. Pero como todos los gestos salaces que he deseado hacer en mi vida, el que habría sacado a Gauvain de su irritante indiferencia no llegó hasta mi mano. Sin duda, ¡tengo el cuerpo mejor educado que la mente!

Mientras pasaban las horas, el convite de bodas de Yvonne iba atascándose en el aburrimiento de los banquetes que no quieren acabar nunca, entre las migas, las manchas de salsa y las copas derramadas. Las aldeanas se soltaban los cinturones y se quitaban bajo la mesa los zafios zapatos de tacón comprados en el mercado, que las torturaban desde por la mañana; los hombres hacían cola en la puerta de los servicios y volvían como nuevos subiéndose la bragueta; los niños, sobreexcitados, se perseguían a gritos tirando las sillas a su paso, mientras el recién casado se reía muy alto con sus amigos para demostrar que tenía la situación controlada, e Yvonne, con la nariz algo roja y el rostro reluciente bajo su corona de rosas pompón, conocía por fin lo que es la soledad de una recién casada.

Yo esperaba el baile, que me permitiría, no me cabía la menor duda, desbloquear la situación. Pero aún no habíamos concluido el banquete, que recobró un nuevo vigor con la llegada de la tarta nupcial y el champán, dejando vía libre a los cantantes. Un racimo de obstinados ancianos, con la voz aún más temblorosa por el alcohol que por los años, no iban a

perdonarnos una sola estrofa de esos interminables lamentos bretones, donde la ausencia, las promesas traicionadas y los naufragados sin sepultura componen para las jóvenes esposas un espantoso panorama de futuro.

Estábamos en la séptima estrofa de *Recouvran-an-ce*, que una cantante que se creía Rina Ketty no acababa de asesinar del todo, cuando Gauvain se levantó y entonó inmediatamente después el *Bro Goz Va Zadou* (*Viejo país de mis ancestros*), muy aplaudido por la asistencia. Su voz de bajo acabó de matarme; no necesitaba mucho más. La hacía vibrar en esas sílabas a la vez duras y desgarradoras de la lengua bretona con una complacencia enternecedora, y esa voz de bardo, que me recordaba a la de Félix Leclerc, sentaba de maravilla a su torso poderoso y a los músculos que abultaban sus hombros, que se dibujaban de manera casi indecente bajo su traje ajustado, cortado muy a medida por el sastre de Trégunc (que se empeñaba en embutir esas fuerzas de la naturaleza en unas mallas pegadas marcando trasero y conteniendo con mucho esfuerzo unos muslos abombados).

Marie-Josée fue la que dio la señal de los besos que puntuaban cada canción con la estrofa ritual:

El se-ñor cura no quiere
que los chicos besen a las chicas
pe-ro no prohíbe
que las chicas besen a los chicos...

Pues yo también iba a besar al mozo Lozerech, y no poco, y pasaría la última para no mezclarme con el rebaño balador que desfilaba ya para darle un beso a Gauvain el guapo. Él, feliz por tanto éxito, se reía a carcajada limpia, dejando al descubierto un incisivo roto en un costado que le daba un aire de veterano tan divertido como el parche negro a un ojo de pirata. Estaba sentada a su lado, así que me habría bastado con inclinarme y pegar mis labios a ese incisivo, rápidamente, como sin querer.

Entonces Gauvain me lanzó una ojeada penetrante y vi que no había olvidado la isla.

Pero aún había que soportar el aperitivo en el Café du Port mientras esperábamos que llegara la célebre orquesta Daniel Fabrice, de Melgven, para

animar el baile. Sin embargo, mi momento no iba a tardar en llegar, ya no me cabía ninguna duda.

La sala de baile era siniestra y estaba desnuda e iluminada con una luz muy cruda, y vi en un espejo que había perdido frescura desde la mañana. Sobre todo comparada con los invitados, impecables, que iban llegando, y entre ellos algunos de mis amigos de veraneo, que venían un poco como quien va al zoo. Me encontré aspirada con toda naturalidad por su círculo, que en el fondo era el mío. Yo lanzaba miradas desesperadas a Gauvain, pero no lograba captar su atención, ya no existía para él.

Practiqué métodos de resultados probados, magnetizándolo con ojeadas intensas dirigidas a su nuca, volviéndome más brillante que una luciérnaga cada vez que creía encontrarme en su campo visual, negándome ostensiblemente a bailar los tangos más lánguidos con mis amigos, deambulando por las cuatro esquinas de la sala como alma en pena... Ninguna de mis artimañas funcionó y Gauvain cogió a Marie-Josée en sus brazos para bailar todos mis bailes favoritos.

¡Pues nada! No me quedaba otro remedio que reunirme con mi grupo y olvidarme del guaperas del pueblo. Ya no podía esperar nada, aquel baile era horrible, todo estaba perdido y, la verdad, mejor así. ¿Qué habría hecho después con Gauvain? Solo podía hacerle daño. Ese noble pensamiento procuró un poco de bálsamo a mi amor propio.

—¿No se queda para la sopa de cebolla? —se sorprendió el padre de Yvonne cuando fui a despedirme.

¡Ah, no! No quería ver más ni a Gauvain ni a su centinela. De repente me sentía cansada, a mil leguas de aquella familia Lozerech. Le di un beso rápido a Yvonne antes de eclipsarme enseguida con mi gente. «No habrías hecho más que estropear un bonito recuerdo», me dijo Frédérique, más que razonable.

Su frase me enfadó aún más. Los recuerdos enlatados no me interesaban. Odio los recuerdos bonitos. Solo me gustan los futuros bonitos.

Ya estaba yo en el jardín del hotel, pasando por encima de toda aquella carnaza borracha tirada en la cuneta y de la que aún se movían algunos trozos que dejaban escapar un fragmento de canción o levantaban un brazo al cielo para proferir una frase definitiva, cuando sentí una mano en el hombro que me sobresaltó:

—Tengo que verte —susurró Gauvain imperiosamente—. Espérame esta noche en la cala, me reuniré contigo en cuanto pueda.

Algunos amigos lo llamaban a gritos y Frédérique me esperaba ya nerviosa en el coche. Pero me tomé mi tiempo: dejé que la frase bajara hasta lo más profundo de mí, respiré hondo y una ola de felicidad me sumergió, llenándome de júbilo y de una determinación resplandeciente.

Después de toda aquella peste a tabaco en la sala de baile, el viento del oeste traía bocanadas del aroma violento de las algas, de olor a sexo. Pasé por casa, para tener una coartada. También para coger la trenca previendo que me resultaría útil para protegerme de las asperezas del suelo cuando Gauvain extendiera sobre mí sus ochenta kilos. Y metí en el bolso, por si acaso, el poema escrito para él dos años antes, que dormitaba en un cajón. Antes de salir, se lo dejé a mi hermana para que lo leyera, y puso mala cara.

—Parece de una cría —me contestó.

¡Yo lo encontraba precioso! ¿Acaso no se convierte una en una cría cada vez que corre en busca del amor?

Aquella noche no se distinguía la luna. La isla de Raguénès se erigía como una masa negra sobre un mar negro, y todo parecía inmóvil, como a la espera de algo que va a suceder. Rectifico: era yo la que esperaba algo. Para la naturaleza, era una noche estival como cualquier otra.

Desde el primer minuto de la espera, me sumergí en el delectable proceso del placer. Estaba viviendo lo mejor de la vida, y era consciente de ello. Aquella noche, habría dado diez años de mi existencia (¡pongamos cinco!) para que nada viniera a obstaculizar el desarrollo de la obra de teatro que íbamos a interpretar, aunque ninguno de los dos nos supiéramos aún el papel. ¿Qué representan unos años de vejez cuando se tiene veinte años? Me preparaba para vivir una noche sin mañana, robada a las conveniencias, a la prudencia, a la esperanza incluso, y sentía una especie de alegría salvaje.

Por fin llegó Gauvain. Aparcó al borde del acantilado, oí cómo cerraba la puerta del coche y adiviné su silueta escrutando la oscuridad. Probablemente me hubiera visto gracias a la luz de los faros, porque se puso a correr cuesta abajo por la pendiente rocosa. Yo me había apoyado contra una barca arrastrada hasta la arena para protegerme del viento. Estaba sentada con las rodillas entre los brazos, en una postura que me parecía a la vez deportiva

y romántica... A los veinte años una cuida esas cosas. Gauvain me cogió de las dos manos, para levantarme más deprisa, y antes de que pudiera yo articular ni una palabra, me estrechó con fuerza, pasando inmediatamente su pierna entre las mías, abriendo mi boca con la suya; mi lengua se tropezaba con su diente quebrado, mi mano se paseaba por primera vez por debajo de su chaqueta, sumida en un calor perfumado, y mis dedos recorrían ese conmovedor hueco que forma la cintura en el arqueado de la espalda, entre los músculos de los riñones, en algunos hombres. Sin ruido, se puso a llover y no nos dimos cuenta, inmersos como estábamos en nuestro remoto país. Por un momento pensé que Gauvain estaba llorando y me aparté para mirarlo a los ojos... Unas mechass relucientes le caían ya en volutas por la frente, y unas gotas minúsculas brillaban entre sus pestañas levantadas. Puede que sí fueran lágrimas. Nuestras bocas se unieron, se desunieron y se juntaron de nuevo, sonrientes, resbaladizas por el agua del cielo, que tenía un sabor delicioso, y la negrura del aire y la melancolía de la playa mojada y la piel de gallina bajo las gotas nos rodeaban por todas partes, aislándonos de la agitación de aquel día para sumergirnos en la sencillez apenas soportable del amor.

La lluvia empezaba a abrirse camino por nuestros cuellos y el garbino comenzaba a soplar con fuerza, pero nosotros ya no podíamos despegarnos. Gauvain indicó con un movimiento de barbilla la cabaña en ruinas de la isla, que aún conservaba parte del tejado, suspendido de una última viga. Sonreí: ¡ahí era donde jugábamos siempre de niños!

—Nos da tiempo —dijo—, la marea no sube hasta las dos de la mañana más o menos.

Corrimos por la cresta de arena que une la isla a la costa en bajamar, yo me torcí los tobillos con las algas y Gauvain, con esos ojos de husky que ven en la oscuridad, me ayudó a trepar por la planicie cubierta de hierba hasta nuestra cabaña... o lo que quedaba de ella. Sin aliento, nos cogimos las manos en silencio, impresionados por la gravedad del placer de desear tan intensamente lo que íbamos a hacer juntos allí, en aquel refugio precario, sin pensar en el pasado ni en el futuro. Cuando la vida se condensa entera así, en un solo instante, y se consigue olvidar todo lo demás, se alcanza probablemente la forma más intensa de alegría.

Nos resguardamos en el único rincón seco de la ruina con suelo de tierra y me alegré de haber cogido la trenca. No sabía decirle otra cosa que: «¿Estás aquí? Dime que eres tú... En medio de esta oscuridad me entran dudas». «Sabía que nos encontraríamos de nuevo, un día, lo sabía», me contestaba él, acariciándome la cara para verla mejor, examinando luego con suavidad mis hombros bajo la blusa, y después mi nuca, mi cintura, esculpiéndome poco a poco en la admirable materia de la espera.

No había hecho el amor muchas veces en mi vida. A los veinte años solo había conocido a Gilles, mi iniciador... iniciador en nada, porque ni uno ni otro sabíamos qué hacer con nuestros órganos sexuales... y a Roger, cuya inteligencia me dejaba muda de admiración e incapaz de razonar, incluso cuando se me cepillaba entre un ejercicio de física y el siguiente, encima de la manta marroquí de su buhardilla con derecho a agua corriente en el rellano, en cuatro o cinco tacatá-tacatá, precedidos de igual o menor número de cuchi-cuchi a modo de estárter. Vuelvo a pensar en ello, muy a mi pesar, cada vez que veo a un violinista haciendo vibrar una cuerda de su instrumento con la punta del dedo corazón para soltarla después una vez obtenido, o supuestamente obtenido, el efecto deseado. Durante la intromisión hacía amablemente el esfuerzo de gorgotear unos te quiero a los que yo respondía con otro te quiero para darme ánimos y poner algo de pasión en aquel cuarto de hora que aguardaba cada vez con la misma esperaza y del que salía visiblemente sin el mismo alivio rudimentario que él. Pero como no me hacía ninguna pregunta y volvía a la carga regularmente, eso es que no se me daba mal y que el amor físico, como lo llamaba yo entonces, era eso. Yo prefería el antes, él, el después. Quizá en ello residiera la famosa diferencia entre sexos.

No recuerdo si Gauvain era tan buen acariciador entonces como lo fue después. En aquella época las caricias no se llevaban mucho en su entorno. Y tampoco yo me dejaba acariciar mucho por entonces. Roger me parecía lo normal. No se puede aburrir a los hombres con un «No, ahí no, más arriba» o «¡Ay, no tan fuerte!» o, peor aún, «Un poco más, por favor». Porque si los fastidias, pareces insaciable y entonces te dejan por otras chicas, de esas que están siempre contentas, que adoran su varita mágica y beben su santo crisma con cara de comulgantes. Eso, al menos, era lo que se decía a mi alrededor, y

¿cómo verificarlo? La franqueza no tenía validez con los machos: no hablaban la misma lengua que nosotras. Somos de un sexo como somos de un país.

Aquella noche, por primera vez, se abolió la frontera, como si nuestros cuerpos se conocieran desde siempre, y progresábamos al ritmo del mismo deseo hacia la desaparición de nuestras diferencias, como si hubiéramos estado esperándonos para hacer por fin el amor y deshacernos el uno en el otro, sin fin, sin conseguir agotar el placer de gozar durante el goce mismo y sintiendo ya en el hueco del placer pasado las ondulaciones del placer futuro. Estábamos viviendo una de esas noches sin duración como solo se dan unas pocas en el curso de toda una existencia.

La marea, que había empezado a subir, nos devolvió a la tierra: Gauvain distinguió de repente el ruido de las olas que se acercaban. Ese hombre siempre sabía dónde estaba el mar.

—Si no nos vamos ahora mismo, tendremos que volver a nado —anunció, mientras de un salto recogía nuestra ropa tirada por el suelo.

Mi sujetador echó a volar y renuncié a buscarlo. A fin de cuentas, mi nombre no estaba escrito en él. Gauvain no lograba meter los botones húmedos en los ojales, encogidos por la lluvia, y lo oía maldecir en la oscuridad. Por fin, más o menos listos, yo con el bolso de mano arrastrando, como una imbécil que saliera de un salón de té, y el otro, que parecía un loco, con el pantalón anudado al cuello, exponiéndolo a la lluvia para que no se mojara en el mar, corrimos, conteniendo a duras penas el ataque de risa, tropezando en los charcos, hacia el paso, que una intensa corriente iba tragándose ya. Nos agarrábamos fuerte el uno al otro para no ser arrastrados, y conseguimos cruzar el vado de milagro, con el agua por el ombligo. Pero ¿hay forma más hermosa que esa de lavarse del amor?

El cuatro caballos nos pareció comodísimo y, sobre todo, seco. Nos costó vestirnos con la ropa empapada. Ya en el pueblo, Gauvain aparcó en el patio de la granja y me acompañó a pie. La calle olía a establo caliente y se oía el rumor sordo de los animales removiendo la paja. También nosotros aspirábamos a la tibieza seca de un establo, pero había que volver, retornar cada uno a su vida. De repente hacía frío y nos refugiamos por última vez en el calor de nuestras bocas mezcladas.

—Tengo algo para ti —le dije con voz susurrante mientras sacaba del bolso el poema humedecido—. Sé que te voy a parecer ridícula... pero lo escribí después de aquella noche, ya sabes... hace dos años...

—Ah, ¿tú también? —preguntó Gauvain con su voz nocturna—. Yo pensé que...

—¡Fuiste tú el que no dio señales de vida!

—Me parecía que era mejor así, para los dos. Y esta noche no he podido evitarlo, pero me arrepiento. Soy un cerdo, en el fondo.

—¿Por qué? ¿Porque tienes novia?

Se encogió de hombros.

—Me eché novia para defenderme de ti... de las ideas que pudieran pasármeme por la cabeza. Entre nosotros no podía funcionar, nunca me hice ilusiones. Y no tenía que haberte llevado allí esta noche, ha sido una tontería, perdóname.

Dejó caer su cabeza de carnero de rizos tupidos sobre mi hombro. Respiraba profundamente. Habría querido explicarle que la única tontería imperdonable es resistirse a uno de esos momentos de los que hay tan pocos en la vida, tal y como ya me imaginaba yo entonces. Pero no me habría entendido. No funcionaba con esos presupuestos. Y además la lluvia arreciaba, mi trenca olía a perro mojado, el barro se metía en nuestros zapatos y estábamos tiritando de frío y melancolía. Gauvain también de ira. Se había dejado llevar por los sentimientos, y eso no casaba con su proyecto vital. Sentía cómo se iba poniendo rígido, con prisa por volver a sus certidumbres, a su mundo bien ordenado.

—Te perdono —le dije— si me juras que volveremos a vernos antes de que empieces las clases, este invierno. Una vez, una vez de verdad, con una cama de verdad... y sin miedo a la marea. Me gustaría conocerte mejor antes de olvidarte.

Gauvain me estrechó con fuerza. Olvidarme, él ya no podía.

—*Va karedig* —murmuró, que significaba «mi amor» en bretón—, no me atrevería a decírtelo en francés. Y gracias a la oscuridad... No puedo prometerte nada... No sé. Pero tienes que saber...

No consiguió terminar. Y yo ya lo sabía: que era pescador, que tenía novia, que tenía un gran sentido de la moral, y complejos, y que quería ser una

persona decente, como decía él. Pero yo quería ser inolvidable para él, aunque tuviera que estropearle el matrimonio, con esa crueldad cándida de las jovencitas a las que no se les ocurre un solo instante el tibio consuelo de saber que el hombre amado vive en paz con otra mientras goza del refinado placer de haberle dejado una nostalgia incurable.

—*Kenavo... A wechall* —«adiós, hasta pronto», añadió en voz baja. Y, apartándose de mí—: Por París, haré lo que pueda —dijo con ese acento bretón que se come los finales de las palabras y cuya rudeza me fascinaba. Y levantó la mano derecha como para decir «lo juro», hasta que cerré tras de mí la puerta baja de la casa.

3. París

Los grandes momentos de la vida —los nacimientos, la enfermedad, la muerte — tienen el don de reconducirnos a la extrema banalidad y de hacer que surjan de nuestros labios esas expresiones hechas, nacidas de la sabiduría popular, que traducen mejor que un lenguaje erudito las reacciones viscerales.

Desde que Gauvain cumplió su promesa y vino a verme unos días a París, no puedo tragar; tengo la garganta literalmente obstruida, el estómago hecho un nudo, el corazón en un puño y las piernas me tiemblan, como si la función sexual hubiera acaparado todas las demás. Y también estoy cachonda, como si ardiera por dentro. Me voy a ver obligada a circular durante tres días con ese tizón ardiente en mi interior, marcada a fuego por Gauvain, con esa O de su anillo entre las piernas.

—¿Sabes que me escuece... ahí donde...? —le comento a Gauvain sin atreverme a decir «el coño», así, de golpe. Después de todo, aún no nos conocemos mucho.

—Te escuece ahí donde yo me sé —replica él, zalamero, dudando entre el placer del homenaje a su virilidad y la sorpresa ante mi franqueza, que no se esperaba en una persona de mi educación.

Me gusta escandalizarlo, ¡es tan fácil...! Vive inmerso en unas ideas absolutas, en un universo donde las cosas y las gentes están clasificadas de una vez por todas en categorías estancas.

Mientras me pongo una crema calmante en la zona siniestrada me asombro de que los autores eróticos no tengan nunca en cuenta ese accidente... del placer. Las vaginas de sus heroínas aparecen como conductos infatigables capaces de soportar indefinidamente la intrusión de cuerpos extraños. En cuanto a la mía, está como desollada viva. Examinó la zona con mi espejo de aumento y no reconozco mi vulva recatada, tan discreta normalmente, tan distinguida. En su lugar hay una especie de albaricoque, terrible, insolente, desbordante, con la pulpa presionando la piel, que se encoge hasta dejarle

todo el espacio... En resumidas cuentas, perfectamente indecente. Y encendido. E incapaz de acoger el más mínimo fideo.

Y, sin embargo, dentro de un rato voy a aceptar, qué digo, voy a reclamar que Gauvain me aplique de nuevo ese hierro candente y me introduzca esa enormidad que, contra todas las leyes de la física, una vez franqueado el umbral del dolor, va a encontrar su sitio justo, la verdad que muy justo, o ajustado, como se dice de una prenda.

Si estuviéramos en una vida normal, pediría una tregua, pero ¡tenemos tan poco tiempo...! Y contrariamente a todas las previsiones, cuando me imaginaba acabar colmada antes de marcharme, ya desahogada, me siento cada vez más sumida en el síndrome de abstinencia. Su proximidad constante, su olor a cereal, el estupor de desearlo sin descanso monopolizan todos mis sentidos. Así que por la noche permanezco en vela, intentando llenarme de él mientras duerme, y por el día me sustento de su belleza, de las caricias de sus manos, tan rígidas, tan toscas cuando las veo en una mesa, y que, sin embargo, mudan en manos de orfebre en cuanto me tocan. En los intervalos, por una pretensión de decencia y para defendernos un poco contra la bestia que llevamos dentro, vamos a visitar la torre Eiffel, el Arco de Triunfo, el Louvre... el recorrido de los turistas después del de los amantes. Como Gauvain nunca ha visto la capital, lo embarco en un *bateau-mouche*. Pero todos nuestros paseos se acaban enseguida: apoyados uno en el otro, doloridos a fuerza de amor, fingimos primero deambular como peatones dignos, hasta el momento en el que una mirada demasiado focalizada en mis senos, un roce involuntario de su muslo, tan firme, una mirada en la que leo otra cosa que el interés por la fachada del Louvre, nos devuelven a nuestra habitación de hotel, disimulando mal una prisa que nos avergüenza un poco.

Hacemos una escala en un bar: solo el licor y el vino me deshacen el nudo de la garganta y cada copa nos hace ganar un poco más de intimidad y olvidar la ausencia que nos acorrala.

—¿Qué coño haces aquí, Lozerech, puedes explicármelo?

—Yo soy el primer sorprendido, pero si quieres seguirme, vamos a intentar entenderlo —contesta Gauvain, como quien bromea, cuando es una cuestión que visiblemente lo atormenta.

Pero pega su pierna a la mía y eso basta para que escapemos a la razón. Vencidos, incapaces incluso de ironizar, exhalamos al unísono uno de esos suspiros involuntarios que puntúan las indisciplinas del cuerpo.

Aquellos días fueron terribles y deliciosos. Deliciosos porque poseo una aptitud culpable para vivir en la inmediatez. Terribles porque sentía que Gauvain estaba a punto de ofrecirme su vida y que no lo haría dos veces.

La última noche encontramos por fin el valor de hablar en uno de esos restaurantes confortables que te dan la impresión de escapar de la crueldad de la vida. En la habitación era imposible. Nuestras manos nos cortaban demasiado pronto la palabra. Sobre todo porque temíamos la verdad. Al fin y al cabo, nos encontrábamos allí por error. Habíamos salido de nuestras vidas por infracción, y se nos castigaría por ello.

Mientras yo escondía como podía debajo de la piel y la espina los filetes de lenguado que no conseguía tragar, Gauvain, a la vez que engullía su plato con la misma aplicación concentrada que ponía en todo, me exponía su visión de nuestro futuro como si discutiera sobre un contrato con su armador. Me proponía, sin orden alguno, romper su compromiso de matrimonio, cambiar de oficio, hacer una carrera, la que fuera, aprender arte moderno y música, leer a los grandes autores para ir perdiendo el acento y, cuando hubiera hecho todo eso, casarnos.

Ahí estaba, al otro lado de la mesa, con sus rodillas apretando las mías bajo el mantel, con la mirada cristalina (¿acaso no estaba haciendo un sacrificio cabal?), pero enturbiándose poco a poco a medida que adivinaba en mis ojos que ni siquiera el don de su vida me bastaría.

Habría preferido no responderle enseguida, decirle que podíamos pensarlo, no asesinar en tres palabras un amor tan ferviente. Al mismo tiempo, su ingenuidad me desolaba. ¿Qué hombre me haría una proposición tan generosa, tan loca? Por desgracia Gauvain solo funcionaba con síes y noes. Prefería diseccionarse el corazón y arrojarlo lejos antes que participar en un compromiso y seguir viéndome sin tenerme para él.

Permanecía muda porque solo podía proponerle a cambio esas cosas nada serias con las que no se construye una vida: mi deseo insensato de él y mi cariño. No quería ni dejar mis estudios, ni ser esposa de marinero, ni vivir en Larmor-Plage con sus amigos e Yvonne como cuñada, ni pasarme los

domingos en el campo de fútbol de Lorient viendo cómo corría por el área de castigo. Y para terminar de hacerle daño, tampoco quería que se sacrificara por mí, quería que conservara su oficio, su acento, su fuerza y sus incompetencias. ¿Sabía si seguiría queriéndolo convertido en empleado o en carpintero de ribera, sin el reflejo de las olas en sus ojos? ¿O si me seguiría queriendo él? Pero mis argumentos hacían mella en él. Su rostro se veló y, de repente, pareció cerrarse herméticamente, aunque le costaba controlar cierto temblor en la comisura de los labios. ¡Dios mío, cómo me gustaba, pero cómo me gustaba en él esa contradicción entre su vulnerabilidad y esa violencia que era su verdadera naturaleza, siempre al acecho! Mi amor por él aumentaba al ver su pena y habría merecido que me pegara por ello.

Al salir del restaurante, fui a cogerlo por la cintura, pero él se soltó bruscamente.

—Siendo así, más vale que me vaya hoy —dijo con voz neutra—. No merece la pena pagar otra noche de hotel.

Perder una noche de hotel me parecía a mí un atentado intolerable a la vida, un insulto al regalo que nos hacía. Pero no iba a convencerlo. Lozerech volvía con los suyos, lleno de rencor contra esas chicas de ciudad que te joden la vida y luego desaparecen, sin ningún cargo de conciencia. Estaba fabricándose una versión que satisficiera al menos su visión de la vida.

—Sentirás haber rechazado todo lo que estaba dispuesto a darte. Puede que seas demasiado complicada para ser feliz.

No se atrevía a mirarme. No me miraba nunca a la cara cuando me criticaba. Como todos los que no saben lo que es una infancia repleta de privilegios y conocimientos, creía que todo es recuperable. Que trabajando como él sabía hacerlo, en un año, cinco como mucho, se pondría a mi nivel. ¿De qué servirían el arresto, el encono, si no podían con un obstáculo como ese? No me habría creído si le hubiera dicho que no todo está en los libros ni reside en el esfuerzo. No admitía la crueldad de semejante injusticia.

Escogí darle unas razones menos buenas pero que le parecerían más aceptables (más mezquinas también), lo que le proporcionaría más seguridad. Pero el que habla el lenguaje de la razón es el que menos ama, Gauvain ya sabía eso por entonces.

No había más trenes para Quimperlé aquella noche. Me llevé una alegría muy grande: tendría que venir a acostarse una vez más a mi lado, ese pedazo de bruto cuya hostilidad hacia mí crecía a ojos vista. En el hotel pidió otra habitación, pero no quedaban. Oculté mi satisfacción.

Apenas llegamos a la habitación, arrojó la ropa de cualquier manera en la maleta, como en las películas, y se desnudó en silencio, ocultándome la visión de sus órganos sexuales a modo de represalia. Ya en la cama, sentí una vez más su olor a trigo caliente, pero me dio la espalda, esa espalda blanca de los marineros que nunca han tenido el tiempo ni el gusto de exponer al sol. Su nuca morena parecía pegada a su cuerpo, como en esos juegos de cartón donde se pueden combinar el tronco y la cabeza de los personajes. Paseé un momento mis labios por la línea de demarcación y por los rizos de su nuca infantil, pero él no se movió. La fuerza del rechazo se desprendía de su cuerpo como un aliento helado que me paralizaba hasta el punto de que me quedé boca arriba, sin dormir, lo más cerca posible de él, pero sin tocarlo.

Hacia mitad de la noche, al notar que bajaba la guardia, no pude impedir pegar el vientre a su espalda y apoyar la mejilla en su hombro. En el silencio de nuestro duermevela me daba la impresión de que nuestros seres profundos se estrechaban, se negaban a decirse adiós y se burlaban amargamente de mis escrúpulos. Más allá (¿o más acá?) de nosotros, nuestros sexos se mandaban señales, se llamaban. Gauvain no quería saber nada, pero ya no llevaba él el timón. Se volvió de repente, se abalanzó sobre mí y, sin hacer uso de las manos, se introdujo de una pieza ahí de donde le parecía que procedía la llamada. Creyendo humillarme, se corrió inmediatamente, pero sus labios permanecieron pegados a los míos y nos quedamos dormidos el uno en el otro, respirándonos el uno al otro, hasta que el alba, desgarradora, hizo acto de presencia.

En Montparnasse, bajo esa pálida iluminación que hace estragos en las estaciones, fuimos incapaces de besarnos. Antes de subir al vagón, simplemente pegó su sien a mi mejilla, como en nuestro primer encuentro. Luego se dio la vuelta enseguida para evitar que viera su cara de huérfano, y yo me dirigí a la salida, con el corazón lleno de lágrimas y la cabeza repleta de razonamientos, cada parte actuando por cuenta propia, como si no pertenecieran a la misma persona.

Nadie me miraba mientras avanzaba de regreso a la indiferencia del mundo, despojada de aquel deseo delirante que había sido capaz de inspirar hasta un día antes. Sentí un escalofrío de abandono y maldije nuestra incapacidad de vivir según nuestros corazones; la mía, desde luego, pero también la de Gauvain, que él mismo descubriría más adelante. Yo me hallaba aún demasiado prisionera de mis queridos prejuicios de la infancia, todavía frescos. Y con el rigor que en aquel entonces me hacía las veces de personalidad, no podía perdonarle su incultura, su manera de jurar a cada momento, su debilidad por las cazadoras jaspeadas y las sandalias de trabillas con calcetines, sus risas sarcásticas ante la pintura abstracta, que había machacado la víspera en el museo con unas pocas frases cargadas de un siniestro buen sentido; ni su inclinación por Rina Ketty, Tino Rossi o Maurice Chevalier, ¡los cantantes que, precisamente, yo más odiaba y que también yo había liquidado en unas cuantas frases tajantes! No le perdonaba su forma de partir el pan con la mano ni que cortara toda la carne en el plato antes de empezar a comerla, y tampoco la pobreza de su vocabulario, que me hacía dudar de la calidad de sus ideas. Le habría supuesto un esfuerzo demasiado grande. ¿Y lo habría aceptado, él, que sentía por la cultura una desconfianza difusa y, en el fondo, muy poca estima, asimilándola en general a una especie de esnobismo? ¿Acaso no se engatusa a los pobres con bonitas palabras, esas de las que se sirven los politicastos, como los llamaba él, para engañarnos a todos, ya puestos, como decía también él? Nadie le quitaría la idea de que todos los políticos eran unos corruptos y unos charlatanes, salvo quizá los comunistas, a los que votaba sistemáticamente, menos por convicción que por tradición profesional. A bordo, los pescadores viven en un sistema comunitario y se les paga a partes iguales según la pesca. Gauvain estaba muy orgulloso de no ser un asalariado.

En su mundo se premiaba la competitividad, la honradez, el valor; la salud era una cualidad y el cansancio, una tara asociada a la pereza. Se medía la importancia de un trabajo según su utilidad, nunca por el esfuerzo realizado o el tiempo invertido.

A nosotros, los parisinos que nos codeábamos con la vanguardia artística (mi padre editaba una revista de arte moderno), la honradez nos parecía una virtud un tanto ridícula, salvo en una chacha. Éramos más que indulgentes con

los fracasados o los ociosos si poseían ingenio y sabían vestirse, y sentíamos cierto cariño por los alcohólicos mundanos, combinado con un marcado desprecio por los borrachines de pueblo. Exhibir a un pescador habría resultado divertido una noche: a mis padres les encantaban las canciones de marineros, los cinturones de cuero que trenzaban a bordo, adornados con un ancla de latón, las grandes boinas bretonas que ya solo llevaban los veraneantes y las indumentarias de lona roja o azul marino cuidadosamente deslavadas para distinguirlas de las de los pescadores. Les encantaba decir *kenavo* al salir de una tienda y les fascinaba que el panadero se llamara Corentin. Mi padre, incluso, se ponía —eso sí, diez minutos al año, no más— unas albarcas de madera blanca y los esarpines negros con motas blancas que iban a juego. «¡No hay nada más práctico cuando se tiene un jardín! —proclamaba. Poco le faltaba para hacerse con un puñado de paja y ponérsela por dentro—, ¡es tan sano...!»

Pero los pescadores de verdad, rebosantes de músculos y pelo, fuera de la lonja o a bordo de sus atuneros o sus arrastreros donde parecían tan nobles, tan estupendos con sus chubasqueros amarillos y sus botas («¡Yo, ante esos tipos, me quito el sombrero!»), ¡eso, ni de coña! Un marinero de verdad sobre una moqueta de un piso parisino, con una cazadora multicolor y las uñas de luto, ¡eso, ni hablar!

En 1950, los estratos sociales estaban claramente diferenciados. No me sentía capaz de aclimatar a Gauvain a mi medio, ponerlo a remojo en mi caldo de cultivo. Tampoco quería yo trasplantarme al suyo, so pena de morir en el intento. Pero si bien es verdad que él percibía mal la crueldad de mi familia y la suerte que le habría tocado de haberse casado conmigo, minusvaloraba la soledad intelectual que sentiría yo junto a él.

—No hace falta tanta historia para vivir —había dicho la última noche con una hostilidad apenas disimulada—. Las cosas se toman como vienen.

Pues bien, lo cierto es que yo sí necesitaba mucha historia.

Había prometido llamarme antes de embarcar, y esa perspectiva, aunque carente de toda esperanza, atenuaba la brutalidad de la separación. Pero no sabía llamar por teléfono, debería haberlo recordado. El aparato, recientemente adquirido y colgado en el pasillo de la entrada de la granja, abierto a todos los vientos, le parecía un aparato maléfico, útil solo para

anular una cita o anunciar una muerte. Me hablaba muy alto y articulando mucho, como si estuviera dirigiéndose a una sorda. No pronunció mi nombre: ya era mucho haber pedido París a la operadora. ¿Qué demonios tenía que ver ese hombre con París?, se había preguntado seguramente ella.

—No has cambiado de opinión, ¿no? —fue lo primero que me dijo.

—No es una opinión, Gauvain, es... Bueno, el caso es que no puedo hacer otra cosa. Me gustaría que me entendieras...

—Sabes perfectamente que nunca entiendo nada.

Silencio.

—Entonces, ¿te vas mañana? —repliqué.

—Así lo hemos decidido, ¿no?

Gauvain tenía razón, aquel horrible aparato no permitía comunicar nada. Me sentía incapaz de articular un te quiero. Para que no colgara, dije cualquier cosa.

—¿Me escribirás? ¿Me dirás dónde podré enviarte noticias?

—No será fácil... Voy a vivir en casa de los padres de Marie-Josée durante los estudios. En cuanto llegue a Concarneau te mandaré una postal.

—Eso es, te dedicarás a mandarme suvenires, ¿no?

Silencio de persona herida. Él no podía decir «mierda» al teléfono.

—Bueno, tengo que cortar —concluyó, y sin esperar colgó el aparato negro suspendido en el tabique de madera.

4. Los diez años siguientes

Durante los diez años siguientes, mi existencia estuvo demasiado ocupada como para pensar en mis primeros amores. La nostalgia llega más tarde, cuando el segundo amor, ese por el que hemos arriesgado la vida, empieza a zozobrar. Lo no vivido adquiere entonces un atractivo poderoso.

En esos años, asistí a la transmutación insensible de mi juventud a la edad adulta. Aún no había franqueado el umbral de los treinta, que inaugura una larga serie de puertas que franquear, y cada una de ellas constituye una ocasión para plantearse la angustiada pregunta: ¿está ya determinada mi vida? ¿En adelante me sucederá algo que sea esencial?

Cuando se supera la barrera de los sesenta, una sonrío ante la ingenuidad de su juventud. Hacemos mal. Perdí ese bien inestimable, la despreocupación, al entrar en la década de los treinta. Hasta entonces había vivido sin pensar que fuera mortal, ni siquiera vulnerable, o que mi cuerpo pudiera rehusar mi ley y dictarme la suya. Hasta entonces todo tenía también el encanto de la primera vez, hasta las penas.

Durante aquella década sin inquietudes saqué la oposición de profesora titular de Historia, después de obtener una licenciatura en Filología Clásica. Empecé a dar clases en La Sorbona, me casé con Jean-Christophe y di a luz a un niño muy rubio y pecoso: Loïc Erwann Augereau.

Gauvain se había casado el mismo año que yo, en 1952, y antes de tener tiempo de pensarlo, Marie-Josée y él tuvieron cuatro hijos. Después de nuestra ruptura, enseguida recobró el norte. Era del tipo «Yo no soy de los que se agarran una depresión», fórmula que le iba que ni pintada. Acababa de sacarse el título de patrón, según me había dicho su madre, y navegaba en un arrastrero en el sur de Irlanda. «Pero le resulta duro», añadía ella escuetamente mientras dejaba ver en su mirada una pena de la que no hablaba nunca: a su último hijo, Robert, de catorce años, se lo había llevado una ola en plena noche dos años antes y su cuerpo no se había encontrado nunca. Desde entonces manifestaba

menos desprecio con sus otros hijos cuando decían que el trabajo les resultaba duro.

Cada verano, desafiando la desaprobación familiar, Gauvain volvía para la campaña del atún en el golfo de Gascoña, una pesca que se parecía a la caza y que a él le gustaba más que las otras. Era el mejor momento del año para él. Una pesca de turista, repetía su madre encogiéndose de hombros. Sobre todo porque el bonito escaseaba en las costas francesas en los años cincuenta.

«Tu hermano gana bien en Mauritania con la langosta», apuntaba la madre, ladina, cada vez que su hijo pasaba por la granja con Marie-Josée y los niños. «Sí, parece que el fondo está tapizado de langostas por allá», insistía la nuera con cara de avidez. «¡Es que ahora tenemos cuatro niños! Y la hipoteca...»

A los treinta y tres años, Marie-Josée se había incorporado de manera ostensible al rango de las amas de casa y hablaba de sus pequeños como una mamífera. Era de las que no paran desde el alba hasta el anochecer, dando lustre a la casa, cultivando la huerta, haciendo la colada en los lavaderos y quitándose la bata deformada por sus glándulas mamarias comunicantes solo para ir a misa los domingos. Su último embarazo le había hecho perder dos incisivos y ganar diez años de golpe, pasando a integrar así el bando de las indistinguibles progenitoras: se parecía ya más a su suegra que a la efímera jovencita con la que Gauvain se había casado unos años antes.

A él me lo cruzaba de vez en cuando en el pueblo, adonde venía a jugar a la petanca los domingos cuando no estaba embarcado. Las maternidades de su mujer no habían alterado su belleza y seguía siendo el hombre más cautivador de Raguénès e incluso de Névez, Trégunc, Trévignon, ¡y hasta de Concarneau! Me habría gustado alterar su aparente paz, saber que de vez en cuando soñaba conmigo; pero nunca estaba solo, lo que le permitía escapar a toda alusión a ese viraje loco que habíamos protagonizado un día, apartándonos de nuestros destinos.

Al empezar esa década, estaba convencida de que sería la más definitiva y rica de mi existencia. Al terminarla, me di cuenta con fascinación de que, una vez más, podía empezar de cero, y con estupor por que, de mis diez mejores años, había pasado cinco siendo desgraciada. Era demasiado, y me

reproché durante mucho tiempo haberme estancado en el desamparo. Pero la experiencia de la desgracia hay que vivirla tarde o temprano, y sin duda a los veinticinco años se puede afrontar mejor sin que los daños sean irreparables. Para mi desdicha soy una persona carente de amor propio y dotada de una gran tolerancia para las desgracias, así que pasaron años antes de que considerara mi estado conyugal como insoportable y, lo que es más grave, nocivo. Al menos tuve la impresión de haber agotado hasta mi capacidad de sufrimiento.

¿Habría sido más feliz con Gauvain? Por supuesto, llegué a preguntármelo. ¡Una tentación demasiado fácil! Permite acariciar en secreto esas nostalgias con las que se recrean tantas mujeres casadas que, sin embargo, una vez libres, repetirían su elección. Y además, puestas a afrontar una pena de amor —un divorcio—, más vale que sea en nuestra misma clase social. Ya es bastante complicado así.

El día en el que me di cuenta de que en cinco años no había mirado a más hombre que al que, precisamente, me estaba haciendo sufrir —un estado anímico cuya extrema banalidad no parece desmoralizar a las víctimas, en especial a las femeninas—, la liberación fue fulgurante y la convalecencia, deliciosa. Mis noches de lágrimas, mis días de dudas y de autodesprecio me parecieron totalmente reprensibles, sobre todo porque no me habían ayudado a ganarme a un marido al que quería demasiado cuya melancolía crónica primero, y su abierta agresividad después, me había esforzado en vano por entender. El día en el que mi desgracia adoptó la forma de una directora de cine que lo acompañaba siempre en sus desplazamientos profesionales, vi la luz, y el alivio fue tal que aquella esposa humilde y crédula que había sido yo se convirtió para mí, en pocos días, en una extraña. Luego, enseguida, en una imbécil. Me odié durante un tiempo, mientras calculaba tácticas que me hubieran permitido o bien reconquistar a Jean-Christophe o librarme de él antes. ¡A esa mujer ciega y paralítica no la reconocía! Pero sin duda hay que vivir un tiempo en la piel de un personaje que no se te parece antes de convertirte en lo que eres. O quizá eres todos esos personajes y tienes que librarte de uno antes de pasar al otro.

En cualquier caso, acababa de deshacerme de la George humilde y doliente como de una piel muerta. Había asumido el papel hasta el final, había vivido todos los episodios tradicionales, había pronunciado todas las réplicas

hasta el desenlace, tan perfectamente clásico y vulgar que me parecía haber protagonizado una de esas escenas vistas cien veces en el cine. Me descubría aptitudes nuevas para la felicidad y una propensión inesperada a la risa y a la ligereza. Porque lo más duro en la desdicha no es ser desgraciado, sino encontrarse privado del mínimo indispensable de despreocupación, de ese recurso a la risa o, mejor aún, al ataque de risa tan saludable que hace que se te salten los cables y que te deja palpitante, exhalando uno de esos suspiros que liberan de las peores tensiones. La desdicha es desesperadamente seria.

Mi primer gesto de mujer libre consistió en comprarme una bicicleta. ¡Acto simbólico! Sin darme cuenta había renunciado a un montón de cosas desde que me había casado: a una plaza en un instituto de Abiyán porque Jean-Christophe solo podía vivir en París; a la copropiedad de un balandro en Concarneau porque Jean-Christophe se mareaba en barco; a viajes en grupo a Atenas, Moscú y México porque Jean-Christophe no soportaba los grupos, sobre todo los de profesores, y tampoco los viajes organizados, sobre todo por la asociación *Tourisme et Travail*, que en aquella época parecía más una jauría de scouts que el Club Méditerranée; y desde luego a las excursiones en bici por Francia porque mi marido odiaba la bicicleta. Sin embargo, le encantaban las motos, los planeadores y el bridge, tres actividades por las que yo sentía pánico.

Mi segundo gesto fue plegar la mesa de bridge y bajarla al sótano. ¡Volvía a disfrutar de los domingos! Por fin quedaba liberada de esas tardes en las que solo se me dirigía la palabra para deplorar (con razón) mis propuestas y en las que nuestros amigos más brillantes se limitaban a un lenguaje elemental con una meticulosidad abrumadora. El bridge no deja cabida a la risa; no obstante, yo no podía tomarme el juego en serio, lo que me costaba el enfado de mi marido y nos envenenaba las noches de los domingos, que pasábamos comentando las jugadas de la tarde con la esperanza de instruirme y calculando la puntuación de la partida si, por ejemplo, yo hubiera anunciado correctamente mis corazones.

Acabé por anunciarle mis sentimientos. Y nos divorciamos sin muchos estragos, reconociendo nuestros errores recíprocos, con el niño bajo la custodia de la madre debido a su temprana edad, fórmula lenitiva que preservaba el amor propio de la mayoría de los padres que, en aquella época,

habrían considerado una catástrofe verse de nuevo libres con un crío en brazos.

Ni siquiera comuniqué a Gauvain que me divorciaba: se enteraría por los cotilleos de la gente. Solo nos enviábamos tarjetas de felicitación familiares donde a veces me atrevía a dejar caer alguna fórmula ambigua que solo yo entendía, para mantener encendida la llama del recuerdo, que seguía viva bajo las cenizas. De todas formas, el amor no me parecía entonces una prioridad.

Jean-Christophe volvió a casarse rápidamente, y no con la señora que tanto me había hecho llorar. Suele suceder que el naufragio de una pareja arrastra también a aquel o aquella que lo ha causado. Aquello me produjo un placer no muy respetable, pero ¡estaba ya hasta las narices de tanta respetabilidad! Soñaba con una vida independiente y paisajes nuevos.

Cuando me propusieron un puesto de profesora de Historia de Literatura Comparada en Wellesley, acepté entusiasmada y me fui a vivir a Massachusetts con mi hijo de ocho años, a uno de esos campus americanos con los que tanto había soñado de joven, en la época en la que frecuentaba los oscuros anfiteatros de la Sorbona antes de coger cada noche, como toda buena chica, el autobús S para volver con mi familia.

En el corazón de la América tranquila de principios de los años sesenta, el mundo estudiantil y docente vivía en un oasis preservado, en el que me sumergí encantada. Mi vida material estaba resuelta y me resultaba hasta apasionante, y Loïc representaba para mí esa parte de Francia sin la que me habría sentido más exiliada. La amabilidad espontánea y la familiaridad alegre e incluso indiscreta que caracterizan a los americanos, sea cual sea el lugar que ocupen en la jerarquía social, me animaron hasta el punto de casi olvidar mi experiencia conyugal y plantearme casarme de nuevo. Pero un año de vida común con Sydney, un colega que daba clases de Literatura Moderna, me bastó para entrever la dulce trampa en la que estaba a punto de volver a caer. Porque entonces ya sabía que era demasiado maleable (¿o cobarde?) para atreverme a plantarle cara a un hombre amado y ocupar mi territorio. Conocía de sobra mi tendencia a adaptarme al modo de vida del otro, por un viejo reflejo de mi educación mal controlado (y sin que me costara nada, además, lo que aplacaba su desconfianza), hasta el momento en el que descubría que mi parcela vital se

había estrechado, mis libertades se habían encogido y estaba reconstruyendo la misma relación de fuerzas que en mi matrimonio anterior.

Ellos, por su parte, incluidos los americanos, seguían aún demasiado imbuidos de sus privilegios (viejo reflejo de educación mal controlado, también en ese caso) como para no reinstalarse, a poco que se les invitara a ello, en el halagüeño papel de jefe de la manada, en el más que cómodo rol de pachá.

Al cabo de un año junto a Sydney, mi tiempo de palabra se había reducido a la mitad y mi autoridad se había degradado por completo. En las discusiones en público, le dejaba la iniciativa, y él me interrumpía cada vez más a menudo para exponer su punto de vista, de forma que ya casi nunca tenía yo la última palabra. Cuando hablábamos a la vez, era yo la que me callaba la primera, y cuanto más brillante se mostraba él, menos lo era yo, sin entender por qué. En la vida cotidiana, empecé a pedirle permiso para ausentarme, incluso para una cena profesional; dejaba la pluma o cerraba el libro en cuanto oía su coche entrando en el garaje, y cada vez más a menudo tenía que lavarle los calcetines o recoger su slip de un rincón del cuarto cuando él nunca me había lavado unas medias ni colgado el abrigo en el perchero.

Mi recaída venía anunciada por señales que habrían pasado desapercibidas a cualquiera que no hubiera sufrido ya esa enfermedad. «Justamente decíamos George y yo que...» Sí, «decíamos», pero ese que decía era Sydney. «Hemos pasado una semana maravillosa en Maine, ¿verdad, darling?» *Darling* asentía con la cabeza, pero ese viaje no lo contaba yo, sazonándolo con unos cuantos chistes para hacer reír a los amigos, sino Sydney. Me asociaba afectuosamente a nuestra vida, pero era por amabilidad natural, por generosidad, y no por ese miedo, al menos ese respeto, tan necesario en todo cóctel conyugal. Ya no le hacía sombra. Si nos hubiéramos casado, habríamos caído en *My wife thinks... My wife always says... My wife is a wonderful cook...* ¡y la *wife* habría perdido otro trozo de George en la contienda! ¡Ya me faltaba una s! Y mi nombre, incluso allí, seguía jugándome malas pasadas. Y eso que George Sand estaba muy de moda entonces entre los intelectuales americanos. En varias universidades se estudiaba su correspondencia con los hombres insignes de su tiempo. Una de nuestras amigas traducía *Consuelo*, que en Francia nadie había leído. Se publicaban

artículos sobre ella en los *Women Studies* y se admiraba su libertad amorosa tanto como su carrera. En Wellesley descubrí que había escrito su primer libro a los quince años, que su novela *Indiana* había sido un triunfo, que durante nueve años había ofrecido a Chopin un hogar donde este pudo escribir la parte más bella de toda su obra y, sobre todo, ¡que era bajita y calzaba un treinta y cinco! Eso trastocaba todas mis ideas sobre la devoradora de hombres que nos presentaban en Francia, con los rasgos de una especie de sargento con bucles negros, autor, sin «a», tras una vida escandalosa, de unas cuantas novelas campesinas, como las denominaba condescendentemente el Manual de Literatura del abate Calvet.

Sin embargo, incluso allí, conservaba parte de esa reputación de mujer depravada. «¡Ah! ¿Tu novia se llama George, sin s?», le decían nuestros compañeros a Sydney con un tono lleno de sobreentendidos, como si hubiera escogido el nombre yo misma con el fin de coleccionar amantes, preferentemente nerviosos, geniales y más jóvenes que yo, y de descuidar las tareas domésticas, lo que cuadraba perfectamente con la imagen que se hacían de las francesas.

Yo me dejaba impresionar tontamente por sus alusiones y me empeñaba en probar que podía ser una intelectual sin renunciar al amor ni a mi función sagrada de madre y ama de casa. La verdad es que tenía salud suficiente como para poder desempeñar alegremente los tres papeles, Loïc parecía un niño feliz y Sydney se desplazaba en mi vida con sutileza. Cuando lo puse frente al muro que levanté para protegerme, me quiso lo suficiente como para aceptar convivir conmigo, pero en apartamentos separados, y no me quiso tan apasionadamente, a Dios gracias, como para guardarme rencor por ello y envenenar nuestra relación.

Era un diletante del corazón, un epicúreo, un artista, de esos que consiguen el amor de las mujeres precisamente porque aparentan no buscarlo. Le ayudaba su físico, a lo Leslie Howard, con su pelo ondulado cuyo gris prematuro se mezclaba con el rubio, sus ojos beis tras unas gafas de acero y su silueta enternecedora de viejo estudiante, viejo para un estudiante pero joven para un hombre de cuarenta y cinco años. Por suerte aquel seductor indolente había entrado en mi vida en una época en la que yo era capaz o de hacerle frente, tomando ciertas precauciones, sin acabar derrotada, o de arrastrarme

como un teckel... lo que también habría aceptado él, sin abusar demasiado, con su acostumbrada elegancia.

Yo volvía a Francia todos los veranos, a veces con Sydney, para que Loïc viera a su padre y sobre todo se reencontrara con su país natal, y cada dos años pasaba las navidades con Frédérique, su marido y sus hijos en un club de vacaciones en el trópico. Aquel invierno fuimos a la Casamanza. Yo tenía treinta y tres años, la edad perfecta, los ojos muy azules debajo de unas cejas negras, una figura de jovencita y una soltura, un aire desen vuelto, algo insolente incluso, en la manera de vestir y de moverme que había adquirido en Estados Unidos. Frédérique y yo habíamos pasado el día en Dakar, de compras, fórmula que en general provoca la huida de los maridos, lo que nos había permitido dejar a los niños con Antoine, mi cuñado.

Nos habíamos agachado delante de uno de los tenderetes del mercado de Dakar, seducidas por esas túnicas de colores chillones, magníficas al sol, pero que habíamos dejado por imposibles después de haberlas probado como mantel, cortina o colcha, y de haber intentado utilizarlas como vestido de anfitriona hasta el día en el que unas cuantas tazas de porcelana habían acabado por el suelo, barridas de un golpe por esas malditas mangas que se arrastraban como alas rotas y absolutamente asesinas en nuestras reducidas cocinas occidentales. No obstante, estaba a punto de comprar una más, roja y amarilla, colores que odio, obedeciendo a una de esas pulsiones aberrantes que se apoderan de una en un país extranjero, cuando oí que alguien me llamaba. Me encontraba sentada sobre mis talones, a la altura de las rodillas del que me hablaba, pero antes de levantarme ya lo había reconocido. Tenía los ojos de Ragenès, la boca de nuestra habitación de hotel cerca de la estación de Montparnasse, los hombros de boxeador de siempre y se mantenía bien plantado en el suelo, con las piernas un poco separadas... todo lo que yo había conseguido olvidar y que no había vuelto a ver en nuestros breves encuentros en Bretaña. Estábamos muy lejos de nuestro hogar, y era como si ambos estuviéramos otra vez en casa.

—¡George! —repetía él, enternecido, dedicándome una de esas miradas que no me lanzaba desde... ¿desde cuándo?

Me cogió las dos manos para levantarme y nos encontramos en una burbuja, mudos y emocionados, sin escuchar ni el uno ni el otro a Frédérique, que emitía sonidos diversos muy lejos de nosotros, y que acabó por arrastrarnos hasta la terraza de un café cercano. Volvimos a nuestro ser al oír los hielos que tintineaban en los tres vasos de pastís y nos pusimos al día de las cosas de nuestro país. Luego pasamos a las informaciones esenciales que resumían nuestros recorridos respectivos, pero nuestras vidas eran tan diferentes que se volvían incomunicables. Enseguida nos vimos reducidos a contemplar nuestros vasos y a cabecear, buscando desesperadamente cómo amueblar el silencio. Frédérique tomó entonces una decisión que cambió nuestros destinos.

—Tengo que dejaros, me queda una última compra por hacer. He prometido a mi hija que le llevaría una de esas pulseras de marfil que aún se encuentran por aquí. Precisamente me han pasado una dirección. Así que quedamos en el autobús, George, ¿dentro de media hora?

—Yo tengo que irme —intentó Gauvain.

Y la lógica pedía que yo contestara con una de esas frases grises que no quieren decir nada, «Bueno, adiós, hasta la próxima», frase de lo más conveniente, por otra parte, teniendo en cuenta nuestra situación. Lozerech me habría estrechado la mano y no se habría convertido nunca más en Gauvain. Se necesitaba una palabra, palabra que él nunca habría encontrado. Y si la hubiera encontrado, no la habría pronunciado jamás.

—¡Bah, no fastidies! Después de todos estos años, es una tontería despedirse así... ¿Por qué no cenamos juntos, por ejemplo? Los dos, quiero decir.

—Es que estoy con mi mujer —dijo Gauvain.

—¿Marie-Josée está en Dakar? —Ví cómo se esfumaba la perspectiva de una cena romántica como a mí me gustaba, con aquel antiSydney al que sin duda no habría sabido qué decir salvo que su físico seguía gustándome muchísimo. De hecho, ese suele ser un buen comienzo...

Me explicó que su barco se encontraba en dique seco por una avería de motor, que estaba a la espera de una pieza de recambio y que había aprovechado para traerse a su mujer, a la que no veía más que tres meses al año. Me quedé callada; Gauvain no encontraba nada que proponerme. Normal.

Un hombre pragmático no conserva durante trece años un recuerdo tan incómodo.

—A lo mejor podríamos cenar los tres —solté, terca.

Se sobresaltó. Sus pobladas cejas, de un tono pelirrojo por el sol africano, se fruncieron como si las palabras que iba a decir le costaran un esfuerzo inmenso.

—No tengo ganas de verte como a una extraña.

—¿Prefieres no verme en absoluto? —insistí.

—Digamos que es eso —espetó, muy seco.

Se hizo un silencio. El sol se ponía rápidamente en el horizonte, en ese breve momento en el que, desde tiempos inmemoriales, el hombre siente un escalofrío cuando va a morir el día, presintiendo que tal banalidad es un milagro.

Gauvain retomó la palabra:

—Fue muy duro salir a flote la última vez, ¿sabes? No me gusta que mi vida me supere. No se me dan bien las acrobacias.

Sabía que era sincero y la ternura que me provocaba aquel hombre vulnerable y secretamente apasionado, que se creía un bloque de granito, me inclinaba a dejar de atormentarlo. Y además, según dicen, los recuerdos bonitos no ganan nada cuando se desmenuzan. Nos imaginaba en el cuarto de un hotel, intentando recrear la magia de nuestra juventud, yo probando alguna de las cosas que había aprendido con Sydney para trastornar a aquel hombre rebelde y sin duda resignado a limitar su vida sexual a unas semanas al año junto a una esposa sin imaginación, aparte de las putas de Abiyán o de Pointe-Noire. Reservaba su pasión para su oficio. Ni siquiera me había preguntado de qué daba clases en Wellesley, solo hablaba de sus proyectos. Acababan de salir al mercado las primeras redes de nailon en los grandes clíperes californianos, con esos motores suyos de seiscientos caballos, que iban a dejar fuera de servicio bien pronto los viejos atuneros de la Bretaña y la Vendée, enganchados a sus tradiciones.

—Jábegas de más de un kilómetro de largo, ¿te das cuenta? ¡Y veintidós hectáreas de superficie! No tardarán mucho en cargárselo todo, aquí también. Nosotros seguimos pescando con señuelo vivo, y claro, recogemos menos pescado. Esa pesca está ya muerta.

—¿Qué harías, entonces?

—Lo que todo quisque, si no quiero diñarla.

Hablaba de «todo quisque» para decir los otros, los vascos, los españoles, los americanos, con un rencor brutal. Le habría gustado tener el mar para él solo. Todo lo que flotaba en el Atlántico y que no se había construido en Concarneau era bajel enemigo. Todo patrón tiene alma de pirata, y Lozerech más que los demás. Todo el que cobraba, arponeaba, todo pescador de cerco que capturaba un pez o un crustáceo, aparte de los tipos de Névez, Trégunc o Trévignon, era un depredador y un tocapelotas. Le escuchaba contar su vida con esa valentía modesta y esa falta de humor tan suyas y que quizá seas propias de un prolongado contacto con el mar. Unos pocos filamentos blancos en sus sienes acentuaban su aspecto de chico terco de gesto permanentemente torcido. En esas pequeñas sociedades cerradas que son las tripulaciones, compuestas solo de hombres, de compañeros, siempre los mismos, realizando las mismas faenas, sufriendo los mismos duros golpes, riéndose de las mismas bromas, compartiendo ganancias y pérdidas del mismo trabajo, los individuos evolucionan poco. El exilio, la distancia de su familia, la perpetua espera del retorno contribuyen a fijarlos en un estado infantil colectivo, de ausencia en el mundo de los vivos, en ese mundo de los que leen el periódico todos los días, que votan, van al bar y se pasean los domingos. Gauvain había cambiado menos que yo durante aquellos años.

El breve crepúsculo del trópico acababa de caer, como un telón. Solo los ojos de Gauvain seguían conservando en su rostro bronceado una luz celeste. En Bretaña también, durante el verano, cuando la noche ha caído y los faros se encienden en la costa, el mar guarda un reflejo así de luz del día. Mi padre llamaba a eso la luz residual. Fue quizá un poco de amor residual lo que me dictó una pregunta que no había premeditado:

—Lozerech... dime: ¿piensas seguir hablando de pesca el resto de tu vida? ¿No conoces nada más? ¿No hay en ti sitio para la locura?... Bueno, ya sé que es una palabra que no te gusta. Digamos, la evasión... ¡Otra cosa, vaya!

—Acusó el golpe y se puso a reflexionar de verdad—. Eso no quiere decir, claro está, cambiar de vida, significa simplemente tomarte de vez en cuando un momento para disfrutar... hacerte un regalo, ofrecerte algo que no esté programado...

—En mi oficio no nos hacemos muchos regalos, ¿sabes? A lo mejor estamos equivocados, pero así son las cosas.

Gauvain miraba a lo lejos, con las manos en el velador de mármol, tan inmóviles que me recordaban a dos bueyes de mar. En su casa los llamábamos los durmientes. «Así son las cosas», repitió con un tono que me pareció teñido de nostalgia.

De todas formas, siempre me entran ganas de eructar cuando alguien dice «Así son las cosas».

—¿Qué quiere decir «Así son las cosas»? ¡Eres tú el que las acepta así! Es pura resignación, eso es todo. No creo en la fatalidad, es uno mismo quien se la fabrica *a posteriori*.

La cara de Gauvain iba ensombreciéndose. No soportaba que alguien negara lo que él consideraba como una ley de la naturaleza.

—Antes de separarnos —añadí sonriente—, antes de que nos enfademos... Siempre tuve ganas de preguntarte algo: Lozerech, ahora que han pasado los años, quizá puedas decírmelo: ¿qué piensas de nuestro encuentro? ¿Que fue un fracaso? ¿Una estupidez? ¿O te parece un gran recuerdo?

—Todo eso a la vez —confesó Gauvain—. Hubo un tiempo en el que preferí no haberte conocido. Pero luego se me pasó. Desde entonces, he preguntado a menudo por ti cada vez que volvía a Raguenès, ¿sabes? Pero no quería darte señales de vida. No me atrevía, y además... ¿qué habría podido decirte?

Estábamos acabando el segundo pastís. Gauvain nunca bebía whisky ni ginebra y yo no había querido acentuar las diferencias entre nosotros pidiéndome la típica bebida alcohólica de parisina.

—Pues bien, resulta que yo tampoco te he olvidado. Es como si, desde ti, hubiera perdido algo en la vida... Algo que, sin embargo, nunca había encontrado, solo entrevisto. Es extraño, ¿no?

—«Eres dulce como la primera mujer —recitó Gauvain—, pero las noches son frías como la noche». ¿Ves? Me acuerdo de tu poema. Me lo sé de memoria.

Le puse la mano en el antebrazo, que nunca parecía desnudo a causa de ese abundante vello de un castaño rojizo. ¿Le seguiría oliendo la piel a trigo?

—Daría... lo que fuera por estrecharte en mis brazos, aquí, ahora —dijo con voz ahogada, y si hasta entonces todo había transcurrido con mucha calma, aquella frase me golpeó entre las piernas antes de ascender hasta el hueco del corazón.

Acabábamos de entrar en zona de turbulencias. Ya no le miraba a los ojos, sino a la boca, señal de desconcierto. Pero Gauvain se enfrentaba, desafiaba el temporal, aún se creía capaz de capearlo.

—Bueno, tengo que irme, es la hora —añadió consultando el reloj, que llevaba al revés, con la esfera en la parte inferior de la muñeca, para protegerlo de los golpes.

—Ya me lo has dicho tres veces —estallé—. ¡Cada vez que me dejas dices que tienes que irte! ¿Qué quieres decir con ese «tengo»? ¿Que renuncias a mí? ¿Que vuelves a la rutina?

—¡Mierda! ¿Qué otra cosa podemos hacer? —gritó Gauvain.

—No sé, igual podemos salirnos del camino recto. No somos ganado destinado al matadero. Ahora estás todo el tiempo en el extranjero. Podríamos vernos de vez en cuando, ¿no?

Me miraba pasmado por el giro inesperado de los acontecimientos.

—Has cambiado, *va karedig*.

—Puede que sea América. ¿Sabes?, allí la gente no se anda por las ramas, va directa al grano. Sobre todo las mujeres. ¿No te gusta?

—No sé si me gusta o no, pero sí sé lo que quiero hacer, y es peor para mí —dijo Gauvain con mucha calma.

Se levantó, pagó las consumiciones, me llevó hasta ponerme fuera del alcance de los neones del café y me pegó a él (a menos que fuera yo la que me pegara a él, no recuerdo bien). A pesar de los años transcurridos, reconocí su profunda manera de besar y la esquina rota de su incisivo y su lengua suave que apenas se movía para que nos infiltráramos mejor nuestros venenos recíprocos.

Al separarnos, nos miramos agradecidos: ¿ambos seguíamos conservando sobre el otro ese inmenso y frágil poder? ¿La vida nos hacía otra vez ese regalo?

—Bueno, ahora sí que tenemos que irnos de verdad —dije para romper el encanto—. Mi autobús sale dentro de diez minutos.

Frédérique estaba esperándome. Marie-Josée esperaba a su marido en el puerto pesquero, nuestras vidas se cerraban tras nosotros. Pero ellas habían dejado pasar la esperanza por error. Nos reímos como dos críos que acaban de gastar una broma a los adultos y se felicitan por ello. Luego me quedé mirando cómo se alejaba con esos andares, con ese contoneo que siempre me había gustado. Algunos hombres solo mueven las piernas al andar y mantienen el torso rígido. Gauvain movía las caderas a la par que sus muslos, y los hombros a la par que sus caderas. Todo participaba del movimiento como en esas imágenes donde se ve un jaguar corriendo al ralenti.

No habíamos quedado para los días siguientes en Dakar. Quería volver a verlo cuando se hubiera librado de sus obligaciones familiares, en alguna otra parte del mundo. Pero no hay nada más complicado que arrancar ocho días a la vida de un pescador. El pescado es lo primero, hay que ir tras él, pescarlo, congelarlo, venderlo. Y luego está el barco. Y el armador. Y el tiempo restante es para la familia. No quedaba mucho espacio para imprevistos.

Nos hizo falta casi un año para poner a punto nuestra expedición, sobre todo porque a Gauvain no se le habría ocurrido nunca pagarse un billete a Nueva York o Kenia simplemente para ver a una persona que no estuviera enferma o muerta. Su culpabilidad ya le costaba mucho moralmente. El dinero de la familia era sagrado. Sus deseos, no.

Podría haber sido San Pedro y Miquelón... pero la suerte quiso que el armador enviara a Gauvain a las Seychelles en viaje de prospección, con la perspectiva de mandar allá unos cuantos atuneros de Concarneau. La coartada profesional le permitió ocultarse a sí mismo la realidad, a saber, que sustraía ocho días a su querida familia para intentar revivir esa cosa incomprensible (no se atrevía a llamarla «amor») que ya lo había vuelto loco dos veces. Y, aún más inimaginable, una mujer recorría diez mil kilómetros sin otra razón que su deseo de hacer el amor con él. ¡Sí, él, Lozerech! ¡Quién se lo iba a decir! Y, de hecho, desde que había llegado a las Seychelles diez días antes, dudaba entre la vergüenza y la fascinación, preguntándose si toda aquella historia no sería el fruto de dos mentes calenturientas y provendría de algún diabólico maleficio.

5. Zil elwagnées Sesel

Érase una vez en un archipiélago del océano Índico, por uno de esos grandes azares (¿o por una de esas imperiosas necesidades?), un marinero y una historiadora, a los que nada predisponía a reunirse, ambos habitados por un deseo tan físico que no se atrevían a llamarlo amor; ambos incrédulos ante tanta atracción y esperando cada mañana recobrar la razón; ambos, al fin, preguntándose qué les sucedía, como ustedes y yo, como todos aquellos que se han tropezado un día con ese misterio lancinante cuyas profundidades solo han podido sondear los poetas, sin por ello resolverlo.

No podría describir aquel encuentro en primera persona. Solo resguardándome detrás de un pronombre personal distinto del yo podré transcribir el testimonio de George e intentar discernir la irritante evidencia del deseo amoroso, que quizá no sea sino la última mentira del cuerpo.

Así pues, en el pequeño aeropuerto de las islas Seychelles, que en los años sesenta no eran más que una posesión de la Corona británica, un pescador esperaba a una profe; su corazón estaba repleto de dudas, inquietud y remordimientos. Pero era demasiado tarde; la profe iba a bajar del pequeño bimotor procedente de Nairobi y él tendría que abrir los brazos a esa desconocida que daba clases de Dios sabe qué, allá, en las Américas.

Con pantalón de tela clara, la cara morena y sin su habitual gorra azul marino, a primera vista nada diferenciaba a Gauvain de los funcionarios británicos en pantalón corto color caqui y calcetines blancos, o de los empresarios apasionados por la pesca de altura, que viajaban allí para olvidar por unos instantes el peso de su fortuna. Era uno de los pocos que no llevaba gafas de sol, y George lo reconoció inmediatamente entre la pequeña muchedumbre que se apiñaba allí, más recio, si no más grande, que los demás, con la mirada inquieta y una de las pobladas cejas levantada. Llevaba una de esas camisetas de manga corta que quedan bien a tan pocos hombres, de la que sobresalían los músculos de sus brazos, tallados para rescatar a un naufrago de los rugientes cuarenta. Se había esmerado al elegirla entre los peores

especímenes exóticos: de un naranja revulsivo y aderezada con unas palmeras rojas y unas mujeres negras con cestas en la cabeza. ¡La cosa empezaba bien! Ella le hizo una señal, pero él permanecía inmóvil, un poco apartado: no era su estilo precipitarse.

En ella tampoco predominaba la premura amorosa mientras, agotada por el largo viaje, se abría camino para reunirse con él, con una sonrisa forzada en los labios. En aquel instante preciso, se preguntaba perpleja lo que había podido hacerle decidirse, a costa de bastantes dificultades, a acudir a una cita tan lejana como costosa con un extraño que no había visto más que una vez en doce años; y por qué error de reparto iba a encontrarse aquella noche en el lecho del hijo de un granjero de Raguènès... Buscaba a toda prisa alguna referencia para darse ánimos: su amplitud de espaldas, lo primero. No conocía a ningún hombre con semejantes dimensiones. Y luego estaban esas muñecas anchas que le daban tanta seguridad en un marinero y tanto la excitaban en un amante, porque ya se sabe que lo demasiado fuerte nunca está de más; y esas tupidas virutas cobrizas que le llegaban hasta las manos; y sus dedos esbozados rudamente, que emergían de la rústica palma como de una escultura mal desbastada en la que el artista solo hubiera trabajado las extremidades.

Después de todo bastaba con imaginarse que acababa de ganar una estancia en unas islas de ensueño con el hombre más sexy del año, elegido entre un abanico de aventureros célebres.

¿Qué hacer cuando se viene de tan lejos, aparte de precipitarse en los brazos del hombre que está esperándote? En Francia nunca se le habría ocurrido hacer eso, ni siquiera en Europa... pero allí experimentaba esa libertad particular que da la distancia unida al exotismo y al calor. Gauvain se relajó un poco. No se sentía a gusto en el rol de turista de lujo, un papel que nunca había sabido interpretar, ni en el de marido juerguista, algo que siempre había despreciado. La bocanada de deseo que lo invadió al recibir a George en sus brazos llegó oportunamente a hacerle las veces de identidad.

Mientras permanecieron en público, solo intercambiaron unas palabras anodinas, observándose de reojo, hasta que poco a poco el malestar fue dejando paso a ese extraño júbilo que sentían cada vez que estaban juntos: George Sinese y Lozerech aquí, eso no podía ser sino una gran broma de la que ellos eran los primeros en reírse. Una vez cumplidas las formalidades de

la aduana, se subieron a un jeep descapotado que Gauvain había alquilado y se dirigieron al hotel, donde él había reservado dos habitaciones.

—¿Crees que he recorrido diez mil kilómetros para dormir sola? —le dijo ella con cariño.

—Había pensado que de vez en cuando querrías deshacerte de mí... descansar a tu aire... —respondió Gauvain con rostro hipócrita.

—Escucha, mantenemos la segunda durante veinticuatro horas y luego ya veremos qué pasa.

—De todas formas, es demasiado tarde para anularla —precisó Gauvain—. Vamos a lo práctico. Esta noche nos quedaremos en la más bonita, la que había elegido para ti.

La descubren, inmensa, con una gran cama de estilo colonial con mosquitera, abierta de par en par a una gran playa limitada por unos cocoteros, cuyas palmas se agitan con la brisa emitiendo un ruido metálico. Como no había visto nunca el océano Índico, a George le sorprende ese cielo plomizo en el horizonte, mientras que el que está sobre la isla es de un azul ardiente y comunica al agua la misma variedad de colorido. Es tan diferente de los cielos velados de Senegal, con sus horizontes vacíos y brumosos...

Se acodan ambos en la balaustrada de la terraza, fingiendo sentirse atraídos por el paisaje, pero sus cuerpos se acercan subrepticamente y, en cuanto sus brazos se tocan, se expande por sus venas la onda que precede a las grandes rendiciones. Esa montaña de ausencia entre ellos empieza a fundirse, pero Gauvain todavía no se atreve a aplastar contra su pecho a esa mujer que está junto a él ni a cogerla en brazos para ensartarla. Y la mujer no se atreve a posar sus labios en el escote de la camiseta infame, y así hundirlos en el suave vello de su pecho, ni a pasear sus manos por las estrechas caderas, tan conmovedoras, en medio de ese cuerpo tan fuerte. Se mantienen pegados el uno al otro, escuchando esa marea en la que querrían ahogarse. Ya están flotando y las piernas no los sostienen.

Gauvain es el primero en volverse hacia la habitación, fresca. Arranca la colcha y la sábana encimera: la cama se extiende ante ellos, playa inmaculada, mapa en blanco que van a marcar con islas y continentes. Se desnudan el uno al otro sin miramientos y, sin separar sus bocas pegadas, exploran costillas, muslos, fingen interesarse por la base de la espalda, ahí donde se inicia la

curva de las nalgas, entregándose a una partida de sexo libre que los aproxima inexorablemente, lo notan por los temblores que se apoderan de ellos, de sus sexos, que pronto van a unirse para no separarse más.

Entonces se tumban en la cama, se exploran más íntimamente, se reconocen, toman posesión otra vez el uno del otro con esos gestos de los nuevos amantes que parecen todavía de una indecencia deliciosa. George encuentra, con una sonrisa interior, las pelotas prietas de Gauvain, casi pegadas a la ingle y que reconocería entre mil... bueno, al menos entre siete u ocho pares. Las manosea un poco, más por educación que por interés, antes de pasar a lo que la atrae de verdad. Después del tanteo de los testículos, el pene parece hecho de una materia más franca, más normal. Al palparlo, su consistencia le sorprende una vez más: no está duro como una piedra, ni siquiera como un corcho, es duro y blando al mismo tiempo, como cualquier pene en ese grado de entusiasmo.

Lo explora solo con el pulgar y el índice, tamborileando de arriba abajo, sonriendo cada vez que él cabecea a la manera de un caballo. Es liso como un tronco de cocotero y curiosamente curvo, como lo son algunos de esos árboles, y beis pálido, nada violáceo. Ella se da cuenta de que la palabra «turgente» no es la adecuada. Su cabeza bien redonda, ahora descubierta, sin su velo, le recuerda al casco de reborde abombado que, a modo de empuñadura, coronaba el bastón que le esculpió en 1944 un soldado convaleciente en el hospital de Concarneau, réplica del de los combatientes de la primera guerra mundial. Ella aprieta esa empuñadura con la palma de su mano y se regodea un instante en su propio miedo a la invasión, que juzga impracticable, condenada al fracaso, dentro de ese conducto donde a veces le cuesta hasta introducir un tãmpax. Es demasiado grueso para ella, está claro.

«¿No tendría otro igual, pero una talla menos? Este no va a caber...» Por toda respuesta, el muy cabrón se hincha un poco más. Al mismo tiempo ella se deleita con su aprensión, con las prisas crecientes de Gauvain, que lucha entre las ganas de acariciarla a su vez y el deseo volcánico de explotar en ella, ahí mismo, de inmediato.

Amorosamente, heroicamente, inicia su aproximación, describiendo con sus dedos, los cinco, unos círculos concéntricos alrededor de ese sexo femenino que, de repente, tanto para él como para ella, se convierte en el

centro del mundo, un mar donde hundirse, donde morir. Ella detiene todo movimiento para no perderse nada del torbellino que se genera dentro de su cuerpo a medida que él se acerca a los bordes del embudo, y él, al sentir el contacto de los labios resbaladizos, lo deja todo para precipitarse en el tibio abismo. Y sin matices y sin florituras, y sin poder escoger el ritmo, corre hacia su goce, a remolque de ese animal que acaba de nacer en él y que exige llevar la voz cantante. Enseguida se pierden en esa zona de paz donde el deseo se funde en el placer que regenera el deseo, sin que puedan distinguirse ni elegir entre empezar o acabar.

—Perdóname, voy demasiado deprisa. Perdóname —repite él, y ella contesta que hay veces que lo prefiere brusco y él no la cree, y también por eso ella quiere a ese hombre, porque no comulga con esa rudimentaria certeza de que las mujeres quieren que las violenten.

—Ya no podía más. ¡Llevaba tanto tiempo esperando este momento...! —murmura él—. Aunque te siente mal. Perdóname.

—Me sientas bien —contesta George estrechándolo más aún.

Por fin él reposa en ella, como el amado del Cantar de los Cantares, hipócritamente inmóvil y deliciosamente pesado. A ella ese peso le gusta, como también le agrada esa paz ficticia. Enseguida él busca sus labios, que una vez más son incapaces de hablar, pero los mensajes han llegado, todos los interruptores se encienden. Como una rueda de bicicleta cuando se hincha, ella siente que el pene recupera su forma por espasmos; luego nota sus movimientos, primero muy lentos, hasta que, paso a paso, el impúdico visitante ocupa el lugar, llenando todo el espacio disponible y más, pegándose a las paredes, que distiende, chocándose con el fondo, que empuja hasta que lo fuerza a retroceder.

—Ponte cómodo, como si estuvieras en tu casa —murmura ella.

Él gruñe siguiendo el ritmo, sin responder, y ella le repite que lo quiere, porque la conmueven profundamente esas raras ocasiones en las que él no se controla, y de todas formas ya se ocupará más tarde de su propio orgasmo, que no tiene ganas de dilapidar; le encanta estar a punto de y esperarlo y mantenerlo ahí, caliente. Con Gauvain no hay por qué preocuparse, sabrá buscarlo y lo encontrará, ahí donde esté, más tarde. A ella también le gusta esa latencia, esa espera que se prolonga más allá del horario comercial,

comiendo, caminando, en la playa, al sol. En resumidas cuentas, es eso, el amor que no se acaba, el deseo que duda en desaparecer que mantiene entre él y ella ese ligero temblor del aire, esa pulsación de vida que confiere un valor infinito a todos los momentos que pasan juntos.

Un orgasmo, finalmente, es solitario. Uno se sumerge en la mecánica solitaria del acmé y, en el último estadio, es en uno mismo, y solo, donde se resuelve la tensión. George no tiene ganas de quedarse sola esa noche, ni siquiera un segundo. Aprecia el placer que no se empeña en su resolución, que circula para durar más y mejor, que los envuelve a ambos en la misma marejada, meciéndolos con la resplandeciente certeza de que nada hay semejante a esos ratos, y que acabamos por utilizar el potencial de todos los sentidos para penetrar en esa región del interior que es nuestra patria perdida.

Por primera vez, Gauvain y George tienen todo un porvenir delante de sí: diez días. Se sienten ricos, ociosos, sin prisas. ¡Y ni siquiera han deshecho las maletas! Se levantan titubeantes. Es la primera vez que van a poner junta su ropa en el mismo armario. Al cruzarse en la habitación se lanzan una mirada llena de agradecimiento y cariño, por todo lo que toman del otro y todo lo que se dan.

Gauvain no ha llevado casi nada para él en su maleta, ¡todo el espacio lo ocupa un trasmallo! ¡Solo un maniaco o un marinero puede cargar con un trasmallo en vacaciones! Pretextó que le ha prometido uno a un amigo bretón que anda por esos lares, de esos que tiene en todos los puertos del mundo. Conan le prestará su barco, irán los tres de pesca, ya lo tiene todo arreglado.

—Habrás traído otra camisa aparte de esto que llevas, ¿no? —pregunta George agarrando con dos dedos el objeto de un rojo venenoso.

—¿Por qué? ¿No te gusta? ¡La compré en Dakar!

—Pues bien, será perfecta para Dakar, donde yo no pueda verla, pero aquí permíteme que te la confisque, que me deja bizca.

—Haz lo que te venga en gana, *karedig*. Me gusta que te ocupes de mí. Nadie me ha dicho nunca qué comprarme y yo no tengo ni idea. Me importa un bledo, compro lo que encuentro.

Se yergue delante de ella, magnífico, plano, poderoso, con sus ojos alegres y más azules que nunca bajo sus cejas oscuras, entre la juventud y la madurez, en los albores de los cuarenta que acaba de cumplir.

—A mí no me importa un bledo, me gusta que estés tan guapo vestido como desnudo. ¡Y como no te molesta, y ya que estamos, voy a hacer desaparecer también esas sandalias trenzadas! Tienes unas zapatillas de deporte que te quedan estupendamente, y las chanclas.

—Y mi pantalón, ¿confiscado también?

—Podrás ponértelo... de vez en cuando.

Él la estrecha en sus brazos contra su sexo indecente, emocionado al ver que George se comporta como una madre, la que nunca tuvo.

El segundo día se pasean por Victoria, la minúscula capital, aún impregnada de la presencia francesa, que los ingleses, que nos lo han quitado todo, se esfuerzan en vano por borrar desde 1814. Pronto, cuando llegue la independencia prometida por la Corona, los habitantes de las Seychelles inscribirán en sus primeros sellos libres el nombre *zil elwagnéés Sesel*, resonancia criolla del francés (*le)s îles éloignéés Seychelles* («islas alejadas Seychelles»). Y es que el criollo es la prueba fehaciente de que la Francia de Luis XIV ha dejado una huella indeleble y a fin de cuentas positiva en esas islas donde los nombres parecen salidos directamente de una ópera de Rameau. En realidad la bahía Poules Bleues («gallinas azules») y la bahía A La Mouche («A La Mosca»), la bahía Bois de Rose («Palo de Rosa») y la bahía Boudin («Morcilla»), las islas Aride («Árida»), Félicité («Felicidad»), Curieuse («Curiosa»), Cousin («Primo»), Cousine («Prima») o Praslin («Praliné») dan fe de la imaginación poética de los navegantes y los piratas. Solo la reina Victoria consiguió hacerse un hueco y ubicarse en el corazón de Mahé de La Bourdonnais, que seguro que no se lo perdona.

Una lluvia intensa y caliente los persigue durante todo el día, pero al coger el jeep para visitar las playas vecinas descubren que a veinte kilómetros hace un sol de justicia.

Como Mahé tiene fama de lluviosa por sus montañas, deciden aprovecharse cuanto antes del *fifty* del amigo Conan, nativo de Auray, para descubrir Praslin detrás de su barrera de coral, a solo dos horas por mar de Victoria.

Nunca han navegado juntos y Gauvain está feliz de poder introducir a George en su elemento. Ella descubre lo más hermoso de él: es eficaz, rápido, ahorrador en sus gestos como todo buen marinero. Se nota que frecuenta el océano desde hace tiempo y que sabe desbaratar todas sus artimañas... hasta la última, quizá, la que se lo llevará a dormir en un lecho de sargazos verdes.

Tres tormentas tropicales los azotan y comparten entre risas su tibieza y su violencia. George no recuerda haberse reído así desde hace tiempo. Reírse por el gusto de reírse. Reírse por la infancia reencontrada. ¿Quizá es porque no consigue reírse a mandíbula batiente más que con el hombre con el que acaba de hacer el amor a cuerpo batiente?

¿Se ha reído así alguna vez Gauvain con su mujer? En su pueblo lo normal son más bien las risotadas entre hombres, en las fiestas. Entre mujeres, las risas son a hurtadillas, y enseguida se recupera la compostura: «¡Hala, no vamos a pasarnos el día así, que yo tengo mucho trabajo todavía!» Después de unos años de matrimonio, de esa vida difícil durante la que aún se ahonda más el abismo entre sexos, cada uno con sus tareas incommunicables, el uno en el mar, la otra en la casa, la fábrica o el campo, se pierde el camino infantil hacia el ataque de risa.

Al acercarse a Praslin por el este, a lo largo de la bahía Volbert, tienden el trasmallo, después de mil dudas, en la linde, o eso creen, de un banco de arena y de un bajo, en una zona que promete. Conan ha pescado ahí a menudo, pero al curricán.

Luego desembarcan en el puesto de pescadores, donde les prestan un bungalow precario, recubierto de hojas delatania, en el islote de Chauve Souris, a unos cables de la costa, de la que los separa un agua «blanca de primer diamante», como se dice de un diamante «blanco de primer agua». No se puede habitar allí si no es al albor de un amor ardiente, cuando se sabe qué hacer a la hora de la siesta, en las horas de lluvia, en las largas veladas ahogadas por la vegetación durante las que las voces ganchudas de las aves, de los batracios y de monstruos diversos componen una ensordecedora cacofonía.

Al día siguiente tienen que ir a recoger la red y, al amanecer, le toman prestada una piragua a un joven negro que vigila las operaciones con una ironía mal disimulada, sorprendido de que unos blancos de vacaciones

busquen hacer, para distraerse, el mismo trabajo que él ejecuta el resto del año. Su sonrisa se acentúa cuando descubre dónde han colocado el trasmallo los turistas. Cuatro tiburones, una raya de puntos azules, unos salmonetes, un jurel gigante, pero sobre todo kilos de corales muertos, provistos de puntas y ganchos que habrá que arrancar del fondo marino si no se quiere dejar ahí una red casi nueva (algo impensable para un pescador), antes de pasar horas soltando, malla a malla, la maraña de coral grisáceo, quebradizo y cortante.

Mientras los tres se afanan en la piragua, con la cabeza gacha y las manos ensangrentadas, dándole la espalda al sol, un insecto de unos diez centímetros, oblongo y parduzco, se lanza en picado y aterriza en el tobillo de George, que profiere una exclamación.

—¡Una escolopendra! —grita el joven negro, y salta hacia delante dando muestras de un pánico descomunal.

Con ayuda de un bichero persigue a la cosa, que corre por el fondo de la embarcación, mientras vigila a George de reojo como si temiera verla morir de un momento a otro. Se le hincha el tobillo muy deprisa, pero ella se niega a hacer aspavientos para no parecer una gallina delante de Gauvain.

—Noto la picadura, desde luego, pero estoy bien —se pavonea ante el muchacho, que concluye que en ese caso la escolopendra no ha sido tan mala.

—Si pica'la a usted de ve'dá, usted está' dando gu'itos aho'a—le dice para tranquilizarla.

¿A partir de qué umbral en su escala de dolor una mujer blanca tiene que gu'itá'? George se pone a trabajar como si nada. Pero no tarda en percatarse una vez más de que no sale a cuenta hacerse la valiente. Los dos hombres han olvidado el incidente para volver a ocuparse del trasmallo. ¿Qué ha sido de aquellos tiempos del Tío Tom en los que el indígena se habría precipitado sobre su rodilla para chupar el veneno?

Hippolyte (así se llama el joven negro) se ofrece en varias ocasiones a soltar con su cuchillo los fragmentos de coral de la rosca de mallas que los aprisionan, pero Gauvain no contempla tal posibilidad. No se estropea la herramienta de trabajo, sobre todo si no es de uno. Hippolyte se va, harto. ¡Estos blancos son absu'dos! Para ellos la pesca es un juego, ¿no? Entonces, ¿po' qué complica'se la vida? Gauvain y George se empecinan con la red hasta

la noche y se destrozan los dedos y se desuellan las manos, pero Conan recuperará su trasmallo impecable, o casi.

Al pie no le ha gustado nada la historia: está hinchado, deforme, la piel, reluciente y caliente, y el dolor es agudo. Gauvain se arrepiente de no haberse preocupado antes. No se dan cuenta de que por obra y gracia de la escolopendra van a salir del mundo cegado de los enamorados para entrar en una especie de conyugalidad.

Instala a George en la sombra, con la pierna en alto, utiliza todos los hielos del pequeño frigorífico de butano para aplicarle compresas heladas, hace que lo lleven a Praslin, donde alquila una bici para correr al pueblo a comprar una venda y Synthol, se levanta por la noche para darle de beber, con tantas atenciones y tal ansiedad en la mirada que a ella le parece mentira que el mal pueda hacer tanto bien. Han leído en la guía que la picadura de escolopendra es de las peores. Pero no van a dejar que semejante bicho les agüe esa semana maravillosa. George centra todas sus energías en intentar atenuar el dolor, en olvidarse del pie, aislarlo del resto del cuerpo, para ponerle una barrera al veneno.

En el mar es donde ese apéndice, que se ha vuelto redondo, pesa menos en el extremo de la pierna, y solo hay que dar unos pasos hasta poder instalarse en el agua calmante. No dejan el islote en todo el día, y Gauvain no para de darle masajes en la pierna, que va deshinchándose lentamente, evitando la zona más oscura de la mordedura. «Déjame... yo sé cómo hacerlo», le dice para tranquilizarla. A bordo, es el patrón o el segundo el que sirve de enfermero, a veces hasta de cirujano en caso de accidente, fractura o absceso.

Totalmente desamparados por no poder hacer el amor, hacen cualquier cosa, es decir, se ponen a conversar, descubriendo lo que son, aparte de dos sexos. ¿Han hablado alguna vez de otra cosa más que de amor? Avanzan tímidamente hacia ese nuevo modo de relación. George querría dejar de ser tierra extranjera para Gauvain. Querría que supiera lo que le gusta en la vida y en qué ocupa la inmensa parte del tiempo que no está con él. Querría que supiera por qué también a ella le gusta su trabajo y que él aprendiera a

observar mejor el mundo. ¿Qué ocasión más propicia que ese archipiélago en el que la historia se lee como un libro abierto, la de las conquistas superpuestas de Francia y de Inglaterra, también las de los piratas? Gauvain nunca ha consultado una guía. Para él el mar es un lugar de trabajo, una mina que él explota, un sustento. Nunca ha pensado en los grandes marinos que la han surcado. Las islas están ahí para faenar, eso es todo. Los atunes esperan a ser pescados, él está en la tierra para pescar y sus hijos vivirán de esos atunes. No ha tenido tiempo de interesarse por el pasado. La curiosidad es un lujo, y él se cree excluido del lujo. Pero ahí se encuentra atrapado, en una ociosidad forzosa, y da la casualidad de que George es historiadora. Así que... adelante con la historia.

Ella empieza por las bandas, para no asustarlo. A los niños les gustan los bandidos y los aventureros.

—¿Nunca has leído las memorias de los grandes aventureros?

—Bueno, yo, ya sabes, aparte de las novelas policiacas y los tebeos, no me parece que haya gran cosa que leer. ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo, leí algo sobre Cristóbal Colón. ¡Era un libro que había ganado un premio en Quimperlé!

—Te voy a regalar un libro sobre la historia de las Seychelles, como recuerdo de estos días. Es como una novela policiaca, ya verás, con los franceses y los ingleses que se persiguen unos a otros por turnos, bautizando, desbautizando, rebautizando las mismas islas, instalando cada uno su iglesia, enriqueciéndose, matándose entre sí para que, al final, siempre sean los piratas de ambos bandos los que acaben llevándose el gato al agua. Parece que todas estas islas están llenas de tesoros escondidos. Esta era una de sus guaridas, porque en aquella época eran islas desiertas.

—¡Ser pirata! —dijo Gauvain pensativo—. ¡Seguro que era más emocionante que ser ladrón de chalés!

—¡Qué gracioso eres! ¡Tú habrías sido incapaz de ser pirata! ¡Demasiado moralista, el hijo de Lozerech! Ya para ser amante te ha costado lo tuyo...

Gauvain le suelta un puñetazo tierno, muy lejos del tobillo. Le gusta que le hable de él. No está acostumbrado.

—No, yo a ti te imagino más de capitán al servicio de tu rey, llevándole fielmente después de cada expedición todo el oro y los diamantes que hubieras sustraído a los indígenas o al enemigo (en ese caso no habría sido robo), todo, hasta la última cucharilla. Y como recompensa, te veo encerrado en una fortaleza el resto de tus días porque te habrías hecho enemigos entre gente importante de la corte por tu honestidad... o arrojado por la borda por tu tripulación amotinada, porque les habrías negado un suplemento del botín.

—¿Me consideras tan estúpido?

—Pues... es que en aquella época la honradez aún se premiaba menos que hoy. ¿Sabes lo que sí era rentable a veces? ¡Saber hacer el amor!

—¿Ves? ¡Igual sí que tengo alguna posibilidad como pirata! Por lo que dices, porque yo no me doy cuenta —añade con cara de falsa modestia.

Se echan a reír. En ese terreno se sienten maravillosamente iguales. George la acaricia un poco, solo para asegurarse de que todo sigue bien y que sigue empalmándose hasta cuando le habla de historia.

—No es broma, ¿sabes? ¡Los franceses conquistaron Tahití porque los marineros de Bougainville hacían el amor mejor que los de Cook! La reina Pómare, mal follada por el muy británico pastor Pritchard, prefirió ofrecer su isla a los franceses después de haber pasado unas cuantas noches con uno de esos Lozerech de una expedición francesa. Voy a regalarte el *Viaje alrededor del mundo* de Bougainville, estoy segura de que te encantará.

—¿Y por qué no me regalas tu libro? Me impresiona que hayas escrito un libro. Para mí los escritores son gentes distintas de nosotros... algo así como intocables, ¿no?

—¡No! ¡La prueba es que tú tocas la mar de bien a los autores, precisamente! No sé si te gustaría mi libro, es académico. Y además trata de mujeres... y de revoluciones, dos cosas que no te entusiasman demasiado. O, por lo menos, que nunca te han preocupado. Ni siquiera sabes si te interesan o no.

—Di otra vez que soy un estúpido y acabamos antes.

—¡Si es lo que te estoy diciendo! —y George, a su vez, acompaña la frase con un puñetazo.

—¿Qué coño hago contigo? —suelta Gauvain, que no sabe si tomárselo a broma.

—¿Y yo contigo? ¿Te lo has planteado? ¡Vamos a tener que decírnoslo a plena luz del día, que nos queremos, especie de estúpido al que quiero! — George lo agarra por el cuello, lo inclina hacia ella y ya no saben lo que piensan mientras dura el beso.

—Me interesas, si quieres saberlo todo —replica George—. Me gusta tu carácter, tu carácter de mil demonios. Me gusta tu ternura. Y eres inteligente en el amor, y hay muy pocos hombres que lo sean, y eso no puede venir de un estúpido, así que... ¡Y te mandaré mi tesis, con una dedicatoria comprometedora! Tendrás que leerla a escondidas y enterrarla en tu jardín.

El sol baja hasta el porche casi vencido por el peso de las buganvillas. ¡Ah!, a propósito, piensa George, no debo olvidar decirle que lo único que queda hoy de Bougainville no es una isla, a pesar de todas las que descubrió, sino un arbusto. Beben demasiado ponche criollo y George le cuenta su vida en la universidad. Habla con facilidad, por tradición familiar y también de clase. En casa de Gauvain solo se dice lo indispensable. Y entre los colegas, solo se suelta una confidencia de cuando en cuando y con brusquedad, las noches de juerga y alcohol. Nadie habla de lo que le importa de verdad. Sería indecente. Como si a la abuela de los Lozerech se le ocurriera vestirse de otra manera que no fuera de negro o a la madre quedarse una mañana en la cama. «Hemos acertado» o «Esta vez nos ha salido el tiro por la culata» constituyen el máximo nivel de comunicación, puntuado por pensativos «¡Aaaah!, desde luego, ¡qué me vas a contar a mí!», para que después cada cual permanezca en silencio pensando en su propia experiencia.

Pero aquella noche, en la isla de Gabriel de Choiseul, duque de Praslin (¡mira que llamarse Praliné!), lastrado por su cuarto ponche, Lozerech ya no es Lozerech. Es un hombre que por fin deja entrever un poco de eso que permanece sin formular en el fondo de sí mismo. Y eso es aún peor que el amor. Más devastador todavía, porque hablar con una mujer no se parece a nada de lo que ha hecho hasta entonces. Contar lo duro, pase. Pero confesar lo que le gusta es como violar lo mejor de sí mismo. George también está un poco borracha, entre los comprimidos y el alcohol... y eso le da seguridad. No saldrán a cenar por culpa del tobillo y, mientras se atiborran de frutos exóticos, Gauvain no para de contar: la pesca en Dakar o en Costa de Marfil, la aventura que supone cada nueva campaña, la excitación cuando se llega a un

cardumen, el oleaje que se pone a borbotear cuando los peces asoman a la superficie, excitados por el cebo, y luego la caña de fuerte bambú que hay que agarrar a toda prisa, la cortina de riego que va a impedir que los atunes vean a esos fanáticos que se preparan, desde el jefe mecánico hasta el cocinero, para repartirse el botín. Y el momento brutal, como el amor, sí, así dice, brutal como el amor, en el que cada uno sube a bordo a golpe de riñón su atún, su bonito, que a menudo pesa hasta veinte kilos, y la voracidad de los animales y la febrilidad de los hombres, la sangre en el chubasquero, los coletazos incesantes de los peces en el puente, los anzuelos sin hebijón para permitir un desenganche más rápido, y luego el sedal de nuevo al agua...

George se ha dado cuenta de que cada vez que habla de su oficio, Gauvain utiliza expresiones bretonas y le sale el acento del país. Le gusta explicar su lenguaje codificado, la jerga de su oficio, los cardúmenes o bancos de atún localizados, el cebo utilizado para pescar el señuelo, sardinillas, que servirán a su vez para pescar los atunes, todo ese trabajo preparatorio de la confrontación...

Sí, es más trabajo que la jábega, hay que recebar sin parar los anzuelos. Hay bastante destrozo por lo aprisa que va todo y algunos hombres acaban en el agua, ¡eso sí que es deporte de verdad! Le brillan los ojos. Se lee su estima por el adversario, ese gran depredador que es el atún.

—¡Una bestia magnífica que sabe defenderse! ¡Tendrías que verlo! He visto cómo se embarcaba una con trescientos peces en menos de media hora. ¡Y menudas moles!

—¡Debe de ser un espectáculo grandioso! —exclama ella.

—Sí, fenomenal... —responde Gauvain. «Grandioso» no forma parte de su vocabulario—. Pero todo eso se acabó, como quien dice —concluye con ese fatalismo que caracteriza a los marineros—. Son los armadores los que lo deciden todo, los que cambian barcos y hombres. Nosotros no pintamos nada. Los cañeros son agua pasada. Con las jábegas de nailon que utilizan ahora, los yanquis van a arramblar con diez toneladas de rabil al día. ¡Y nosotros no pasamos de diez toneladas por marea! ¡Sí, se acabó! —dice con aire distraído. De repente está muy lejos de George. Ha estado hablando solo.

—Pero ganarías más y más seguro en un arrastrero, ¿no? Tendrías un trabajo más cómodo, menos agotador.

—Ganaríamos más, desde luego, pero...

No termina. No puede traducir en palabras su nostalgia, su gusto por la pesca artesanal, donde el individuo representaba un valor, el único, antes de que el radar sustituyera la intuición del patrón, y la electrónica, al valor y la experiencia.

—A los trece años, ya me dedicaba al atún. Bueno, en aquellos tiempos era bonito, nada que ver con el atún rojo...

Esa pesca se ha terminado, pero él no está acabado. La prueba es que ha venido aquí. Puestos a dedicarse a la pesca industrial... Se está hablando ya de helicópteros que localizan los agrupamientos de aves que pescan la morralla en superficie, bancos de pequeños peces que, a su vez, señalan dónde están los grandes, por debajo. La trampa se hace más grande. Parece que ya se ha devastado el Atlántico Norte, pero aquí aún hay bancos enteros de atunes esperando. Su mirada se anima. Le da igual el medio ambiente, como se llama ahora a la naturaleza. Le gusta devastar, es su oficio. Un pirata, al fin y al cabo. El futuro no es cosa suya.

Es la una de la mañana. Gauvain mira a su alrededor como si acabara de aterrizar. George se ha quedado medio dormida en el hueco de su brazo. Ha estado hablando solo, pero nunca habría hablado de haber estado solo de verdad. Tampoco a ninguno de sus hermanos, ni a su mujer. A los colegas, quién sabe, pero de hechos, de proyectos, nunca de sentimientos. Los sentimientos son cosa de mujeres. ¿Qué hace que con ella se descubra otro hombre y que diga lo que ni siquiera sabía que quería decir?

La lleva suavemente hasta la cama, a su bella pececilla.

—No se te ocurra apoyar el pie en el suelo. Hace que la sangre vuelva a caer. Voy a ponerte otra compresa y una venda para la noche.

George hunde la cara en su cuello. Es la primera vez que la llevan así, que la cuidan, que la vendan. Se abandona a esa dulzura. Pero no. También en manos de su padre, enfermero-camillero durante la guerra, porque tenía el diploma de Física, Química y Biología y un año de Medicina, antes de convertirse en artista. Tenía unas manos que sabían limpiar las heridas. Su madre no soportaba la visión de la sangre. Le vuelve el olor insulso de la tintura de yodo. ¡Escuece!, gritaba ella, como un ritual. Mejor, eso es señal de que está haciendo efecto, replicaba su padre.

Se duermen tiernamente, con sus mentes, quizá por primera vez, abrazadas, enlazadas al unísono de sus cuerpos, asidos el uno al otro como dos niños.

Al día siguiente por la mañana, la mejora del pie es tan evidente que deciden recorrer la isla de Praslin. Alquilan el único coche de la isla para todo el día, a George le resultará menos cansado que pedalear.

Hacen escala en cada cala, pero es la más modesta, la ensenada Marie-Louise, la que les ofrece el tesoro marino más rico, a unas brazas de la orilla, sin necesidad siquiera de nadar, bajo un metro de cristal puro: una auténtica colección de peces entre los que se deslizan remojando ligeramente las palmas de sus manos. En ese mismo sitio los navegantes de la *Heureuse Marie* descubrieron el cocotal del Valle de Mai, que visitarán al día siguiente. Aquí fue donde hizo escala el pirata La Buse, al que los *british*, incapaces de pronunciar la u francesa, llamaban La Bouche, después de haberse hecho con el botín más fabuloso de la historia de la piratería: el virrey de las Indias y su vajilla de oro, el arzobispo de Goa y sus copones sagrados cubiertos de piedras preciosas... Leen juntos la guía, tumbados bajo las casuarinas, sobre la arena abrasadora, muy lejos del mundo actual.

Esa tarde volverían a hacer el amor. Es la primera vez que se dan el lujo de esperar. Es también la primera vez que Gauvain tiene la impresión de confesarse a la mujer a la que va a penetrar. Se siente tímido, más conmovido. Ese día va a aceptar que ella lo bese ahí, como dice él, largamente, y que se atreva a manifestar un placer intenso; pero no consigue gozar entre sus labios. Se avergüenza de ese abandono. En el último segundo, sube a George a su altura, y juntan sus caras.

—Te respeto demasiado —le dice él—, te parecerá ridículo, pero no consigo acabar así, en tu boca.

—Confía en mí, solo haré lo que me guste y pararé cuando no me apetezca. Contigo, nunca me he forzado a nada.

—Puede que sea yo el que no puedo. ¿Te molesta?

Recorre los labios de George con su lengua como para lavar el contacto de su verga.

—Me siento solo aquí arriba sin ti, me gusta sentirte por todas partes. ¿Te molesta? —repite, inquieto—. Me gusta mucho más así, para terminar —añade instalándose untuosamente entre los muslos de George, en el hueco que ella acaba de crear para él y que se cierra tras él. Nada de anfractuosidades, nada de excrecencias, dos cuerpos lisos, llenos, igualados. Él no se mueve en ella.

—No me has dicho si te molestaba —insiste él, hipócrita, porque de eso sí que sabe.

—¡Ahora no voy a decirte que prefiero de otra manera! ¡Tengo tantas ganas de ti que no consigo salir de la posición número uno!

Se ríe de puro placer. Ella se ríe por provocarle placer a él. Se ríen porque detentan el infantil secreto del placer del otro. Un secreto tras el que se puede correr toda la vida, se dice George.

Él empieza a moverse de nuevo, suavemente, y sus dientes chocan cuando se besan porque siguen riéndose a pesar de la intensidad de su placer.

Durante los breves interludios, George se pregunta cómo podrá volver a hacerlo. Sobre todo porque el dispositivo de Gauvain sigue siendo impresionante, incluso después de usado. Un día ella se lo dice, cuando él se pasea desnudo por la habitación.

—Cuando estás cerca no puedo evitar empalmarme. Nunca. ¡Es terrible! —Y suelta una carcajada de las suyas, infantiles—. Y mira lo que pasa si me pongo a hablar de esto...

Se contempla con la mirada tierna que uno reserva para un hijito insoportable. Se siente ingenuamente orgulloso de gustar y no le da vergüenza. Sus pudores están en otra parte. Sabe que no es de su cuerpo de lo que tiene que acomplejarse.

—¡Desde luego! ¡Pensar que he tenido que venir hasta el trópico para verte deambular desnudo y darme cuenta de tu anomalía...! ¡De tu animalía, más bien!

Coge el sexo de Gauvain en la mano, lo sopesa.

—Hasta vacío, sigue pesando... no sé... ¿doscientos cincuenta gramos?

A ella le gusta adularlo, decirle cosas tontas, arrodillarse como Lady Chatterley, a quien él no conoce, ante la Divina Máquina. Mentirle un poco incluso para que se muestre aún más apasionado; en definitiva, conducirse como la más elemental de las mujeres objeto y dejarse llevar por esa parte de

vulgaridad, de chocarrería que no sabía que llevaba dentro. También por eso quiere a Gauvain: por esa desconocida que él hace que surja para ocuparla. Una persona que ya no lee por las noches para ofrecerse cuanto antes a sus caricias, que se viste en función de los criterios sexuales de él, que le perdona sus groserías, sus errores, todo lo que habría odiado en cualquier otro, a causa de las voluptuosidades que espera de él, de ese deseo insensato, injustificable. Pero ¿por qué injustificable? ¡Qué manía con querer entender el sexo como si fueran matemáticas! El sexo no tiene más sentido que el sexo mismo.

Todo esto no es serio ni digno de anhelo, se dice George cuando se impone su naturaleza de mojigata. Solo unas circunstancias tan novelescas han podido alimentar semejante incendio. Nunca habían pasado diez días juntos, después de todo, pero podía esperarse que un mayor conocimiento del otro, la repetición (*monótona a la fuerza, precisa la mojigata*) de los mismos gestos, acabarían con el hechizo, dejándole tan solo una nostalgia distinguida, más compatible con las necesidades de sus respectivas existencias.

Tendrías que empezar a ser capaz de pasar dos horas sin desear a ese tipo, dice la mojigata. Tendrías que dejar de mirarlo de arriba abajo con esas ideas repugnantes en tu mente. Pero es que por la noche el menor movimiento suyo me despierta, y cómo impedir que el sueño se transforme en voluptuosidad, como en esos grabados donde el ala del pájaro se convierte poco a poco en una vela, sin que se pueda distinguir el momento de la metamorfosis. Y hasta por la mañana, sí, señora, al alba, cuando todo parece inocente, basta un dedo suyo sobre mi piel, incluso muy lejos de las zonas críticas, para que mi respiración se transforme en quejido dichoso, para que nuestros rostros se acoplen, nuestros cuerpos se encastran, nuestros sexos se empalmen... Ya basta, dice la mojigata. Siempre me cuentas la misma historia. Es tan aburrido...

Cada mañana, George se despierta con el temor de que la mojigata haya conseguido domar durante la noche a esa adolescente entregada a las niñerías que nadie más que Gauvain ha visto nunca. Pero cada día, la adolescente de Ragenès se estremece bajo la primera caricia de ese hombre, que se despierta siempre antes que ella y la observa mientras duerme, conteniendo el gesto de pasar un dedo ligeramente sobre su pezón.

—Los marineros no saben dormir hasta tarde —dice para excusarse, cuando avanza la mano hacia ella, y esa es la señal de la derrota cotidiana de la mojigata.

Una derrota alegre porque, en cuanto se descubren otra vez juntos para un nuevo día entero, les invade el júbilo. Y hacen el amor dos o tres veces seguidas sin bajar de la montura. Y cuando juzgan que ya está bien y adoptan la firme resolución de ir *primero* a desayunar, un gesto imprudente vuelve a tumbarlos en la cama.

El día siguiente lo pasan felizmente lejos de su choza, en la isla grande, y Gauvain no es un hombre que se atreva a hacer el amor fuera. Cenar pescado y marisco en un minúsculo restaurante entre la playa y la carretera donde no se oye ningún ruido de motor, solo la música de una pequeña orquesta indígena, tambor, violín, acordeón y triángulo, que toca extrañas contradanzas y cuadrillas llegadas directamente de la corte de Luis XIV.

Cinco músicos vestidos de manera extravagante, con chaquetas llenas de agujeros o camisas tropicales, y una lugareña muy vieja con falda larga, descalza, con unos pies bien distendidos, de esos que han ejercido como Dios manda su oficio de pies, resucitan allí, bajo las latanias y las casuarinas, los minuetos del Rey Sol. La mujer danza con un donaire de marquesa, pero desdentada, con la pañoleta mal planchada sobre sus hombros descarnados, el bajo de la falda descosido, la mirada atrevida y llena de humor, hermosa y auténtica como la isla. Gracias a ellos, revive él por una noche el tiempo en el que los grandes descubridores no eran generales y todavía no se habían convertido en hombres de negocios. En cuanto lleguen más de veinte turistas a Praslin, mandarán a la vieja bailarina a su casa y podrán a una jovencita horrible, una orquesta típica y unas guitarras eléctricas.

Esa noche, solo son seis escuchando, y sus vecinos también son franceses, pero anodinos. Tampoco tienen edad. Parecen viejos. De vuelta de todo. Pero ¿de vuelta de dónde? La señora tiene un aspecto impecable, cabellos grises recogidos en un moño, espalda rectilínea, rostro distinguido, algo cuadrado pero bello, si bien marcado por la virtud practicada demasiado tiempo. Visten traje de lino color crudo e inevitables sandalias blancas. Su

esposo, antiguo administrador colonial, sin duda, vencido por treinta años de aburrimiento conyugal, parece perdido en sus sueños en la esquina de la mesa, con la nariz gacha. Su hija, que tampoco tiene edad, teñida de negro con reflejos caoba («¿queda menos triste, no te parece?») está sentada junto a un pobre hombre que sigue los pasos del suegro. El trópico no ha quebrado sus caparazones de tortugas burguesas. Las dos mujeres examinan atentamente sus platos en busca de algún microbio indígena, luego fruncen el entrecejo al ver que en el menú no hay más que pescado, antes de llamar a la camarera para que les ponga unas tostadas. Vuelven del Valle de Mai, de donde se han traído un coco de mar, pero ya están arrepentidos. Les ha costado muy caro y nunca se atreverán a exponer ese coco con forma de enormes nalgas en su salón, es demasiado obsceno, y se dan cuenta ahora.

Solo la madre y la hija intercambian unas frases delante de los maridos que, a intervalos regulares, asienten con la cabeza. «Aquel gran hotel tan agradable, ¿sabes, mamá?, ese a orillas del lago de Garda...» «¡Ah, sí! ¿Se acuerda, Henri?» Mamá trata de usted a su marido, en cuyo rostro aburrido pueden leerse los treinta años de vacaciones con su esposa, hasta esta jubilación, este interminable periodo vacacional... Pero no llegará al final. Ya le ha dado un ictus, se diría que decidido por él, por precaución, y tartamudea a la par que camina.

Pero unos franceses a diez mil kilómetros de su patria, a mil kilómetros de Madagascar, la tierra más próxima, no pueden ser ignorados. La conversación se entabla en torno al coco de mar.

—Cada semilla está numerada, saben ustedes, porque ahora la exportación está regulada de manera muy estricta —anuncia la Señora Madre.

—Solo se encuentran aquí, es curioso. ¡Y ya antaño los príncipes árabes los compraban a precio de oro a causa de sus virtudes afrodisiacas! —dice George.

Un leve gesto de reprobación cruza la mirada de la Señora Madre, a quien disgusta la idea de que pueda sospecharse que cultiva el erotismo. Gauvain ha levantado una ceja. Eso le suena. Afrodita no, pero afrodisiaco, sí.

—¡Me parece gracioso que los príncipes árabes necesitaran recurrir a eso! Tenían derecho a tener todas las esposas que quisieran —dice.

Las dos mujeres encuentran que la conversación empieza a degenerar y la orientan hacia un tema menos escabroso.

—Los nombres de todas estas islas son maravillosos, ¿no les parece?

—Sí —asiente George—. Es conmovedor que en este rincón del mundo se pronuncie sin parar el nombre de Praslin, un ministro de Luis XIV que nunca puso los pies aquí.

—¿Y por qué Praslin, entonces? —pregunta Gauvain.

George sabe que le importa un comino, pero ella va a contárselo porque lo ha leído ese mismo día en la guía.

—Porque el duque de Praslin era ministro de Marina y precisamente financió una expedición para recoger esos cocos de mar tan caros.

—Al menos —subraya el Señor Padre— por entonces en las Seychelles no había un solo aborígen. Los exploradores no fueron devorados por caníbales como el pobre Lapérouse.

—Séchelles tampoco puso nunca un pie aquí. Era inspector de Finanzas, Moreau de Séchelles exactamente —precisa el Señor Yerno—. Yo también soy inspector de Hacienda —añade, satisfecho.

—Es un bonito nombre, además. ¡Una suerte que ni Newcome ni ningún otro *british* de esos consiguieran llamar a este paraíso Nueva Gales del Sur o South Liverpool! —George se siente chovinista en la otra punta del orbe y le encanta meterse con la pérfida Albión.

—¿South Liverpool? ¡Los criollos lo habrían transformado inmediatamente en L'Hiver Poules («El Invierno-Gallinas»)! —Gauvain es un hacha para los juegos de palabras. No es consciente, pero tiene el sentido necesario para ello y mucha agilidad, como para compensar sus carencias.

Pero a los franceses no les apetece seguir con la conversación. No saben muy bien dónde ubicar a Gauvain y George, una pareja extraña. Los cuatro se saludan con una sonrisa aséptica antes de volver a sus habitaciones del único hotel de Praslin.

—¡No compres ni uno solo de esos cocos con forma de nalgas! —le dice George a Gauvain—. Ni los toques. ¡Nos moriríamos, seguro!

Al día siguiente embarcan para La Digue. Ahora los días transcurren rápidos, como en un reloj de arena al que le quedan unos pocos granos por caer. La isla vecina es su última escala. La antigua goleta *Belle Coraline*, tras treinta minutos de travesía bajo la lluvia, atraca en un malecón provisional construido sobre pilotes. Aquí siempre llueve en algún rincón del paisaje. Se han quedado todo el tiempo en el puente para que les mojen las olas. El amor, está claro, infantiliza.

En La Digue, ni puerto ni pueblo. Casas bajas dispersas, un molino de copra accionado por un buey, una iglesia católica y un cementerio descuidado donde reposan muertos de nombre francés. A Grégoire's Lodge se llega en carreta de bueyes. Es el único albergue de bungalós de esta isla que cuenta con cuatro coches para dos mil habitantes. La vegetación rezuma humedad, en las habitaciones las sábanas están mojadas y el concierto nocturno de ranas, insectos y aves, entrecortado de cuando en cuando por un grito estridente, se añade al roce permanente de las palmas, como para impedir todo sueño. Los caminos de tierra, en esta estación, son fangales y las olas arrastran toneladas de algas de potente perfume que les recuerda a Raguénès. Pero en la costa, bajo el viento, entre los desprendimientos gigantes de granito rosa de esta Bretaña tropical, se esconden, en medio de los cocoteros, unas playas de una blancura insoportable, bordeadas por una laguna de absenta dulce.

Las veladas son perfectas porque, al llegar el crepúsculo, el viento se calla. Es la hora adorable que precede las cacofonías nocturnas. Ante sus zumos de frutas enriquecidos, como los llama Gauvain, añadiéndoles ginebra, ambos evocan sus infancias, tan cercanas y tan ajenas, y a la gente del pueblo de él, que se convertía en el de ella durante las semanas de vacaciones. Para uno y para otro, las mismas personas, los mismos paisajes, pero rara vez coincidentes.

Han alquilado unas bicicletas y recorren la caótica isla hasta los erráticos bloques de granito pulido de la bahía de Patates, ensordecedora debido a unas olas enormes.

Por la noche caminan por última vez por la franja luminosa del mar, ofreciendo su piel desnuda al viento casi líquido. Luego se van pitando a la cama, amarrada a orillas del agua, entre chirridos y aullidos.

Conan viene a buscarlos para llevarlos a Mahé. Pasarán la última noche en una especie de posada llamada Luis XVII, donde la patrona contará por milésima vez la leyenda del joven Capeto, hijo de Luis XVI, que llegó allí con su vajilla con el escudo de los Borbones y se quedó el resto de su vida con el nombre de Pierre-Louis Poiret.

Al día siguiente van a separarse, y separarse para ellos es perderse, quizá para siempre. Ya han conocido varios de esos para siempre.

En el ilusorio deseo de llenarse de él, George quiere preguntárselo todo esa noche, que la acaricie por todas partes, con directrices si hace falta. En general ella prefiere dejarle la iniciativa de las etapas... Cuando él estima que ya ha habido bastantes preliminares y que hay que pasar a lo siguiente... es a menudo un poco pronto. Apenas demasiado pronto, justo deliciosamente frustrante. Ella aprecia más el éxtasis amoroso con una pizca de frustración. La precariedad en las caricias es la que les da todo el valor. Y Gauvain la conmueve hasta la médula cuando se estira, de rodillas, con gesto concentrado, casi de dolor (le toca a él), con el entrecejo fruncido, la mirada encendida, como si fuera a escalar el Anapurna, y la atrae hacia él con una determinación casi feroz. Hacen el amor sentados, frente a frente, mirándose hasta el límite de lo insoportable.

Esta noche a ella no le hará falta retenerlo a su lado: él no hace amago de levantarse después del amor. Se relaja pegado a su muslo mojado en el olor tierno de su intimidad y renuncia a correr para borrar el rastro del placer. Seguramente a Marie-Josée no le gustan esos desbordamientos. Pasada la hora de fornicar, se lava, se arregla y se convierte en una persona normal que puede mirar a sus hijos a la cara. La primera vez, Gauvain se muestra sorprendido de que George no manifieste asco por su esperma derramado y de que se queje, al contrario, de que la deja sola, estremecida de frío, para correr hacia la ducha. Ella no va a lavarse, aunque solo sea para romper con el sórdido ritual de su juventud, esa época en la que cada segundo agravaba el peligro de embarazo y ninguna agua de colonia, arrojada hasta el corazón mismo del lugar de perdición, bastaba para garantizar la impunidad. Así que permanecen enlazados, cuidándose muy mucho de hablar del futuro.

Sus futuros vuelan al día siguiente en direcciones opuestas. George escribirá a Pointe-Noire, a un apartado de correos, como de costumbre. Él contestará cada quince días, cuando toque tierra, si todo va bien. ¿Y para decir qué? «Hay viento fuerte, señora...» Qué triste idea la de amar a un cormorán. Al menos corre menos riesgos por esos mares.

A George no le sobraré tiempo, durante esas quince horas de viaje, para colocar todos los elementos en su sitio y preparar su sexo para volver a empezar. Estúpido, sí, a ti te hablo. Vas a tener un poco de descanso. ¡Lo necesitas, amigo! Después de diez días permanentemente molestado, recorrido, colmado, violentado, ¡y sin embargo siempre listo, como un auténtico scout! He sido tu esclava y tú me lo has devuelto con creces. Qué personajes tan extraños viven bajo nuestra piel. Pero no siempre pueden mandar los mismos.

¡Se acabó la fiesta, amigo!

6. ¡Cuidado: peligro!

Decidme que todo esto se acabaría enseguida si viviera con Gauvain y que ninguno de los dos debe cambiar su vida, sobre todo él.

Decidme que él estaría loco si hiciera caso a su cuerpo, que es versátil y puede arrastrar la mente hasta decisiones insensatas que pronto se revelarían catastróficas.

Decidme que si quiero conservar este amor debo resignarme a perderlo.

Porque, por ahora, no consigo volver a la normalidad. Vivo al margen de mi vida, en una cámara de descompresión, donde intento desintoxicarme de la deliciosa droga de sentirse adorada. Al llegar a la superficie también necesitaré reaprender el amor templado de Sydney, sus hombros delgados, su espalda ya curvada, su indolencia, cuando todavía siento en las palmas de las manos la densidad de los músculos de Gauvain, cuando su ferviente presencia sigue ahí. Guardo conmigo, como una joven, su primera carta de amor, la hojita cuadriculada que me dio en el aeropuerto, «para cuando salgas de mi vida, una vez más». Tanto como el texto, me conmueve esa escritura aplicada, al servicio de una ortografía impecable, la de los buenos escolares de antaño, que quedaban los primeros en el examen de Certificado de Estudios Elementales de la provincia: «Antes tenía la impresión de que los días se parecían todos, y que se parecerían hasta mi muerte. Desde que te encontré... no me pidas que lo explique. Solo sé que quiero guardarte en mi vida, y en mis brazos de vez en cuando, si quieres. Tú consideras lo que nos sucede un poco como una enfermedad. Si es así, no quiero curarme. La idea de que existes en alguna parte y de que piensas en mí de vez en cuando me ayuda a vivir».

Por suerte conozco demasiado bien a Gauvain (¿o creo conocerlo?) para temer que una pasión amorosa pueda sustraerlo mucho tiempo del amor por su oficio, es decir, del gusto por la vida. El mar va a ganar, va a devolverle el sentido de sus verdaderos valores, incluso a conducirlo, quién sabe, a detestarme un tiempo por haber hecho que se desviara de su ruta. Si eso puede ayudarlo, se lo deseo, porque en esta relación yo me siento demasiado

ganadora, es decir, culpable. Tengo la impresión de sufrir mucho menos que él por lo que nos sucede, y disfrutarlo mucho más, puesto que soy capaz de saborear sin remordimientos esta incongruidad.

Sydney no sabe nada, o muy poco. No quiero ponerle a Gauvain en bandeja para que le sirva de pasto, el combate sería desigual y yo me vería tentada de traicionar a mi cormorán, desvincularme de él, describiéndoselo tal como es a Sydney, para que primara la inteligencia, incluso en las relaciones amorosas. Él me demostraría que me quiere como un guarda de caza, que es una experiencia muy chic, y en parte por cobardía, en parte para no herir su amor propio, renunciaría a explicarle lo que me une tan profundamente a Lozerech y que no me explico ni yo. Por suerte, si bien no sé mentir, la omisión se me da bastante bien.

Solo se lo cuento a Frédérique y a François. Mi hermana empieza a preguntarse qué le encuentro a ese folletín interminable y me anima a cambiar de horizontes. Es una persona sentimental pero seria, casada con un ecologista bueno y tonto, barbudo como suelen serlo, fanático del camping, la escalada y la carrera pedestre, y en consecuencia con tendencia a dormir por la noche y, como mucho, a una breve escaramuza el domingo al amanecer, antes de ir al estadio donde lo esperan los colegas. Al menos así me imagino su vida sexual, intuición confirmada por el aire reprimido que adopta mi hermana cuando le describo mis culpables extravíos, con la secreta esperanza de desestabilizarla y de acelerar su evolución hacia un divorcio que creo indispensable para su realización.

—¡Cuando pienso que eras tú la que me llamabas Frédérique con q de culo, en otros tiempos...! ¡Para ser una George sin s, tienes mucha G-ta!— me dice retomando nuestra tradición infantil de juegos de palabras.

Sin embargo, François encuentra mi aventura con Gauvain demasiado novelesca como para considerarla un simple lío. Cada vez que vuelvo de una de mis escapadas, me interroga sobre mis sentimientos, y a él sí puedo contárselo todo porque representa a la vez un ligue de juventud, un amigo fiel, un médico y un hombre que además podría ser... una mujer, concentrando así unas cualidades que rara vez se encuentran reunidas en una misma persona.

A mis amigos americanos no les cuento nada, salvo a Ellen, tan aficionada, demasiado aficionada, a esas aventuras que ella siempre reduce al

sexo, y que pretende adivinar por mi cara y hasta por mi forma de andar que «acaban de follarme como a una reina». «Ese contoneo y esa cara de beatitud idiota no engañan», pretende ella. ¿Cómo hacer que entienda que sí, el sexo con Gauvain me atrae, pero que al mismo tiempo es mucho más que mero sexo?

No obstante, me alegro de volver a ver a Sydney, y hasta me siento aliviada en según qué planos. Tengo ganas de leer el periódico con él en la cama por la noche, comentar juntos los acontecimientos del mundo y retomar nuestras discusiones sobre arte y literatura. También echaba de menos su humor y nuestra complicidad hecha con medias palabras. Con él, me reincorporo a mi patria, el universo de los clérigos, de los que analizan lo que viven, los que discuten y teorizan sin fin, los que se cuestionan, como dice él. A Gauvain le gusta reírse, pero el humor lo hace sentirse incómodo y no está lo suficientemente desapegado de las contingencias como para poder cuestionarse: vive y funciona como un lobo y no sueña con convertirse en otra cosa que no sea un lobo. Caza para vivir, y si además disfruta haciéndolo, mejor aún. Si le produjera dolor, haría lo mismo. ¡Su objetivo es indiscutible!: tiene que alimentar a su hembra y a sus crías y su trabajo es sagrado, puesto que ese es su destino de lobo.

Solo se salió una vez de su senda, por mí y en nombre de motivos que suele considerar no muy válidos: el placer, una incomprensible atracción. ¿No se tratará de la atracción misma del diablo?

En cuanto a mí, me sorprende tanto el silencio actual de mi cuerpo como sus vociferaciones cuando vivo con Gauvain. Igual que, tras una buena borrachera, cuesta volver a oler el alcohol, me pregunto cómo he podido conducirme como una obsesa sexual y sentir semejante felicidad. No estoy muy solícita en estos tiempos con Sydney, pero hemos estado demasiado ocupados como para que se dé cuenta. Debo volver definitivamente a Francia en el mes de julio y él ha decidido tomarse un año sabático para acompañarme. Tenemos que buscar un piso, matricular a Loïc en un instituto, hacer la mudanza de todo lo que hemos acumulado en diez años y también despedirnos de los amigos, lo que, en Estados Unidos, no es nada sencillo. Corremos de *party* en *party* y esos adioses repetidos acaban por deprimirnos. Pero es un ritual inevitable porque en América la amistad y la solidaridad que

unen a todos los que enseñan en un país más bien inculto parecen lazos propios de los masones, que hacen de nosotros los miembros de una familia afectuosa pero exigente, susceptible pero muy conformista. Aspiro a recuperar el individualismo francés, esa dejadez, la falta de espíritu cívico, las rivalidades internas elevadas a rango de arte...

No echaré de menos más que a una pareja, Ellen Price y su marido Alan, ambos profesores en la Universidad de Nueva York. A ella sobre todo, eficaz, pragmática y dotada de ese sentido de los negocios que aquí ni siquiera los intelectuales desdeñan. Además, Ellen es extraordinariamente bella, de una belleza típicamente americana: es decir, con una ausencia de imperfecciones que provoca un sentimiento de irrealidad. Rubia de ojos muy azules, se la nota alimentada con el mejor grano, vitaminada, psicoanalizada hasta la médula, acostumbrada a considerar la riqueza y el confort como una obligación y el pesar como una enfermedad, un puro producto, en suma, de la tecnología US.

Trabaja desde hace dos años en una obra sobre el goce femenino que se titulará simplemente: *Orgasm!* El hecho de enseñar en la NYU, lo que la aleja de toda sospecha de pornografía, le ha permitido, protegida por la coartada de los *Women Studies*, enviar cuestionarios de una audacia y una precisión demoledoras a miles de mujeres de todas las edades, e incluso obtener una beca de investigación sobre el tema, lo que sería impensable en Francia. Esa palabra, orgasmo, que aún chocaba en nuestro país en 1965, adquiere aquí una resonancia casi científica. Al verme con un problema (todo aquí constituye un problema, y todo debe resolverse o curarse), se apresuró a enviarme la primera versión de su libro, convencida de que iba a enseñarme a gozar plenamente con Gauvain. «Tienes que verificar si todo está OK» dice, pródiga como es ella en ese OK americano que quiere decirlo todo y nada, que sirve para expresar sí o quizá o todo va bien o hace bueno o déjame en paz o ya veremos o ¡hasta otra!

A ella le encanta considerarse la primera exploradora del continente negro, y piensa que Kinsey ha optado por una visión demasiado estadística de la sexualidad femenina. En cuanto a la sexualidad masculina, el otro día declaró en un coloquio, delante de sus colegas estupefactos, que es de una sencillez tan rudimentaria que no merece que se le dediquen más de diez páginas.

Al menos pensaba encontrar en su libro la respuesta a la pregunta que se hacen tantas mujeres: ¿me corro como hay que correrse?

Pero, ante todo, ¿cómo definir el orgasmo? Con una bella audacia. Ella propone: Una ola enorme que se origina en los dedos de los pies... ¡Cielos! Mi ola se origina, tontamente, en las partes llamadas vergonzantes, comprendido el coxis; se hincha y culmina en esa sola región, vaciando las zonas nobles de sus prerrogativas y obligando al cerebro a no pensar, solo a sentir. E incluso cuando me acarician los pechos, maniobra que pone en marcha automáticamente el proceso vergonzoso, la sensación repercute hacia abajo. *Down under*, como se dice de Australia.

—Alégrate —comenta Ellen—, eso prueba que formas parte de las sesenta mujeres de cada cien cuyos *nipples* son erógenos.

La palabra *nipple* no tiene nada de erógeno. Es verdad que teta o pezón, con sus connotaciones amamantarias, no valen mucho más. A la vez me entero de que solo el diez o el quince por ciento de los hombres son sensibles a la estimulación de los *nipples*. ¡Pobres! Pero fracasa al intentar explicarme el modo de propagación de esa ola que baja del pecho hasta el sexo. Por un nervio, ¿el nervio de la vergüenza, precisamente? ¿Por una línea de fuerza china? ¿Un trayecto mental? Yo diría que, en el amor, lo que no mata, engorda, como suele decirse. Bonita expresión esa que tenéis en Europa, dice Ellen.

Su libro por lo menos tiene el mérito de hacerme sentir segura con respecto a eso que se llama eyaculación femenina, de la que observaba acomplejada las descripciones extasiadas de Sade y compañía. «Ella se corrió furiosamente... Esa inagotable cisterna de líquido que ella parecía tener en reserva... Inundó por tres veces el pene del Marqués...» ¡Joder! ¿Éramos unas enfermas de la corrida, yo y las amigas a quienes había interrogado? No, en absoluto, me tranquilizó la autora. Las investigaciones probaban que el fenómeno solo había podido ser observado en muy escasas mujeres y de forma muy episódica. ¡Uf!

—Ninguna glándula de esa zona, salvo en casos extremos las glándulas de Skene, podría proporcionar una cantidad apreciable de líquido —me informa una Ellen perentoria que diseña las vaginas como un geógrafo las fuentes de la cuenca del Volga.

Me queda una inquietud: el clítoris de tres pulgadas que describen ciertos autores eróticos y algunos etnólogos.

—Fantasmas masculinos —confirma Ellen—, e ignorancia crasa de la anatomía femenina y de los mecanismos de la tumescencia.

¡Aaah! ¡Bueno!

No obstante, el trabajo de Ellen no aporta ninguna explicación a las tumescencias del corazón y su libro se parece más a una receta de cocina o a un manual de bricolaje que a una reflexión filosófica sobre el placer. No me atrevo a indicarle que Cowper Powys o Reich explican y valoran el goce, todos los goces, sin caer como ella en el estajanovismo del sexo.

—¿Cuántos has contado durante tu semana con Lozerech, por ejemplo? —pregunta, convencida de que a mi vuelta lo he anotado.

Ella me contempla con una pizca de compasión cuando le contesto que no tengo las cuentas claras, y que a veces aprecio más el eslalon largo que conduce a la meta que la meta en sí. Es ese recorrido, porque nunca se prevé por dónde pasará para llevarte, palpitante, suplicante o exasperada, a la última puerta, el que da todo el valor al goce final, y el que lo diferencia del placer solitario, que se obtiene siempre con un mínimo de esfuerzo y con ayuda de dos o tres fantasmas desempolvados, sacados del fondo de un cajón e inconfesables.

Sin duda hay que concluir que el deseo no tiene una configuración describable, y que una rosa no es una rosa, no, no es una rosa, como diría Shakespeare. Y eso es estupendo, diga lo que diga Ellen.

Siempre resulta peligroso trasplantar a un amante, a no ser que sea recién estrenado, y no es el caso.

Una vez en Francia, mi forma de mirar a Sydney ya no es la misma. En Estados Unidos, era, con Loïc, el elemento esencial de mi vida y me daba calor. Aquí he reencontrado a mi familia, a mis amigos de la infancia y de otros lugares, a mis queridos autores franceses, mis periódicos conocidos, incluidos los peores, que me hablan de las desgracias de Guy Lux, de la espada de académico de Joseph Kessel, del asunto Naessens o de Bettina, cotilleos muy franceses, mucho más apasionantes para mí que el divorcio de

Lana Turner, el peso de Elvis Presley o las fechorías de Frank Sinatra. ¡Hasta me parece que Sydney tiene pintas de paleta tejano!

Todo esto es mala fe, sobre todo porque Sydney se zambulle con sumo placer en su caldo de cultivo favorito, el *nouveau roman* francés, a la que solo le reprocha una cosa: seguir llamándose novela. Por fin se encuentra en la cuna misma de ese género literario que, según él, convierte en caducos todos los demás. Respira el olor del *nouveau roman* y descubre a los autores en persona, alegres saltarines o teóricos aburridos, como todo el mundo, y que no llevan signo distintivo ni van vestidos de forma especial. Sospecho que está decepcionado. Pero va a poder dedicarse todo el año a la obra que lleva proyectando desde hace dos y que será digna de sus modelos, puesto que prevé extraer cualquier chispa de vida que pudiera asemejarla a una obra novelesca.

Hace ya varios años que, gracias a la complicidad de algunos universitarios americanos, se ha refugiado en el reconfortante capullo del desprecio por la literatura de éxito. Solo es clemente con los autores cuyas ventas son insignificantes y cuya lectura suscita un abominable aburrimiento, siendo el cénit una reciente novela estructuralista cuyo héroe se llama, para mayor seguridad, La Estructura, y en la que Sydney piensa inspirarse. Abordo su lectura con una buena voluntad total, que sustituyo, a medida que voy pasando páginas, por una *firme* voluntad de proseguir, hasta llegar a la palabra final gracias a un esfuerzo desesperado de lo que me resta de voluntad.

¿Es influencia indirecta de Gauvain? Ya no consigo creer en la sinceridad, en la espontaneidad de Sydney cuando intenta justificar la austeridad de su novela, su sequedad y la ausencia de un atisbo de carácter o de una sospecha de acción, por una ambición de rigor y de literatura pura. No veo más que una desesperante masa grisácea. La alternativa es o considerarme una inepta o a Sydney y sus acólitos unos farsantes, pero unos farsantes extremadamente serios. De hecho, me perdonan mi falta de entusiasmo: al fin y al cabo, no soy más que una historiadora.

Ese año no cogemos más que quince días de vacaciones, para trabajar, en casa de Frédérique en Bretaña. Preparo la clase que tengo que dar en la Universidad de París VII a principios de curso y trabajo en el libro que me ha

encargado la editorial PUF, inspirado en mi tesis: *Las mujeres y las revoluciones*.

Cuando me cruzo con Gauvain en Raguènès, intercambiamos unas frases educadas. Solo nuestras miradas nos dan confianza: sí, somos nosotros, los que en otros tiempos y en otros lugares sabemos amarnos tan bien; somos nosotros los que este invierno hemos intercambiado una correspondencia donde no puede decirse que fuéramos precisamente educados. Porque seguimos escribiéndonos, él mandándome desde Pointe-Noire sus pequeñas notas cotidianas, enviadas de veinte en veinte, cada veinticinco días, cuando su barco atraca para reponer víveres y gasoil y para descargar el pescado; yo remitiéndole unas cartas que nunca llegan a corresponder con las suyas, trazos de bolígrafo lanzados directos al agua, vanas tentativas de alcanzar a un cormorán que está siempre zambulléndose.

De hecho, esa correspondencia solo sirve para poner en evidencia la rareza de nuestra relación: Gauvain no ha dejado huellas visibles en mi vida y no conoce ninguno de los lugares en los que he vivido, salvo la casa de mi infancia. Él solo es mi vida soñada y le escribo de un país donde todo es posible y donde nada es verdad. Pero necesito ese intercambio: los prestigios de la escritura, de toda escritura, con tal de tener un mínimo de técnica, producen su efecto, incluso en alguien para quien hasta hace poco escribir significaba solo dar noticias. Le voy quitando la vergüenza poco a poco, escandalizándolo justo lo suficiente como para despertarlo a ese tipo de placer, puesto que por el momento se nos niegan todos los demás.

Proyectábamos encontrarnos en Casamanza, una semana o dos, cuando su campaña del atún tocara a su fin y antes de que se reuniera con su familia en Larmor. Esa obligación de encontrarnos lejos de nuestros hábitats respectivos no me desagradaba, pues añadía más irrealidad a nuestra historia, que sin duda era la condición de su supervivencia.

Ya habíamos quedado para finales de abril en Dakar, desde donde teníamos que bajar hasta la Casamanza en un barco que había alquilado Gauvain.

Pero el 2 de abril Marie-Josée sufrió un grave accidente de coche en la carretera de Concarneau y su hijo pequeño, Joël, fue trasladado a Rennes con fractura de cráneo, en coma.

Gauvain me llamó por teléfono a París, sin decir una palabra sobre sus sentimientos, como de costumbre, simplemente para prevenirme fríamente de que no podríamos viajar juntos ni vernos, por el momento, según añadió, al menos. Seguramente debería pasar todo su permiso, tres meses, en Larmor. «Te escribiré», concluyó, antes de colgar rápidamente. Las comunicaciones son caras desde Senegal.

Sin duda debido al hecho de nuestra relación desencarnada, nunca llego a sentir en mi vida real la decepción y la pena que afectan a mi vida soñada. Y además he de confesar que, en cierta forma, me alivia poder recuperar esas vacaciones de Semana Santa para Loïc. Las actividades amorosas se viven siempre a expensas de las actividades maternas o profesionales, lo que hace que una se sienta constantemente culpable. Aún no le he dicho nada a Sydney... Me alegro. A veces la cobardía tiene recompensa.

Este cambio de programa también me permitirá acoger a Ellen, que viene a Francia más orgasmóloga que nunca. Su libro funciona muy bien en América, pero su vida de pareja está en caída libre. A veces cuesta digerir el éxito de una esposa, sobre todo cuando está basado en el sexo y lleno de ejemplos y anécdotas de los que el falo de Al no es precisamente el protagonista. La gente le lanza miradas lúbricas o compasivas: ¿es él el que practica el ventilador chino? ¿Y el vibrato acelerado de muñeca? ¿Es a él a quien ha hecho Ellen lo del pubocoxígeo que aparece descrito en la página setenta y cuatro?

El orgasmo empieza a ponerse de moda en Francia desde la reciente traducción del *Informe Kinsey*, y Ellen espera poder traducir su libro gracias a ello. Va de radio en radio, recorre redacciones de revistas femeninas y periódicos, y su audacia documentada, su mezcla de ingenuidad y de cinismo, su acento americano y su cara de muñeca cándida hacen estragos. Organiza en nuestra casa veladas testimonio porque quiere añadir un capítulo a su libro sobre el orgasmo latinocristiano. Ese tipo de conversación en torno al placer le procura unas prácticas no despreciables, a las que intenta generosamente asociarnos a Sydney y a mí.

Mi cormorán ha dejado de escribirme desde el accidente de su mujer, estoy segura de que para castigarse. Los primitivos necesitan esos ritos expiatorios. Para Gauvain todo está contabilizado allá arriba y deberá pagar algún día. Ese día ha llegado y de hecho Gauvain siempre está listo para

pagar. Y la suerte se ceba con él, como sucede a menudo con aquellos que se prestan a sus golpes y que no creen tener derecho a la felicidad. Para Lozerech lo normal es la desgracia.

Marie-Josée ha vuelto a Larmor, pero tendrá que permanecer tumbada con un corsé varias semanas todavía. Joël está fuera de peligro, pero sufre trastornos psicomotrices y probablemente nunca vuelva a tener una vida normal. La madre de Marie-Josée ha ido a instalarse junto a su hija para cuidarla, trayendo con ella a su marido ciego. Nunca se marcharán. La familia, Bretaña, la adversidad, han cercado a Gauvain, encerrándolo también a él en un corsé que impedirá que mis palabras lo alcancen.

Tras cuatro meses de silencio y en vísperas de partir de nuevo para África, me envía una breve carta pidiéndome perdón por no saber ser egoísta. La visión de su letra, pequeña y ordenada, en el sobre beis de mala calidad, me conmueve más de lo que hubiera querido. «*Karedig*, quiero que sepas que tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida —escribe en sus acostumbradas hojitas de cuadernillo de rayas, como esos que se encuentran en las tiendas de ultramarinos—. En cada uno de nuestros encuentros me decía que quizá fuera para nosotros el final del camino. Conoces mi maldito fatalismo. Pero la vida no me ha tratado bien. A veces me da por pensar qué habría sucedido si los prejuicios de tu familia y tu negativa a confiar en mí no nos hubieran conducido a esta situación. Resérvame un sitio pequeño en tu corazón. Por mi parte, *me ho kar* (“te amo”). Ya buscarás en tu diccionario de bretón. Y siempre será así. Pero la vida no ha querido.»

No le contesté puesto que ni siquiera me decía si volvería a correos a buscar mis cartas. Y además incitarlo a seguir queriéndome me parecía una estafa. ¿Cómo reclamarle un amor que lo ponía enfermo de remordimientos mientras que a mí me daba una razón adicional para vivir?

Fueron pasando los meses; en parte transferí a Sydney lo que reservaba para Gauvain. A menudo guardamos lo mejor de uno mismo para nuestra parte de aventura, aunque no lo confesemos. Trabajamos juntos el texto francés de su libro, publicado en primavera en la editorial Stock. No espera gran cosa, aparte de la estima de sus amigos y de algunos críticos a los que admira. Al menos intenta convencerse de eso.

En cuanto a mí, me reparto entre mi nuevo trabajo y la readaptación de Loïc a un país que ya no es el suyo. No se vive impunemente diez años en América, a la edad en la que se forjan las admiraciones y las razones de existir.

Por suerte Jean-Christophe me ayuda. Tiene dos hijas con su nueva mujer y está secretamente decepcionado. Su hijo ha recuperado prestigio a sus ojos y nos encontramos en torno a él sin rencor ni amargura, en ese estado de afectuosa indiferencia que solo puede experimentarse con un exmarido. Me doy cuenta de que ahora sabría entenderme con él. Cuando las personas ya no nos impresionan es cuando hay margen de maniobra, y cuando ya no las amamos es cuando por fin podríamos hacernos querer.

Me acerco a esas zonas también con Sydney. Viento en calma, mar hermosa. Pero ¿es la tranquilidad un valor supremo cuando se tienen treinta y cinco años? Quizá, si pienso en la pareja de Ellen y Alan, que están divorciándose, ella entusiasta, él amargado y asqueado de sí mismo; o en la tierna parejita de François y Luce, alcanzada por la desgracia en forma de un minúsculo tumor en el pecho izquierdo de ella. Sí, si pienso en la aplastante unión que ata ahora a Lozerech y una Marie-Josée rota por la minusvalía de su hijo.

Sí, sin duda hay que considerar ese equilibrio afectuoso y sin pasión como la felicidad.

7. Disneylandia

A veces los años pueden pasar por ciertos amantes sin que se conviertan jamás en unos extraños. A la primera mirada libre que se lanzaron, Gauvain y George supieron con total seguridad que esos tres años, compuestos de tantos meses y tantas semanas, no habían sido para ellos sino un largo entreacto.

Esta vez fue él quien rompió el silencio primero. A la vuelta de una marea más dura que otras, desde el fondo de aquella África donde se sentía tan alejado de sus raíces, del calabobos del Finisterre, del olor de su océano, tan falta de brazos familiares, de una casa tibia que fuera suya, le entraron unas ganas repentinas de quejarse de su soledad. ¿Y a quién confesarle esa cosa indecente que era para él semejante naufragio, aparte de a aquella que ya había sabido escucharlo en el pasado?

Eran justo dos páginas para decirle que las cosas no iban bien, pero que se esforzaba por seguir adelante, que la pesca ese invierno no había ido como esperaba y que, si se mataba por tan poco y encima para llevar esa vida de galeote, lo mejor era volver a casa a plantar patatas.

Para George las cosas tampoco iban bien, sobre todo su vida sentimental. El caso es que al cabo de unas pocas cartas les volvieron las ganas de verse de nuevo, de dormir juntos, de abrevarse, aunque solo fuera por unos días, el uno del otro.

El problema es que Gauvain no veía cómo conseguir la suma necesaria para un viaje con los flacos beneficios que le había dejado la campaña de invierno. George disponía de algo de dinero ese año, pero le costó muchas y largas negociaciones que él aceptara un préstamo que le permitiera comprar un billete de avión para Jamaica, donde Ellen Price les dejaba su apartamento. Insistió en su voluntad de devolvérselo por mensualidades, porque no toleraba la idea de que lo mantuviera una mujer, como decía solemnemente.

Gauvain no tenía ni el tiempo ni la imaginación ni la red de amistades necesarios para montar ese tipo de complot, así que fue George la que se encargó de ajustar el delicado mecanismo que debía conducirlos, a él desde

África y a ella desde Montreal, donde estaba dando unas clases, a unas horas de intervalo solamente, al aeropuerto de Miami, donde se habían dado cita.

Llegó la primera. Sin dejar de caminar de un lado para otro delante del pasillo acristalado por donde tenía que aparecer Gauvain si todo se desarrollaba según lo previsto, George se preguntaba una vez más a qué fuerza obedecían ambos. *El sexo, decía la mojigata*. Ciertamente. Pero ¿por qué ese sexo? Había mil posibilidades, tanto en África como en Europa, y para todos los gustos. Sin embargo, cuanto más pasaba la vida (George ya iba a cumplir los treinta y ocho), cuantos más órganos sexuales masculinos coronados por sus propietarios se encontraba, cuantas más relaciones entablaba con cerebros que se jactaban de gobernar esos órganos, más única le parecía su relación con Gauvain. Más le parecía, también, que los sexos no son reductibles a sus amos. El intelectual lleno de humor puede revelarse una pobre taladradora, el seductor, ser un adorador de su pene, y el pueblerino, descubrirse como el más delicado de los orfebres.

Ese orfebre era al que esperaba George para coger un vuelo chárter hacia Kingston, donde pasarían diez días en el apartamento prestado por Ellen. Como muchos de sus compañeros de universidad, americanos o canadienses, Al y Ellen habían comprado hacía unos años un apartamento-estudio vacacional en el Montego Beach Club, un inmenso condominio de semilujo con una terraza que daba a una no menos inmensa playa. «Justo lo que necesitas, yo ya lo he utilizado en circunstancias análogas», había dicho Ellen, a quien nada hacía más feliz que favorecer un adulterio.

Pero al descubrir unas horas después la imponente conejera de hormigón en medio de una serie ininterrumpida de edificios igual de abrumadores, George tuvo un momento de pánico. ¿Cómo iba a pasar ahí diez días sin más recurso que «me coges por la cosita, te cojo por la colita»? ¿No iba a arrepentirse Gauvain de haberse endeudado? ¿Acabarían decepcionados el uno con el otro? Ese día llegaría, fatalmente. Y a los treinta y ocho años empiezan los problemas con el cuerpo. Y se empieza a investigar, entre las conocidas que a los veinte eran amigas, cómo se practica ahora el sexo, qué se hace, qué les gusta a los hombres, qué hacen las mujeres en nuestros días.

Por esa pueril preocupación se había decidido George a ir a ver películas porno por primera vez en su vida, protegida por el hecho de

encontrarse muy lejos de su casa, en Montreal, donde pasaba un mes al año para dar un seminario en el Departamento de Estudios Feministas de la Universidad Laval. Había salido consternada. Vistos en pantalla gigante junto a colegas muertos de la risa, esos metisacas monótonos le habían parecido lamentables y la sexualidad, una actividad irrisoria. Así es como la vería en la vejez, que ya se imaginaba cercana. Al menos, eso era lo deseable, porque si no, ¿cómo soportar envejecer?

Había alcanzado ya esa edad en la que un viaje agotador, después de un mes de trabajo intensivo en un clima duro, no ayuda. Y para colmo, durante el vuelo que la llevaba a Miami, había leído en una revista un largo estudio sobre la pobre opinión que tenían las mujeres de sus órganos sexuales. ¡El cuarenta por ciento de ellas los clasificaban en la columna «más bien feo»! ¿Qué le parecería el suyo a Gauvain? Por otra parte, ¿había coños realmente bonitos, objetivamente encantadores y no solo a ojos de esos queridos cretinos enamorados? George siempre había tenido dudas sobre su chirri, como lo llamaban algunas de sus amigas, y el amor solo podía durar porque los hombres nunca lo habían mirado bien. Y los que lo habían observado de cerca, los autores eróticos, no podían sino aumentar sus peores temores y echar a perder su erotismo. Hasta los más estimados, un Calaferte, por ejemplo, en esto eran tan inmundos como el resto, cuya finalidad parece consistir en que las hembras se resignen a la horrible abyección de su sexo. ¿Cómo alegrarse de poseer «una raja estúpida en medio de una lacería de tentáculos, salpicada de ventosas flácidas, erizada por un montón de clavos... y de caninos invisibles, gelatinosos y puntiagudos»? ¿Cómo mostrar a un inocente que no hubiera leído a estos autores nuestra «demencia ovárica que no puede satisfacer ninguna polla por gruesa que sea» o ese «agujero enorme, porquería rezumante y supurante»?

Frente a la «antorcha escarlata», el «pene imperioso», el «espolón divino» descrito por los mismos autores, no queda sino morir de vergüenza.

Por temor a dejar ver esas ventosas flácidas y esos caninos gelatinosos, George siempre había procurado cerrarse bien de piernas en cuanto una mirada se entretenía ante su anatomía íntima. Desde luego el dispositivo del hombre se presta a la risa, con esa trompa que se balancea y esas bolsas viejas, arrugadas de nacimiento. Pero semejante trío, el hombre ha sabido venderlo y

hacerlo respetable. Las mujeres no han sido capaces de promocionarse. George sigue sin acostumbrarse a esa anémona de mar que habita entre sus muslos, a sus volutas inertes y rosáceas que pretenden convertirse en la sede más sublime de los éxtasis y justificar que un hombre recorra cuatro mil kilómetros para verlas. No podía ser más que un malentendido.

Seguramente Gauvain hacía la misma reflexión, pensaba ella, angustiada, puesto que ni en el avión, ni en el autobús, ni en el apartamento del que acababan de tomar posesión, había esbozado un gesto para besarla. Hablan de esto y aquello, deshacen sus maletas para guardar la compostura y, ante la inminencia de la prueba de la verdad, es él quien propone ir a nadar antes de cenar.

—He progresado mucho, ya verás.

Antes de bajar, él, con mucha solemnidad, saca de su bolso de viaje un voluminoso paquete.

—Mira lo que hay en esta bolsa, lo he elegido para ti. Perdóname, no tenía nada con lo que envolverlo para regalo.

Ella siempre abre esas bolsas de papel marrón con aprensión porque no es una buena persona y no consigue esconder su congoja ante los sucesivos hallazgos de su cormorán. El regalo del día resulta ser el más atroz de toda la serie, que, sin embargo, contiene algunos repugnantes. Ahoga un grito de espanto ante la puesta de sol en nácar con palmeras de coral coloreado e indígenas en faldas de rafia fluorescente, estampa coronada por una bombilla en la parte trasera para que brille el astro en cuestión. ¡*Ma doué* («Dios mío»)! ¡Virgen Santa! Por suerte, Gauvain no va nunca a su casa y nunca verá su cuadro escondido con el resto, en el museo de los horrores, en el fondo del armario, donde yacen ya la bailarina esculpida en un coco, su primer regalo, el bolso en piel de camello forrado de rayón color naranja o el cojín marroquí bordado con sus dos signos del zodiaco, Acuario y Aries.

Ella le da un beso para disimular y para ocultar el escalofrío de vergüenza que la invade al pensar en la cara de Sydney si descubre en su maleta la asombrosa obra de arte.

Gauvain contempla su regalo con ternura, luego lo envuelve con cuidado para guardarlo en el armario Luis XV de formica que cierra con llave, no vaya a ser que... George levanta la persiana de lamas plastificadas multicolor que

da a la bahía, luego cierran con tres vueltas de llave, según las recomendaciones insistentes pegadas en cada puerta de su nido de amor número 1718. Si Sydney la viera ahí, en ese marco cómico a fuerza de funcional, frente a un tipo que no parece muy decidido, le entraría uno de esos ataques de risa inextinguible que le dan cada vez que tiene la ocasión de dejar a alguien en ridículo. Rara vez se ríe inocentemente.

El mar del trópico, buen chico, dulce, empieza a disipar los miasmas de un viaje demasiado largo y de una ausencia demasiado prolongada. En sus cuerpos, liberados de su ropa de invierno, reencuentran poco a poco puntos de referencia familiares. Pero siguen sintiéndose extraños. Esa primera noche irán a cenar a un restaurante. La Kalabasha ofrece unas mesas a ras de agua, música suave y un servicio de lujo, y qué más da que el vino jamaicano sea infecto, insípido y ácido a la vez, y que la langosta de los mares del Sur no valga lo que la bretona o la verde de Mauritania. Juegan al juego de los dos turistas que acaban de encontrarse en el avión.

—¿Le gusta el mar?

—Nunca me lo he preguntado. La verdad es que no tengo elección: ¡soy marinero!

¡Muy guapo tendría que ser el desconocido que le hablara así para que George se fuera con él a la cama! Pero precisamente es guapo, guapo como un amante, guapo de los que no hay en las universidades, guapo como un trabajador del mar en Victor Hugo.

—¿Y qué ha venido a hacer a Jamaica, si puede saberse?

—Eso mismo me pregunto yo. Pero es que, sabe usted, acabo de llegar.

—¿Y no conoce a nadie? ¡Qué pena, un hombre tan guapo! Puede que tenga una amiga a la que...

Gauvain se queda impávido. No sabe actuar, habla siempre seriamente y los cumplidos lo incomodan, salvo en la cama.

La orquesta viene oportunamente a rescatarlos y salen a bailar a la pista, como otras parejas. Los músicos tocan canciones jamaicanas adaptadas a la americana para no asustar a la clientela, ahora que esa música tiene connotaciones políticas. George se ha puesto una blusa negra bordada con una tira de encaje en el cuello. Nunca se viste de negro ni con encaje, pero esa

noche tenía que ser así. Hace tanto tiempo que no están frente a frente, que han olvidado en qué lengua se hablaban. Es a la vez absurdo y excitante.

Vuelven a paso lento al condominio por el paseo marítimo. Las tiendas de *souvenirs* están cerradas, los supermercados, apagados y el mar luce por nada, por gusto. Ya empiezan a domarse el uno al otro.

—Vivo aquí, en el piso 17, ¿le apetece subir a tomar una copa?

Levantán la vista hacia la inmensa colmena: en cada alvéolo se adivina una pareja, seguramente legítima; es un enclave americano... En cada terraza se oye cómo tintinean los hielos en los ponches de ron donde los machos veteranos van a abreviar para encontrar el ardor y la inspiración que esperan sus hembras impecables, recién peinadas y desodorizadas.

Por fin, Gauvain se vuelve grosero en el ascensor. Con la cara sin expresión pega la parte abombada de su pantalón a la cadera de George, que le roza con la mano, como por descuido, la parte sobresaliente. Hola, dice la polla. Encantada de tropezarme con usted, responde la mano. Sus cuerpos siempre han sabido dialogar. ¿Por qué no han empezado por ahí? Las otras dos parejas del ascensor no se han dado cuenta de nada. Cada uno sube a su nido, acompañado por una música pegajosa, hacia el éxtasis prometido implícitamente en los carteles que adornan la cabina: «Un respiro en medio de los perfumes embriagadores de una isla tropical... Una vida salvaje y libre con el confort que a usted le gusta.»

Los dos van a acodarse a la terraza embriagadora para unirse a los doscientos pares de ojos que miran la playa, por fin desierta, donde unos cuantos negros en uniforme naranja recogen los envases de plástico, las botellas de cerveza y los tubos de crema solar. Cada uno degusta su porción de felicidad salvaje.

George presiente que va a degustar un placer perverso durante esas vacaciones comercializadas, un placer como nunca ha sentido. Saborea ya su encanto vulgar, acrecentado por el recuerdo de todas las excursiones culturales organizadas para Sydney, en autobuses horribles: «Descubra el Berry con los Amigos de George Sand», o «Tras los tesoros de Brujas», con la señorita Pammesson de guía, animadora oficial de las excursiones del museo del Louvre con salida de la plaza de la Concordia todos los domingos a las

seis de la mañana. Nada va a estropear el placer que ya empieza a invadirla, porque todo está ridículamente preparado para que así sea.

Nada más entrar, Gauvain ha posado sus labios en su escote. Seguramente sea el encaje negro, que ha funcionado. Desliza un dedo bajo el tirante del sujetador, hasta su pecho, maniobra traidora porque conoce su punto débil, pero ella se contiene. Desnudarse inmediatamente no sería lo propio. Tienen diez días para conducirse como animales y, después de todo, ¡solo llevan tres años esperando! Esta noche van a jugar a que son *Bel-Ami* y *El lirio en el valle*, ha decidido George en su fuero interno.

—¿Qué le sirvo? —propone ella.

—A usted... en el sofá.

No, ni hablar, grita la mojigata, semejante réplica no colaría ni en un vodevil de Camoletti. Por eso lo amo, dice George. No puedo jugar igual con los demás, así que déjame en paz, ¿vale? ¿Y este salón, lo has visto bien? De película de serie B de Hollywood: escena de seducción entre un vaquero y una señorona. Por lo menos podrías decir cowboy, corta George. ¿Qué más da?, dice la mojigata. De todas maneras, la escena ya ha terminado, según lo que estoy viendo. ¡Tu vaquero la tiene más tiesa que una estaca! Quizá aquí debiera decir que la estaca de un negro. En menos de cinco minutos, hija mía, te la van a clavar, y de qué manera.

—Hace un tiempo como para no asomar ni una teta, pero igual las dos, sí —dice melindrosa George, impermeable a los sarcasmos, mientras Lozerech, rozando con una mano el centro magnético a través de su vestido ligero, intenta desabrocharle el sujetador con la otra...

—¿Por qué llevas sujetador con el pecho que tienes?

—Para que dure más —susurra ella.

Ha apagado el farolillo rojo de la terraza y ha abierto el pantalón vaquero del señor al que ha conocido en el avión. Tiene los muslos tan bellos que ni siquiera está ridículo con los pantalones por los tobillos. Su torso se ha oscurecido desde que trabaja en el Atlántico Sur. Y esas zonas de piel de bebé entre las placas de vello... ya no hay lirio que valga en ningún valle, solo una anémona de mar que se mueve bajo las olas. Enséñame cómo haces el amor, bello desconocido, hace tanto tiempo que te he olvidado.

Sí, mojigata, me va a meter el cacharro ese con una especie de casco en la cabeza, y figúrate que en estos momentos no hay nada que me parezca más hermoso en esta tierra que abrirme a ese hombre y, cuando lo tenga bien dentro, cerrarme sobre él. Hasta el fin del mundo, la la la, hasta el fin del mundo, como dice la canción.

Aún no se han besado, pero sus miradas no pueden despegarse de la boca del otro, ni sus manos de la piel del otro, que acarician con una lentitud que enseguida se vuelve dolorosa. Entonces se arrastran enredados hasta el dormitorio, donde George, al pasar, apaga el aire acondicionado. Dos cuadros que representan a dos negras de pechos puntiagudos, unas chozas de paja y unas piñas encuadran la gran cama, para recordar a los inquilinos que están en el trópico.

Gauvain empuja a George a la cama, pero todavía tiene el valor de no cubrirla con su cuerpo. Se sienta a su lado como ante un instrumento que fuera a tocar. Lo encuentra guapo cuando va a hacerle el amor y la mira con ese gesto de dolor que la deja sobrecogida. Ella espera. Pero no por mucho tiempo. Han entrado en ese terreno que les pertenece solo a ellos, donde se borran las referencias de sus vidas cotidianas. Gauvain inclina su cara hacia ella y, sin tocarla con las manos, la besa en los labios. Sus lenguas hacen el amor por ellos. Luego una de sus manos sube hacia un pecho mientras la otra indaga entre las piernas el grado de expectación de George, tan despacio que es más violento que la violencia. Pero no podrán aguantar mucho tiempo solo con sus bocas entremezcladas y los dedos de él recorriendo los muslos de ella hasta llegar a ese sitio en el que se convierten en labios, y las manos de ella alrededor del miembro de él. Cuando ninguno de los dos puede más, él se tumba sobre ella, le separa las piernas con las suyas, se presenta a la entrada del puerto con su roda y penetra empujando muy lentamente. Un centímetro por segundo, precisará ella, azuzada por Ellen, que apostillará, burlona: ¡Ni un cuarto de nudo por hora! Confiesa que para un marinero...

El orgasmo llega casi sin olas, apenas si lo distinguen de lo que lo rodea, de puro intenso que es todo; y gozan durante mucho tiempo, puede que incluso dos veces, ¿quién sabe? Ellos no, desde luego, que permanecen largo tiempo inmóviles para eternizarse en la cresta del placer.

Al día siguiente tienen los ojos más azules y el cuerpo más relajado. George se aguapa a pasos agigantados, unvida por el deseo permanente de Gauvain. Como Alicia en el País de las Maravillas, ha pasado al otro lado de la vida, ahí donde las leyes de arriba ya no tienen curso. Para él significa lo mismo: la negación de todo aquello en lo que quiere creer, pero renuncia a resistirse. Les quedan todavía nueve días para satisfacer su mutua obsesión y se lanzan miradas de incrédulo agradecimiento.

George se pregunta una vez más por qué no pasan a intercambios menos simples. ¡Mis pobres amigos, estáis todavía en el abecé del verbo joder!, diría Ellen si los viera. Pero sin duda es porque nunca han vivido demasiado tiempo juntos. Empiezan cada vez de cero y cuando ya podrían comenzar a pensar en los refinamientos ¡llega la hora de separarse! Con Gauvain, George se reduce a una enamorada bulímica colmada por las más elementales caricias. Tiene hambre de hogaza y vino fuerte. Pasarán a la *nouvelle cuisine* más adelante. ¿Es eso lo que su padre llamaba ninfomanía, esa palabra que a ella le parecía tan bonita y que él pronunciaba con un mohín de disgusto? ¡Ella tenía ninfas, desde luego, pero el ninfómano era Gauvain! E inocente a la vez, pues descubría los encantos de la intimidad con el temor de inventar la perversidad.

—Sabes, *karedig* —le dice una noche casi sin atreverse—, igual te parezco raro... pero me gusta nuestro olor después de hacer el amor, desde que me has enseñado a quedarme pegado a ti...

George disimula sus ganas de sonreír. Adopta los aires enternecidos de una madre que empuja a su cría a volar del nido: Vamos, pequeño cormorán, no tengas miedo, así es como debe ser, sigue igual...

Desde el segundo día, buscan cómo huir de la playa recorrida por vendedores de Coca-Colas y perritos calientes, polucionada por la música que emite el bar a partir de las doce del mediodía, y se van en busca de alguna parte tranquila de la isla. Ahí donde el grano de arena es gratuito, donde no se les obliga a alquilar una sombrilla o una tumbona, donde los mangles les dan sombra, donde pueden degustar en chozas hechas con hojas la deliciosa sopa de lambis local que no se dignan a servir en los restaurantes serios.

Por la noche cocinan en casa y luego van a bailar a algún sitio al aire libre para recordar aquel primer baile de Ty Chupen Gwen, donde empezó todo. Al volver a casa deciden como cada noche no hacer el amor, puesto que

ya lo han hecho a las cinco y volverán a hacerlo en plena noche. Y por supuesto acaban haciéndolo. Y esas veces son las mejores. La monotonía de sus reacciones les encanta.

Por la mañana George se queda en la cama mientras Gauvain prepara los cereales y los huevos con beicon. Luego se apuntan a alguna excursión. El Pueblo Típico o el Wild River Tour, entre los americanos locuaces que dicen *your wife* hablando de George a Gauvain, y él encantado, los canadienses que se emborrachan con cerveza desde por la mañana y los alemanes en pantalón corto y cámara de fotos en mano, que no se pierden ni una explicación del guía.

Experimentan ese fenómeno extraño: habiendo vivido tan poco tiempo juntos, se sienten tan íntimos como una vieja pareja. Con ningún hombre ha abordado George, por ejemplo, el tema de su regla, del aumento de deseo que nota los días precedentes, e incluso los días mismos. Su educación la ha acostumbrado a silenciar esas cuestiones y a escamotear todos los signos a sus compañeros. ¿Es porque él quiere a George tan incondicionalmente, o porque vive tan cerca de la naturaleza? El caso es que no parece que a Gauvain le dé asco lo que sucede en los vientres femeninos. Insiste para saberlo todo de ella y ella le habla como nunca había esperado hacerlo. Se puede conocer y amar a muchos hombres sin por ello abordar esas cuestiones con un abandono apacible. Pero con Gauvain podría, le gustaría hasta enseñarle su sangre, de puro segura que está de su cariño por cada anfractuosidad de ella misma, por cada pelo, cada mueca, cada gesto, cada defecto. Es uno de esos raros hombres de después, como si conservara bastante deseo en él como para encontrar placer en acariciar, besar, murmurar. A veces es insoportable.

—Lozerech, dime, me lo pregunto a menudo: ¿crees que por esto — George pone su índice en el filete de anchoa medio replegado que yace sobre el muslo de Gauvain— realizamos tantos cálculos, tantos equilibrios, tantas proezas para vernos? ¿Será solamente para obedecer a nuestros más bajos instintos, a los deseos de nuestros cuerpos, a nuestras pieles, en último término?

—Yo diría que viene de más lejos. De algo más profundo.

—¿Quieres decir si lo más profundo no fuera la piel? El cuerpo, por lo menos, sabe lo que quiere, es impermeable a los razonamientos, es

implacable. ¿No te gusta la idea? Preferirías que fuera el alma, ¿eh?

Gauvain se pasa los dedos por la pelambreira como para aclararse las ideas. Se manosea el pelo cada vez que piensa.

—No admito que me gobierne algo que no entiendo, eso es todo.

—¿Y pretendes entender la fe? ¿O el amor cuando te empuja a hacer locuras?

—No, justamente, no entiendo nada. Cuando estoy contigo, todo va bien, no me hago preguntas. Pero cuando estoy solo, no paro de darle vueltas. Me da la impresión de que ya no soy el patrón a bordo, o algo así.

—A mí me pasa al revés: tengo la impresión de alcanzar la sabiduría. Esta unión que vivimos es tan poderosa como una comunión mística. Es como si aceptáramos un decreto de la naturaleza. Y escuchar un decreto de la naturaleza no es algo que suceda a menudo. Gauvain escucha, a la vez afectado y desconfiado. Geor ge está liándolo con sus bonitos discursos. Qué quedará de todo eso cuando lleguen esas noches en la litera, dando vueltas y sin poder dormir, preguntándose si es un débil o un cabrón, sin duda ambas cosas, por no conseguir cortar con esa relación de una vez por todas. Esa relación que, ha de confesarlo, es la sal de su vida.

—George, ¿escribirás nuestra historia algún día? —le pregunta Gauvain, para su sorpresa, unos días más tarde, cuando están caminando y charlando junto a la piscina del club, de un azul artificial, rodeada de sombrillas de Pepsi color naranja y marrón. Pero hay que saborear esa fealdad y degustar ese cáliz hasta la última gota. Hacer lo que uno odia de vez en cuando es un arte exquisito.

Esa tarde Gauvain parece un guapo americano, con su polo de algodón rosa, un color que nunca se le habría ocurrido elegir para él, y ese pantalón de algodón arrugado que ella le ha obligado a aceptar; y ese aire de saciedad y abandono que provoca hacer el amor sin parar; y esa manera de pronunciar Georch, un poco ceceante y muy bretona, que la desarma por completo.

—La escribirás un día, ¿eh?

—Pero ¿qué quieres que escriba? Se acuestan, se levantan, vuelven a acostarse, la folla, la vuelve a follar, él la llena, ella se lo deja reluciente, él le pone ojos de besugo cuando la mira...

—¡Normal para un marinero!

—Tienes de todo salvo ojos de pescado.

—Los atunes tienen ojos bonitos, ¿sabes?, negros, perfilados de plata. En el agua, quiero decir. No los has visto nunca vivos, no puedes saberlo.

—¡Quizá, pero lo que sí sé es que tú tienes ojos de vicioso, y no en el agua, sino en el aire! Al menos, cuando estás conmigo. Siempre he tenido ganas de gritarte: Sí... cuando quieras, donde quieras, como quieras... Tengo miedo de que se note. De hecho, seguramente se note.

—Pues eso también tienes que escribirlo. A veces no entiendo cómo sigues queriéndome. Hay que explicar cómo puede suceder una historia así. Tú sabrías hacerlo.

—¡No, precisamente por eso! No hay nada más imposible de contar que una historia de amor. Y además no soy novelista.

—Eres historiadora, es lo mismo. No sé por qué, pero tengo ganas de ver nuestra aventura escrita en un libro, para estar seguro de que es de verdad, que yo he vivido eso, ¡sí, yo! Puede que porque nunca he podido contar nada a nadie.

—Es verdad que contarlo alivia bastante. Yo lo hablo con Frédérique. Y también con François, al que conoces. Y Sydney también está al corriente de tu existencia.

—Si mi mujer se enterara, no sería agradable —dice Gauvain, repentinamente sombrío—. Contigo me siento como un niño con zapatos nuevos. Pero cuando vuelvo a ponerme las sandalias de siempre, esas que no aguantas, no sé cómo decirte, ¡es como si volviera a casa! Si me hubieran dicho que iba a ser capaz de vivir así, no lo habría creído, ¡no, señor!

—¿Nos tomamos otra copa? —George tiene miedo de que a Gauvain se le empañen los ojos. Llorar es inadmisibile para él, y se contiene todo lo que puede.

—¿Ves?, a estas alturas me digo que preferiría reventar antes que dejar de verte. Y luego, en cuanto nos separamos, me digo que estoy loco... que no puedo seguir así.

Un silencio. George pasea su mano por las muñecas demasiado anchas de Gauvain, que siempre la enternecen. El contacto con sus pelos la electriza deliciosamente.

—¡Tengo tantas ganas de ti...! ¿Esto no se acabará nunca? —dice casi en voz baja.

Se callan un momento, saboreando el crepúsculo, su libertad, el lujo con el que se obsequian. Las palabras aún no son puñales, puesto que todavía les queda la noche por delante, y varios días y varias noches más: todo un océano de cariño para gozar de él.

—¿Sabes qué sería lo mejor para acabar con esto? —pregunta George.

Gauvain levanta la ceja izquierda, ingenuo.

—Vivir juntos todo el tiempo. Te pondría nervioso enseguida y tú te enfadarías muchísimo...

—Siempre dices eso —replica Gauvain, cabreado—. Yo estoy completamente seguro de que habría podido amarte toda mi vida. Si no, hace tiempo que me habría librado de ti —confiesa sin sonreír—. Nunca soy feliz, ¿sabes? No soy sincero con Marie-Josée. No me acostumbro. Y no puedo hacer nada. Si *sería* posible, me divorciaría.

George sonríe tiernamente: utiliza el condicional después de «si». Pero no es el momento de explicarle que después de «si», a pesar de las apariencias, se debe poner el imperfecto de subjuntivo. No puede corregirlo sin parar. ¡Ya le pone mala cara con tantas cosas...! Le parece fatal que diga «tocho» para libro, «matasanos» para médico, «villorrio» para pueblo, «chucho» para perro, que a veces en vez de mar diga «charco» o «poza». Pero ¿por qué? ¿Qué hay de malo en decir «matasanos»? Es ese, precisamente, el drama de las clases sociales, de los prejuicios, de la cultura: no se explica.

—De hecho, es a mí a quien no soportarías —retoma Gauvain con voz dulce—. Sé que no estoy a tu nivel, pero me da igual, es gracioso. Y me gusta que me corrijas. Es tu oficio, después de todo. Por ejemplo, me has enseñado a viajar, a ver cosas que nunca se me habrían ocurrido. Nosotros no tenemos tiempo de nada. ¡El mundo no nos importa un carajo!

—Eso es verdad, Lozerech. Y a propósito, hablando de carajos... te recuerdo que llevamos más de cinco horas sin hacer el amor. ¿No estarás enfermo, verdad?

Gauvain suelta una de esas carcajadas demasiado fuertes, típica de un hombre acostumbrado a vivir entre hombres. El único antídoto a la certeza de que nunca vivirán juntos es la risa. Y cierta dosis de vulgaridad, también. A

Gauvain le gusta que George sea vulgar, a veces. Eso la hace más humana, más cercana. En ocasiones, por momentos, la siente extranjera.

—¿No quieres venir junto a mííí... un ratito? —Él le lanza una mirada chispeante, ya seguro de su respuesta.

—Eres inmundito —dice George—. Siempre me atacas túúú, túúú, y siempre túúú...

—¿Te ríes de mííí? ¿Y túúú, se puede saber cómo pronuncias? Creía que había perdido el acento bretón.

—¿Cómo vas a perderlo? ¡Ni siquiera te escuchas! Te pasas la vida con gente que tiene el mismo acento. Pero a mí me encanta. ¿Quién sabe la función que cumple en esa atracción absolutamente vergonzante que siento por ti?

Se cogen por la cintura para llegar al casillero 1718. La playa está desierta y los pelícanos luchan entre sí y pían. Por la noche, las aves siguen creyéndose en su casa y se olvidan del Hilton, el Holiday Inn y otros nidos de turistas. Al pensar en el invierno que habrá que afrontar dentro de unos días, a George le entran unas ganas locas de ir a correr por la arena. En esos casos, Gauvain se instala en el dique. No se le ocurriría nunca hacer gimnasia, y que los demás la hagan le resulta cómico. Ella se lanza a la arena mojada, cercenando por momentos el agua que salpica y dibuja festones en la playa, avanzando y después retirándose, como aspirada por el mar, luego volviendo otra vez, al ritmo misterioso de las olas, un poco como el del amor. *Desde luego, solo piensas en eso, dice la mojigata. En absoluto, eres tú la que no entiendes que hay momentos privilegiados en los que todo es amor.*

Mientras corre, ligera, George se funde en el paisaje, lo absorbe con todo su ser, saboreando los movimientos gráciles de su cuerpo, el tiempo marcado por el ritmo del ruido sordo de sus talones y esa impresión de nacer que siente cada vez, como si le viniera a la memoria el recuerdo lejano y furtivo de la primera especie que salió del mar para respirar ese extraño elemento seco que llaman aire. Y el deseo amoroso no es sino uno de los componentes de ese arrobo.

Querría hacer provisión de esa felicidad para después. Pero el amor es como el sol, no se almacena. Cada vez es único y se borra como las olas que vuelven al seno del océano.

Gauvain espera, con las piernas colgando, en el borde del espigón. Un mar sin barcos lo aburre. Las vacaciones lo aburren. Es George su ocupación, su única razón de estar ahí.

—Estás mojada como una sirena —dice, recibéndola en sus brazos—. ¿Quieres que te quite la arena de los pies? Tengo la toalla.

—Ni hablar. Me encanta llevar la arena pegada. Eso demuestra que no soy de París. ¿Entiendes?

¡Qué ideas se les ocurren a las parisinas! Gauvain la estrecha entre sus brazos. Solo en el amor nada de ella le resulta extraño.

Esa hora que precede al sueño les encanta. Gauvain se acuesta el primero mientras George deambula, se prepara, se aplica un poco de *aftersun*, verifica que no le queda arena en ningún conducto.

—Cuando termines de ir y venir... —exclamará él enseguida.

Ella se precipita sobre él y es como si apretaran un interruptor. La corriente pasa y todo se enciende y crepita. Ella había leído sobre casos semejantes en las novelas, pero nunca había creído en la sinceridad de los autores. Ahora los hechos están ahí: si se detiene es para no agotar a Gauvain y para no acabar con sus mucosas.

Lo más sorprendente para ella es que a Gauvain le excite tanto su cuerpo, le apasione tanto ese trozo de sandía que conoce de memoria, que flaquee solo con frotarle el pubis o los labios y que casi se desmaye al llegar al monte de Venus. ¿Cómo puede ese hombre extasiarse frente a su vagina y no interesarse por Picasso? ¿Hacer cinco mil kilómetros para acostarse sobre ella y no mover un dedo para ir a ver Notre Dame? *Le gusta más tu vagina, jeso es todo!, dice la mojígata para fastidiarla. ¡Ay, ser amada hasta el fondo de una misma...! La mojígata escupe.*

—Lozerech, mi vida, descríbeme lo que encuentras ahí dentro, por favor. Dime cómo son los demás y por qué el mío es diferente.

Él le afirma que ella tiene un jardín de las maravillas entre las piernas, un Lunapark, un Disneylandia con montañas rusas, tobogán de agua y mujer barbuda. Dice que hay curvas nuevas, que se aparca de manera diferente, que posee tabiques móviles, elementos hinchables, en fin, que lo vuelve loco, en fin, esas cosas que una mujer no se cansa de escuchar. Acaba incluso por atribuir las constantes erecciones de Gauvain a sus encantos, cuando en

realidad son señal de sus excepcionales cualidades sexuales. Él le atribuye a George el crédito de toda esa animación cuando ella solo tiene una vaga noción de lo que pasa en su bodega. De hecho, nunca se ha preocupado por seguir los consejos de Ellen Price para asumir mejor nuestra vagina. Ellen recomienda imperativamente la gimnasia: «Empieza por veinte o treinta contracciones del músculo perineal cada mañana, hazlo sentada, en la peluquería, por ejemplo, o de pie, mientras esperas el autobús. Llegarás a doscientas o trescientas contracciones por día sin que se note. Para verificar que has obtenido una vagina olímpica (ahí George no pudo resistirse a probar), cada vez que vas a vaciar la vejiga, intenta contener el chorro varias veces».

Gauvain se ríe. Que pueda escribirse en serio sobre semejantes temas lo deja boquiabierto y le confirma la idea de que los intelectuales son todos unos chiflados.

—Tú, desde luego, no necesitas eso —dice él con una convicción adorable. Está bien que ignore todo de las triquiñuelas femeninas.

En cambio, cuando su moral emerge, se preocupa:

—¿Verdad que no es normal sentir cada vez más placer con el tuyo? Me hace casi más efecto que si fuera yo el que me corriera.

—¿Cómo puedes pensar que querer provocar placer sea una anomalía?
Sus dientes chocan al besarse.

—¡Qué burra! —dice Gauvain—. Vas a romperme otro diente como sigas así.

—Vale, paramos, tengo un calambre en el perineo, justamente porque no hago suficiente ejercicio.

Ella coge un libro mientras él cae en uno de esos breves sueños que tiene, un sueño de niño pequeño, casi rabioso. De marinero también, que una nimiedad puede interrumpir. Cada vez que un ruido repentino lo despierta, en una décima de segundo, Lozerech está en el puente y no se contenta con abrir un ojo, se pone tieso, alerta: ¿Qué pasa? George recobra entonces el gesto tierno que le salía con Loïc cuando lo despertaba una pesadilla: Duerme, cariño, todo va bien, no pasa nada. Él se ha acostumbrado a contestar: Sí, pasa algo: ¡estás aquí!

Por la noche, durante esas horas en las que se bajan las defensas, es cuando se pone a hablar él. Ella escucha al chico de su infancia, elocuente de repente, al enamorado de su adolescencia, convertido en capitán valiente y oscuro de un mundo que no ha tenido su historiador Le Roy Ladurie. Le cuenta sus grandes momentos en el mar, los que solo un marinero puede conocer; y los momentos divertidos también. El verano anterior, su tripulación cogió un avión para volver de África, en vacaciones. Era la primera vez que se repatriaba así a unos marineros, la mayoría nunca habían subido a uno.

—Si *habrías* visto el panorama en el Super Constellation... ¡Pánico! ¡Pasaron más miedo en aquel cacharro que con el peor vendaval en su barco! Total, al llegar estaban borrachos como cubas. Pero... no me estás escuchando... Te aburro, ¿eh?

—Claro que te escucho, estabas diciendo que iban borrachos como cubas.

—No sé por qué te cuento todas estas cosas... ¡Ah! Ahora que lo pienso, no te he contado nunca la vez que...

Mientras habla, la acaricia suavemente y ella se pone a pasear mentalmente por los lugares que le gustan. Han apagado la luz para sentirse más al unísono. Están de guardia, los dos, en el puente de un barco que hace una travesía en la noche negra, hacia el confín del mundo.

Cuando se está en Florida, no hay manera de escapar a Disneyworld, todos los americanos con los que se han cruzado han sido unánimes, y los que ya han ido, entusiastas. Y Gauvain, por una vez, está convencido. ¡Es el único monumento en suelo americano del que ha oído hablar! Y puesto que de todas formas deben hacer escala en Miami, deciden acortar su estancia para no volver a Europa sin haber visitado las marismas de los Everglades y uno o dos museos, sin olvidar los famosos *cloisters* del monasterio de San Bernardo, construido en 1141 en Segovia y transportado a Estados Unidos piedra a piedra por Randolph Hearst, según precisa el agente de viajes con respeto, como si el desmantelamiento hubiera añadido algo inestimable a la obra de arte.

El mismo *tour operator* les aconseja que pasen al menos treinta y seis horas en el Mundo Encantado de Walt Disney y se encarga de todo con una diligencia sospechosa. Pero George se siente realmente angustiada tras su llegada al aeropuerto de Miami, una vez en el coche, tan grande como un apartamento parisino, climatizado, con ventanillas ahumadas y meticulosamente concebido para que viajen encerrados, aislados del paisaje, del viento, de los olores, del verdadero color del cielo. Gauvain no habla una palabra de inglés, así que le toca a ella conducir esa cápsula impermeable por un universo de pesadilla, sin nadie al borde de las carreteras a quien preguntarle el camino, entre esa maraña de gigantescos puentes suspendidos, de intercambiadores enormes concebidos por un ingeniero loco, y autopistas de ocho carriles por donde circulan a velocidad constante miles de vehículos semejantes que, evidentemente, no se dirigen a ningún lado y se contentan con correr a ochenta kilómetros por hora para hacer ver que existen. Porque ¿para qué iban a ir de una ciudad a otra puesto que son todas idénticas, por mucho que se llamen Tampa, Clearwater, Bonita Springs, Naples o Vanderbilt Beach?

Alguien tiene que estar loco, piensa George, abatida por aquel ambiente surrealista: o los habitantes de los pueblos de Europa, tontamente agrupados en torno a un campanario, con la tienda de ultramarinos que también es bar, el borrachín de turno tumbado en la acera, el olor a pan caliente que despide la panadería y el viejo vendedor de la droguería en bata gris; o los mutantes de aquí, cruzándose sin fin en esta monstruosa red viaria que recuerda a los circuitos de trenes eléctricos, rodeada de miles de *shopping centers* grandes como el Taj Mahal, con sus fuentes de mármol, sus cristaleras y sus cines donde proyectan las mismas películas, seguidos de zonas residenciales que parecen terminadas de construir la víspera de puro limpias y austeras, posadas sobre un césped más artificial que una moqueta, y luego esos centros urbanos donde unos mausoleos de treinta plantas acogen a miles de parejas jubiladas que esperan lujosamente a la muerte, rodeados de chalés individuales cuyo principal adorno es la *driveway* asfaltada que lleva al triple garaje en la fachada misma para poder subirse al coche sin tener que pasar por el jardín; un jardín que no es sino un bosquejo de jardín, sin flores ni hamacas ni una bici de niño tirada, simple espacio verde que unas tuberías invisibles riegan dos veces al día, hasta cuando llueve, puesto que el sistema está programado

para toda la temporada. De vez en cuando, un conmovedor solar, encajonado entre dos rascacielos, recuerda con sus zarzas y malas hierbas que la naturaleza ha existido y que la hierba no crece ya cortada.

Pero Florida no olvida que ante todo es un parque de atracciones. Cada cinco o seis kilómetros, una señal conminatoria exhorta al automovilista a reducir la velocidad para no perderse las focas más inteligentes del mundo, los tigres más feroces, los indios más indios. Efectivamente, enseguida surge una gran puerta hispanoamericana que franquea el paso a un templo azteca o a una fortaleza neogótica, según el caso, donde se venden entradas para la naturaleza: Jungle Gardens, Wild Animals Park o Alligator Farm. Y las palabras enemigas se resignan a cohabitar en el cartel fluorescente, aunque la sola idea de juntar parque y jungla, cocodrilo y granja, o tigre y jardín debería hacer huir a cualquiera con un mínimo de sentido común. Empezando por el tigre.

¡Y hace solo ciento cincuenta años que España cedió esta inmensa península pantanosa a Estados Unidos! George intenta compartir su desasosiego con Gauvain, pero Lozerech hijo está subyugado por tal despliegue de opulencia.

Se detienen a visitar el modesto domicilio de Mr. Harkness Flagler, el cofundador de la Standard Oil, como si se tratara del autor de la *Divina comedia*. El Flagler Museum se conserva en el mismo estado desde 1906, señala respetuosamente el guía como si hablara de una fecha antiquísima. El salón se extrajo de un palacio ducal de Mantua, el techo se arrancó a la Giudecca de Venecia, las paredes son prerrafaelitas y los baños, pompeyanos. Son mosaicos verdaderos, las pinturas originales, pero su alma se perdió por el camino. Todo es inauténtico o ridículo.

—Mira al guía, se parece a... —pero George se calla.

¿Cómo describir la cara y la voz de Dufilho a alguien que no ha asistido nunca a un espectáculo? Gauvain tampoco conoce Venecia, ni Mantua, ni Pompeya, ¿cómo podría escandalizarse? Por una vez las antigüedades, que él imaginaba llenas de polvo y destartaladas, están como nuevas, con sus molduras doradas y sus esculturas a las que no falta ni una voluta ni un dedo del pie. Cambia de opinión: ¡lo antiguo puede ser formidable!

¡A quién se le ocurre ir de visita turística con Lozerech! Se le olvida que solo vale para hacer el amor. Tendrían que haberse quedado cerca de alguna cama.

Reanudan el camino. George solo ha localizado dos o tres museos dignos de interés, pero están separados por decenas de kilómetros de carretera insípida. Con Sydney sería divertido. Con su espíritu destructor, borraría Florida del mapa de estados civilizados. Gauvain no se fija en nada en especial, para él un paisaje es un paisaje y las ideas generales no son lo suyo. Así que intenta amueblar el silencio y distraer a George.

—Mira, te voy a contar algo: ¿a que no sabes por qué la cerveza, cuando la bebemos, baja y sale tan rápido?

No, George no sabe.

—Pues porque no tiene que cambiar de color por el camino —dice, encantado, aguardando su reacción.

Ella ni siquiera esboza una sonrisa, para darle a entender de una vez por todas que ese tipo de chistes habituales entre los alcohólicos de la Baja Bretaña está desprovisto del más mínimo interés. Pero sabe que él lo achacará a su falta de sentido del humor. ¿Podrá explicarle un día que el humor no es... que el humor es...? No serviría de nada. Los que carecen de él son los más tiquismiquis sobre el sentido del humor.

—Mira, a la derecha construyen una casa nueva —in dica un poco más adelante, para cambiar de tema de conversación.

—Es raro que se construyan casas viejas —deja caer George.

—Exacto —apostilla fríamente Gauvain, antes de callarse definitivamente.

El apetito viene oportunamente en su ayuda. Atraídos por las llamadas reiteradas de un *real fresh seafood* (que da a entender que existe un *false fresh seafood*), se detienen en un Fisherman's Lodge, a menos que fuera un Pirate's Grotto o un Sailor's Cove. De todas formas, el último *real fresh fisherman* ha sido expulsado del lugar hace tiempo y las «cuevas» cargan con inmuebles de veinte plantas a sus espaldas. Además, no verán ni un solo puerto pesquero en todo el viaje, solo parkings de yates, como los llama Gauvain; y no verán ni una sola pescadería que oferte pescados identificables, con cabeza y cola, sino

solo filetes incoloros, empaquetados y alineados en las cámaras frigoríficas de los supermercados.

Comen ostras preabiertas, insulsas y grasas, cuidadosamente lavadas de su agua de mar, y unas almejas tan carnosas que uno se siente culpable al masticarlas. Luego se bañan en algún lugar indefinible de la inmensa playa que bordea la costa oeste de Florida, de cientos de kilómetros, salpicada de viejos y viejas sentados en sillones plegables y vestidos como *berlingots*, esos caramelos de colores vivos. Luego retoman rápidamente la carretera porque George quiere ver los *cloisters*, desmantelados en España y reconstruidos aquí en una parcela de tierra preservada entre edificios modernos. El St. Bernard's *real* Monastery se parece a un claustro cisterciense como un robot a un hombre. De hecho, solo con ver la palabra *real* habría que desconfiar. Las piedras son españolas, es cierto, pero el azulejo es mexicano, y el suelo, de linóleo imitación baldosa.

—¿Ha habido monjes aquí? —pregunta Gauvain mientras deambulan por el claustro, que conserva milagrosamente una pizca de espiritualidad.

—No, porque este monasterio es artificial de arriba abajo. Está aquí por capricho de un millonario, Randolph Hearst. ¿Has visto *Ciudadano Kane*?

—No, no me suena.

—Es una película de Orson Welles sobre la vida del tal Hearst, precisamente, un magnate de la prensa que... Ya te lo contaré esta noche.

George suspira de antemano ante la idea de las explicaciones que tendrá que dar. Habría que remontarse al buque *Mayflower*, y antes hasta los conquistadores, evocar el genocidio de los indios, porque cada relato lleva a otro... En resumidas cuentas, una clase magistral o, mejor aún, diez años de escuela, de familiaridad con la historia, la literatura, la geografía. ¡Qué desierto, a veces, la vida de un Lozerech! ¿Qué ve de un país él, que no puede asociar a lo visible más que otro signo visible?

Por la noche, ella está de un humor de perros. Se culpa por culparlo a él. Además, para ahorrar, han tenido que rebajarse a cenar en un Howard Johnson, el grado cero del *fast food*.

Para pasar la noche han reservado habitación en un motel con vistas al mar. Se llama Sea View para acabar de engañar al cliente, pero en el folleto está hábilmente presentado, lo suficiente al menos como para que no se vea

que está fotografiado de costado y que solo hay dos ventanas, en ese lado, claro, que dan efectivamente al océano. La de ellos da al parking. ¡Pero no se abre porque está sellada! Y su cuarto está pegado a la máquina de hielo que fabrica y tritura hielo día y noche. Es verdad que el aire acondicionado, que protege de la deliciosa brisa marina, consigue cubrir el estruendo de la machacadora de cubitos, sobre todo cuando se turna con el ronquido del buldócer que peina y alisa la playa, como cada noche.

Sus camas gemelas están separadas por una mesilla inamovible. Las personas no duermen juntas en este país, y tampoco hacen el amor por la tarde: ¡no hay bidé! Así que hay que pasar por la ducha antes y después. ¡Una lata! ¿Ignoran las americanas que nada hay más feo que una mujer que se lava el trasero de pie, con las rodillas dobladas y las piernas separadas? En cuanto al inodoro, está junto a la bañera, como es costumbre en todos los cuartos de baño del Nuevo Mundo, con el fin de que el que se baña disfrute del más mínimo olor procedente de la taza. George no entiende nada de la topografía de los sanitarios en este país.

—Hasta en Bretaña es mejor —comenta Gauvain—. ¡El váter está al fondo del jardín! Seguro que los americanos cagan directamente en un chisme de plástico, como sucede con el pescado y hasta con los vasos para lavarse los dientes en el lavabo, ¡fíjate!

La escatología es, de siempre, uno de los mejores medios de volver a la infancia, así que George accede a reírse y olvidar por esa noche la incultura de Gauvain. Incluso le autoriza a que le haga el amor.

Y para que le perdone su maldad, a modo de penitencia, llegará incluso a tomar un trago de él.

Pero la verdad es que no le gusta. Y no es propio de una enamorada de verdad que no le agrade el gusto del esperma, se dice a sí misma, tratando de no echar a correr para enjuagarse la boca. *A las mujeres nunca les agrada el gusto del esperma, la consuela la mojigata. Lo que les agrada es el gusto del placer masculino. Gran diferencia.*

Además, el esperma seco es desagradable. George lo tolera en sus muslos, pero no cuando le almidona la barbilla. Y puede que las mujeres se resistan a devorar esos millones de niñitos, aunque solo sean medias

porciones, que van a seguir meneándose en sus estómagos. George no se nota nada ogresa. En realidad, esa noche no se siente nada de nada.

Una noche corta, porque al día siguiente, a las seis de la mañana, están en el puente, preparados para la Excursión n.º 4, dos días en Disneyworld en compañía de un batallón de padres escapados de la torre de Babel a juzgar por el número de naciones representadas, y sobrecar gados de niños, la mayoría ya disfrazados de Mickey o Donald. Subidos a una de las vagonetas de un falso verdadero trenecito, los miembros del grupo n.º 4 (¡Que se os vean bien las chapas en las solapas, *folks!*, suelta el guía) llegan ante el castillo medieval neogótico rosa y blanco que domina desde sus torretas de maticán la Main Street, adornada por casas donde todo es ficticio salvo las tiendas que venden por dólares de verdad mierda de verdad.

El grupo n.º 4 tiene derecho a todas las atracciones del Mundo Encantado: el viaje intersidereal en un cohete auténtico, con súbita aceleración e ilusión óptica del globo terráqueo que se aleja: tres minutos y medio. El desembarco en el planeta Marte: dos minutos. Veinte mil leguas de viaje submarino: seis minutos quince segundos entre unos monstruos marinos que hasta un miope a diez metros de distancia vería que son falsos. Y luego el plato fuerte cultural y patriótico, el animatronic de los presidentes de Estados Unidos, ideas cortas en pantalla gigante y autómatas de tamaño natural. Entre ellos un Lincoln de cera que suelta un discurso largo y moralizante, pero no precisa que al final fue asesinado para no traumatizar al público infantil. En conclusión, los cincuenta presidentes americanos, con la bandera nacional de fondo, recuerdan que hay que ser bueno en el hermoso país que inventó la libertad.

George ha empezado a despotricar por la mañana. No hay nada que le guste, y la fascinación de Gauvain menos aún. Él circula ojiplático y boquiabierto como los demás mozalbetes de todos los países del mundo, unidos por un mismo fervor, que olvidan ponerse morados de palomitas y dejan que se escurran por sus cazadoras sus helados de colores venenosos. Pero una vez en el engranaje, es imposible salir de él. Los visitantes, envasados por paquetes de cien, canalizados, minutados, emocionados según

un programa inmutable, son empujados amable pero enérgicamente hacia pasillos de un solo sentido de donde no se puede escapar, guiados por la voz omnipresente de un Gran Hermano cuyos consejos son órdenes hacia áreas de descanso calculadas para el caminante medio, hacia *restrooms* para vejigas medias y hacia las *candy stores* dispuestas en unas ubicaciones que el niño, aunque sea un auténtico pulgarcito, ve de lejos, de forma que el padre se encuentra acorralado por el mocosito, que, reivindicador, señala con el dedo pegajoso a otros mocosos ya ufanos, manchados de chocolate y maculados de zumos de fruta artificiales, y exige acceder al mismo paraíso almibarado.

Ni hablar de escapar a La Casa Encantada o a La Guarida de los Piratas del Caribe, alucinantes de falsa verdad: ciudades saqueadas, repletas de autómatas ebrios que amenazan con sus cerbatanas y cantan canciones obscenas cuidadosamente expurgadas, cavernas desbordantes de tesoros, naufragos lívidos colgando de unas rocas, esqueletos de los que aún penden algunos restos de uniformes, caimanes de plástico que chasquean sus mandíbulas automáticas cada vez que pasa una vagoneta de turistas... Una perfección técnica abrumadora al servicio de emociones rudimentarias. Nada que no sea inmediato tiene sentido; uno se siente empujado de escena en escena y su precisión meticulosa, añadida a la acumulación de los detalles y a la ausencia de tiempos muertos, impide la formación del menor pensamiento.

¡Lo más irritante es que George parece ser la única persona que encuentra todo eso deprimente! Los padres americanos se muestran encantados, y se volverán convencidos de que lo han aprendido todo sobre la vida en Polinesia, la jungla, los cohetes interestelares, ¡y de haber mirado a los ojos a los auténticos descendientes de los caribes! Y no hay nadie que les recuerde que los últimos caribes, cercados en su última isla, escogieron tirarse al mar desde lo alto de un acantilado para no caer en manos de la bella civilización occidental.

—Míralos... Esa buena conciencia... Esa satisfacción de ser americanos, los mejores, los más justos... ¡Están tan orgullosos de Disneyworld como si hubieran construido la catedral de Chartres!

—¿Y qué? ¿Te molesta que estén contentos? Tú decides que la gente es estúpida en cuanto se interesa por cosas que a ti no te interesan —subraya Gauvain como si por fin descubriera el abismo que los separa—. Yo nunca he

estado en un sitio parecido y lo encuentro formidable. ¡Me divierto como un crío que no hubiera visto en su vida otra cosa más que el zoo de Guidel y el circo Martínez, que hacía la gira por las playas del Finisterre todos los veranos!

Efectivamente, evita replicar George, tú no has visto nada. Peor aún, nunca has mirado nada. Le echa la culpa de Disneyworld entero, de todas esas caras embobadas, de sus ojos de niño pequeño, y hasta del día siguiente, porque la excursión que han escogido comporta treinta y seis horas de inmersión en semejante horror. Por el momento los espera una de las mil doscientas habitaciones del Contemporary World Resort. A Gauvain le va a encantar, porque el hotel está atravesado por un monorraíl, una especie de metro aéreo suspendido que recorre el Hall y el Gran Salón cada ocho minutos, llevando a cuestas su carga de familias infantilizadas que acuden a divertirse con la misma seriedad con la que se va a trabajar.

—Me vas a perdonar, pero es superior a mis fuerzas volver mañana al Mundo Encantado. La sola idea de ver un Mickey más me da ganas de vomitar. Te divertirás más visitando sin mí el World Circus y el Marineland. ¡Qué te apuestas a que les han puesto orejas de Mickey a los cachalotes!

Por primera vez Gauvain se da cuenta de que George puede ser odiosa. Desconcertado, intenta hacerla entrar en razón, terreno donde haría mejor en no aventurarse.

—Te cuesta poco despreciar a las personas que no son como tú. Olvidas —añade en tono sentencioso— que ha de haber de todo en el mundo.

—¡No me lo puedo creer!

Gauvain se muerde la lengua. Debe de poner esa misma cara de proletario cerril cuando su armador lo humilla y no se atreve a replicarle. Mañana por la mañana, de acuerdo, seguirá con la visita él solo. ¡De todas formas, ya lo tiene pagado!

—Sería una pena tirar el dinero —dice George.

Él se pregunta si ha querido ser desdeñosa. No tienen el mismo punto de vista sobre el dinero, y él nunca sabe cuándo habla en serio o en broma, ese es uno de los problemas.

Esa noche se sienten polvorientos y pesados de lo cansados que están. Disneyworld es agotador, en eso, por lo menos, sí están de acuerdo.

—¿Quieres que te prepare un buen baño caliente? —propone amablemente Gauvain cuando llegan a la habitación.

—No, mejor me preparas un mal baño frío —dice George sin poder contenerse.

—¿Por qué eres tan mala a veces?

—A veces dices unas cosas tan evidentes que me ponen nerviosa.

—Soy yo el que te pone nerviosa. Si crees que no me doy cuenta...

—Nos ponemos nerviosos los dos, por turnos, es así. Y este día ha sido agotador. Estoy muerta.

No le cuenta que acaba de notarse una especie de canica dura y dolorosa en la vulva. Tiene miedo de que sea un absceso. *Qué va, es la glándula de Bartolino que se enfada, dice la mojitata, que está convencida de que estudió Medicina. Cuando hay demasiado tráfico sobrevienen los atascos, normal. ¡Están muy bien esas canitas al aire, pero vas a tener que echar un poco el freno, querida! De hecho, ¿te has visto la boca? En el pecado se lleva la penitencia.*

Efectivamente, en el labio superior asoma un herpes que le da cierto aspecto ridículo de conejo. ¡Esto es cosa de Walt Disney! Se parecerá a Donald en su último día con Gauvain. Esa idea la pone de peor humor aún. Él, ofendido, se ha encerrado en ese caparazón de crustáceo que sabe segregarse. Por primera vez desde que se conocen se preguntan qué hacen juntos. Querrían estar cada uno en su casa, con sus respectivas familias, en sus clanes, con personas que hablan el mismo lenguaje y aprecian las mismas cosas que ellos.

Al acostarse esa noche, George saca un libro de su maleta y Gauvain un «tocho» policiaco, uno cualquiera, que ha comprado en el aeropuerto y cuyas páginas pasa humedeciéndose el índice o soplando para separar las hojas. Eso a ella también la saca de quicio. Gauvain lee el texto con dificultad, moviendo la cabeza de izquierda a derecha y vuelta a empezar, para seguir las líneas, con el entrecejo fruncido, y una arruga profunda se marca en su frente como si tuviera que descifrar un documento codificado. Al cabo de tres páginas empieza a bostezar, pero no quiere dormirse antes que ella.

En cuanto ella apaga la luz, él se acerca suavemente, dispuesto a batirse en retirada al primer signo de impaciencia.

—Querría estrecharte en mis brazos, solo eso... ¿Quieres?

Ella pega su espalda a su vientre en señal de aprobación y él la abraza. Una paz llena de ternura la invade en cuanto se siente con el cinturón de seguridad de los brazos de Gauvain. Él no busca hacer trampa, no mueve una falange. Hasta se ha recolocado sus «argumentos» entre los muslos, por delicadeza, y se contenta con estrecharla. ¿No sabe ese perro viejo que sus cuerpos se inflaman solos, por simple contacto? George se vuelve de repente hacia él y se encuentran instantáneamente en estado de deseo y nada les parece más importante que seguir juntos por ese camino donde no se decepcionan nunca.

El último día les queda por ver los Everglades. Al menos nadie ha conseguido aún cubrir de hormigón esas miles de hectáreas de marismas, esas arenas movedizas donde solo consiguen enraizarse los mangles.

Más aún que en otras partes de América, aquí hay que recorrer mil kilómetros antes de ver un cambio de paisaje. A lo largo de la interminable línea recta que une el golfo de México con la costa atlántica a través de un melancólico universo de pantanos bordeados por árboles mustios, aparte de los camiones y de los amplios y silenciosos coches que ruedan a velocidad constante, los únicos seres vivos son las aves: garcetas, grullas coronadas, garzas, aguiluchos, águilas y el pájaro nacional, el inevitable pelícano, ni salvaje ni domesticado, pero efectivamente tan cansado de los largos viajes que ha acabado por instalarse en lo alto de los postes de los embarcaderos, de donde sale para visitar los canales, siendo su única distracción dejarse fotografiar un promedio de seiscientas veces al día.

Almuerzan en Everglades City porque les ha seducido el nombre, pero no es más que una vaga zona urbanizada al final de la península que no podría llamarse ni ciudad ni pueblo. En un chalé suizo (¿por qué no, puesto que no existe un estilo propio del país?) el menú promete *the best fresh seafood in Florida*. ¿Best? ¡Y una mierda! ¿Fresh? ¡Y una mierda! ¡Sea! Es, según la Guía Azul, el mar más polucionado del mundo. Queda *food*. Pero el ambiente es alegre y simpático, y los americanos degustan con entusiasmo sus infectas vituallas servidas en forma de impresionantes montañas coronadas por ketchup sobre platos de cartón. Las gambas, las ancas de rana, las almejas y los *fresh fingers* son perfectamente intercambiables. Pero los franceses no saben más que protestar, ya se sabe.

—Parece que estemos comiéndonos los animales de plástico de Disneyworld, ¿no crees? —Gauvain, prudente, asiente con la cabeza.

—¿Y has visto la bolsita de Cofimate? —pregunta.

—¿Cofimate? ¡Ah! K-ffi-meit, quieres decir.

—¡Ya sabes que tengo acento bretón en todas las lenguas!

—Al menos tienen la franqueza de no llamarlo leche. «Producto cremoso no derivado de la leche», magnífico, ¿no te parece?

—Y eso que estamos saturados de leche en polvo, aquí tanto como en Europa, supongo —dice Gauvain.

—¿Y has visto los ingredientes? Escucha esto, te traduzco: Aceite de coco parcialmente hidrogenado, caseinato de sodio, mono y diglicéridos, fosfatos, sodio y, por supuesto, ¡*artificial flavors* y *artificial colors*! ¿Qué colorantes pueden poner para llegar a alcanzar el blanco?

—En todo caso, no está malo —precisa Gauvain.

—Mmm, el dipotasio sobre todo es exquisito. El problema es que deja intacto el gusto del café americano.

—¿Y has visto la mantequilla? Parece crema de afeitar.

Al menos el gryere es austriaco y el vino, italiano. La pequeña Europa parece de repente riquísima en vacas lecheras, quesos, pescados diversos, en iglesias de los siglos xv o xvii realmente construidas en los siglos xv y xvii y que siguen estando en el mismo sitio donde las construyeron; su pequeña Europa está llena de arte, de castillos, de ríos que no se parecen, de recetas de cocina regional, de pequeñas naciones dispares, de casas bretonas, vascas, alsacianas, tirolesas... Se alegran de ser europeos y, más aún, franceses y, más aún, bretones. Vuelven a sentirse a gusto juntos.

Ahora van a volver durante unas horas a las marismas, a los manglares, a las garcetas, las garzas, las grullas, las águilas, los aguiluchos y los pelícanos, sin olvidar los dos o tres poblados seminolas, reconstruidos junto a la autopista para que los turistas puedan descubrirlos sin cansarse e instruirse sobre el modo de vida de los indios en su hábitat auténtico, reducido a tres tipis, uno de los cuales es una tienda de *souvenirs* donde se venden cinturones de cuero bordado con lana y mocasines mal cosidos. Si los indios aprendieran a coser ya no sería artesanía primitiva.

Detrás de una valla de bambú, se distingue la caravana moderna con antena de televisión donde los primitivos pasan la noche cuando no aparentan vivir en su hábitat seminola.

Para su última noche, Gauvain ha decidido gastar un poco del dinero ganado por Lozerech: ha reservado mesa en un restaurante de lujo recomendado por su cocina. Pero el maleficio de Walt Disney los persigue: esta vez no es la infancia la omnipresente, sino la vejez. Gauvain y George son los únicos que no se desplazan con bastones o muletas, los únicos a los que no les tiemblan las manos o la barbilla, los únicos que exhiben unos dientes cuya irregularidad es garantía de autenticidad y que contrasta con los teclados impecables de la clientela. Ella se imagina todos esos pitos raquíuticos en pantalones de quinientos dólares, esos pubis desiertos y desertados; se apiada de esas manos encallecidas, de esos codos desgastados, de esas costras que se esparcen por los cráneos calvos de los hombres entre algunos hilos de seda incoloros que ya no alcanzan la dignidad de cabellos, o esas manchas irregulares que maculan las mejillas de todas esas viejas rubias. De repente, la fuerza insolente de Gauvain le parece un salvavidas al que agarrarse entre esos seres de perdición, y lo que guarda en su pantalón de 399,50 francos, el único antídoto posible a la muerte.

En el escenario se mueven unos «bailarines típicos», dotados de una insolente piel negra a salvo de los ataques del tiempo y de una gracia y una elasticidad que tienen que resultar insultantes a esas personas cuyos movimientos se reducen día a día.

—Las cosas como son —dice Gauvain—, lo que no podemos negarle a los negros —¡Ay, no, piedad, va a decirlo!— es el sentido del ritmo. Lo llevan en la sangre.

La mojigata se parte de risa. ¡Anda!, hace tiempo que no había intervenido. En Disneyworld no había abierto la boca. Ahí los acontecimientos jugaban a su favor. *Te das cuenta, ¿no? Doce días es demasiado, señala. El entendimiento se rompe enseguida cuando está basado en el sexo. Deja de llamar sexo a esto. No eres más que una virgen vieja y rancia que no ha vibrado nunca y que no tiene ninguna noción de lo que es la poesía. Pobrecita, dice la mojigata, en cuanto te hace cosquillas ahí, tu vagina se erotiza y cantas el Magnificat. Es solo una ligera secreción*

de las glándulas, querida, una simple excitación de los corpúsculos del placer.

De momento son sus papilas gustativas las que se excitan, pero la degustación de deliciosas ostras Rockefeller no impide que Gauvain acabe apagándose por la angustia de la edad.

—¡Y pensar que de aquí a unos años yo también estaré jubilado...! En cuanto esté en categoría diecisiete o dieciocho, como tendré suficientes anualidades, lo dejo. Y debería llegarnos para vivir, aunque nunca como estos, claro.

—Pero ¿cómo vas a aguantar metido en casa todo el año? Tú, sin tu galera... no te imagino.

—¡Es verdad que nunca he hecho eso de quedarme en casa! En todo caso, cogeré una barca. Podré ir a pescar un poco de morralla. Sería incapaz de estar todo el día ocupándome del huerto.

Para la mayoría de los marineros, la tierra significa aburrimiento y lo que el aburrimiento conlleva. Ellos, que en el mar saben discernir el lugar donde están por el color del agua, se niegan a distinguir en un jardín una peonía de una anémona.

—Pero antes de eso, tengo un proyecto —retoma él al mismo tiempo que corta todo su filete en cuadraditos en su plato—. Tengo que contártelo. Una historia de locos.

—¿De qué tipo? ¿Vas a dejar la pesca?

—¿Estás majara o qué? Lo primero, no podría, por mis anualidades. Todavía no tengo las necesarias. Y luego, quedarme en tierra antes de estar obligado me dolería, y mucho. No, es algo de lo que me ha hablado mi primo de Douarnenez, lo conoces, Marcel Le Louarn. Habría mucha pasta en juego. Y con Joël, que nunca podrá trabajar, nos hará falta.

No sabe si seguir o no. Tiene la cabeza gacha y habla sin mirar a George mientras desmiga el pan en el mantel.

—El problema es que para ti y para mí puede ser complicado. Porque tendré que ir a Sudáfrica.

—¿Qué quieres decir con complicado?

—Pues que... puede que no podamos vernos durante mucho tiempo.

—¿Y eso no te hace dudar?

—¿Qué quieres! Es mi oficio, ¿no?

—¿Me sacrificarías para pescar un poco más de pescado en un país aún más lejano? ¿Es eso lo que intentas decirme?

La mojigata, que había ido a acostarse, aterriza en tromba en la mesa del restaurante. Ha olido a bronca. *¿Te has oído? ¡Ahora hablas como una chica de Paimpol!*

—Es mi oficio —repite Gauvain—, y no se tiene elección cuando se ha elegido este oficio —dice, como si fuera una evidencia—. Hay que hacerlo como debe hacerse, así es y no de otra manera.

—Podrías seguir donde estás ahora, ¿no? Ganas bastante por el momento.

—Puede ser, pero por lo que he oído esa pesca se irá a pique. La gente prefiere ahora el pollo industrial, ya no comen pescado. Hasta la pesca con red de arrastre se vende mal y los precios del atún caen en picado. Hay que buscarse otra cosa.

—¿Y para cuándo sería ese maravilloso proyecto? Me interesa saberlo porque me importas un poco.

—¡Dios mío!, ¿te crees que para mí es fácil? Yo no tengo una familia rica detrás que me apoye. Ahora tengo un hijo minusválido y una mujer que no está muy allá. No soy funcionario. Tengo que ser responsable, pensar en ellos ante todo.

Cuanto más nervioso está, peor habla. Pero bueno, ¿qué coño hace ella con un tío que a lo único a lo que aspira es a llegar a la categoría diecisiete?

—Escucha, a mí tampoco me ha resultado fácil, ¿qué te crees? ¿Te vendría bien que cortáramos? ¿Que dejáramos de vernos?

—Venirme bien, me vendría, desde luego.

La sinceridad brutal de Gauvain sigue sorprendiéndola.

—Bueno, pues la situación no puede estar más clara, me parece: no te importa mucho verme, y además te complica la existencia, así que...

—No he dicho eso —corta Gauvain—. He dicho que, en un sentido, me vendría bien, que no es lo mismo. Y además no es inmediato. Ni siquiera sé por qué te he hablado de eso.

Traen la cuenta, y Gauvain la escruta prolongadamente antes de sacar sus dólares, que cuenta chupándose el índice. Luego se pone la chaqueta con aire

sombrío. George se ha dejado el chal puesto: en esos restaurantes climatizados se coge enseguida frío.

Al salir se cruzan con un centenario con su andador, acompañado por su esposa calva. George se agarra instintivamente a Gauvain y vuelven al motel sin hablar. Se van a separar al día siguiente y ya se sienten huérfanos.

—Lo que te he contado de mi proyecto... aún no hay nada decidido, es solo una idea —murmura él un poco más tarde al oído de George antes de caer dormidos, enlazados el uno al otro como dos pulpos.

Al día siguiente el despertador va a sonar a las cinco. No es hora para carantoñas. Ni siquiera se van juntos. George vuelve a Montreal con escala en Boston para pasar un día con Ellen, que está a punto de salir para Jamaica, con el pubocoxígeo erecto. Gauvain se va pronto a París. Con una sonrisa triste, volverá a ponerse las sandalias trenzadas con suela de goma y la cazadora Jacquard de cremallera, tejida por Marie-Josée, antes de colocar en la parte superior de su bolsa, «para cuando llegue a París», su gorra azul marino. Volverá a vestirse de marinero y ya no será suyo. Pero ¿de verdad ella quiere que sea suyo? Su calentura se ha convertido durante la noche en una especie de grano purulento que le deforma por completo el morro. Sentirse así de fea la incita a no amar a Gauvain y de repente le dan ganas de verlo marchar cuanto antes.

Él le da un beso en la comisura del labio inferior y ella estrecha una última vez ese torso recio que no llega a rodear con sus brazos. ¿Por qué le entran ganas de llorar cada vez que se separa de ese hombre? Sin darse la vuelta, él se sube al autobús del Miami International Airport. Está en contra de los taxis y se niega a que George lo acompañe; desde la primera vez en la estación de Montparnasse, los andenes le huelen a nunca más.

George vuelve a la habitación a hacer la maleta; está preparándose para ir a nadar una última vez cuando suena el teléfono.

—Georch', soy yo.

Él, que odia los teléfonos, ha encontrado la manera de hacer funcionar uno cuyas instrucciones están redactadas en inglés, de procurarse unos centavos, de acordarse del número del hotel... Ella se derrite.

—¿Has visto a un hombre llorar al teléfono?

—...

—Pues bien, mira el cable. Y olvida todo lo que te dije ayer. Y te diré más: es como si algo muriera en mí cada vez que me separo de ti. Te digo esto ahora porque sería incapaz de escribirlo. Hasta cuando te detesto, te adoro. Lo entiendes, ¿verdad? —George tiene un nudo en la garganta.

—¿Georch', me oyes, sigues ahí?

—Sí, pero no puedo...

—No pasa nada, era yo el que quería decirte algo por una vez. Y también, que me gustó que ayer te enfadaras cuando te hablé de irme a Sudáfrica. Es gracioso, ¡es un poco como si fueras mi mujer!

Como de costumbre, Gauvain se vuelve inteligente cuando es desgraciado. Cuando está tranquilo, cuando se divierte, cuando quiere bromear, George lo encuentra estúpido. ¡Ah, qué bonito es el amor!

—Bueno, tengo que colgar. No te rías, es verdad, esta vez no me queda dinero americano.

Se ríe como a ella le gusta. Tienen sus contraseñas, a fin de cuentas, ese stock de alusiones, de chistes, de complicidades, de recuerdos de juventud también, sin los cuales un amor no es más que una aventura sexual.

—Escríbeme.

Lo han dicho a la vez.

8. Vézelay

Me preparaba para casarme con Gauvain. La recepción tenía lugar en el gran salón de mis padres en París, entre sus obras de arte y los objetos de la colección de mi padre que yo no reconocía en absoluto. ¡La casa parecía una iglesia barroca italiana sobrecargada de adornos! Alguien señalaba sucesivamente las obras más interesantes a Gauvain diciéndole: «¿Se da usted cuenta de lo que puede costar un jarrón como este, o esta escultura, o este cuadro? ¡Cerca de veinte mil dólares!» «¿Semejante birria?», soltaba Gauvain, incrédulo. Ignoraba la cotización del dólar, pero estaba indignado y cada vez más convencido de que el arte no era más que una estafa montada por los esnobs.

Llevaba un traje normal, pero seguía con su gorra de marinero en la cabeza y yo no llegaba a acercarme a él para decirle que se la quitara. Los invitados se desternillaban de risa.

Yo me decía una y otra vez: ¡Si nos divorciamos, le tocará la mitad de esas birrias que odia! ¿Cómo me he podido atrever a casarme con él? Además, fumaba una pequeña pipa esculpida que le daba una ridícula apariencia de lobo de mar, y yo me decía: ¡Vaya, no sabía que fumaba en pipa, no me había dicho nada ANTES!

Y luego de repente venía a sentarse detrás de mí, que me había refugiado en un puf al fondo del salón, y me cogía la cabeza y la apoyaba en su pecho con tanto cariño que yo pensaba: por esto me caso con él, precisamente por esto.

Pero seguía pensando que era ridículo casarme. Qué idea, a nuestra edad, en vez de vivir juntos, simplemente.

Pasaban un montón de cosas más durante esa boda: me encontraba con unos amigos, todos muy sorprendidos por mi traición; podría dar un montón de detalles apasionantes, pero a medida que me detengo en ellos, pierden todo interés, como sucede con la mayoría de los sueños, piensen lo que piensen los soñadores. Cada vez que una amiga me llama para anunciarme que ha tenido

un sueño extraordinario esa noche y que tiene que contármelo, que me voy a quedar boquiabierta, se apodera de mí el pánico. Es la certeza de un relato fibroso lleno de episodios insignificantes y de descripciones soporíferas que la soñadora estima de un interés excepcional y absolutamente indispensables para mi comprensión: Era en mi casa y al mismo tiempo no entendía nada... ¿Ves lo que quiero decir?... O bien: Volaba por encima de la ciudad como si fuera lo más normal del mundo, ¿entiendes? Y no sabes la alegría que me daba...

Claro que lo entiendo; es perfectamente imaginable. Todos hemos volado, todos hemos salido de una casa para encontrar una ciudad desconocida en los alrededores. Salvo raras excepciones, todo esto es de una banalidad repugnante y mis sueños son de lo más repugnante: banales, vulgares, llenos de detalles vividos el día precedente y transparentes hasta el punto de desanimar a los más obtusos psicoanalistas. Me cuesta creer que bajo mi ser consciente, relativamente interesante y estimable, chapotee un inconsciente tan lamentable.

No obstante, hasta los sueños más mediocres dejan una huella, un perfume que tarda varios días en evaporarse. Alguien ha salido del tiempo y el espacio para hacerte una señal; Gauvain me había estrechado en sus brazos esa noche, y también él, estaba segura, me había visto en sueños.

Toda dolorida por su recuerdo, le escribí una carta más cariñosa que de costumbre, de la que me arrepentí nada más echarla al buzón, porque sabía que estaba destinada, aún más que a él, a la edad que se avecinaba, a la rabia de vivir y a la rabia de ya no vivir un día, a las ocasiones perdidas, a las ganas de hacer el amor y luego quizá simplemente al placer de escribir «te quiero». En esa época ya no le decía «te quiero» a Syd.

Pero, lo sé por experiencia, Gauvain se lo va a tomar al pie de la letra porque no desconfía lo suficiente de las señoras cuyo oficio consiste en escribir historias, ni de las señoras frustradas por amores locos y que sueñan.

A mi cormorán lo he visto poco y mal durante estos años. Cuando vuelve de Dakar en avión, ni siquiera puedo ir a buscarlo a Orly porque va con su tripulación, y estima imposible quedarse en París dos días puesto que todos los demás salen esa misma noche para Lorient, y además sus chicas de Paimpol los esperan en LannBihoué. ¡Y pretende que me crea que no existe ninguna mentira creíble que pueda contarle a MarieJosée! Siento cierto rencor.

Apenas si conseguimos comer juntos, a veces arañamos una tarde. Sin embargo, en el restaurante, no me encuentro con Gauvain, sino con Lozerech, con su gorra de patrón, sus eternas cazadoras con cuadros por delante y lisas por detrás (solo los turistas llevan kabiks*), y con esa torpeza nuestra cada vez que nuestros cuerpos no pueden tocarse.

Le cuento mis viajes, aunque sigo sin acostumbrarme a que confunda Napoli y Trípoli, el Etna y el Fujiyama. Él saca de su cartera las fotos de África de las que está tan orgulloso: «¿Ves?, mi coche es este, medio oculto detrás del camión». O bien los culos de los pescadores entre las grúas, en el fondo de una dársena. O la entrada de una discoteca en alguna parte de Senegal con tres siluetas borrosas: «Este es Job, del que te he hablado. A los otros dos no los conoces». Y luego el Palacio de Justicia de Dakar, captado un día de lluvia.

Hablamos de política hasta que él suelta algunas de esas fórmulas definitivas suyas: «¡Unos charlatanes, eso es lo que son!», o bien: «¡Menuda panda de estúpidos, te lo digo yo!»... A menos que sea «¡Menudos cabrones!», dependiendo del acontecimiento.

Sujeta a los recursos de la conversación, nuestra intimidad flaquea. Nos queda la agenda mundana: Yvonne, que se ha quedado viuda y a la que le cuesta salir adelante con los hijos. El segundo ha hecho tonterías y está en la cárcel. Los de él están bien, al menos los dos mayores, pero tienen tantos títulos que no sabe qué decirles. No me atrevo a contarle que Loïc se ha negado desdeñosamente a ir a la universidad y que milita en un grupúsculo izquierdista y ecologista que está a favor de la no violencia, pero también de la ausencia de todo trabajo productivo para no contaminar el medio ambiente ni contribuir a enriquecer esta horrible sociedad de consumo y despilfarro. Difícil conseguir que Lozerech acepte que nuestra civilización del confort, a la que tanto le cuesta acceder, es condenable.

—Y nuestro antiguo vecino, Le Floch, el padre del Le Floch que tiene la tienda de artículos de pesca en el muelle de Concarneau, ya sabes, pues bien, murió el mes pasado.

»Es nuestro destino, *karedig*, el de todos, un día u otro...

—¿No puedes decir otra cosa, por una vez...?

—Es un hecho, George. Y en cuanto al pobre Le Floch, en el fondo... no sufrió... La peor parte se la llevan los que se quedan... Él está mejor donde está...

Desde luego, las clava todas.

A veces me pregunto por qué seguimos viéndonos en tan desoladoras condiciones. Pero Gauvain me llama cada vez que vuelve para avisarme del día de su paso por París y yo anulo cualquier cita para estar libre, como si, más allá de esos áridos encuentros, estuviéramos en contacto para preparar a saber qué porvenir, respondiendo a un secreto que llevamos en lo más hondo de nuestro corazón.

En ciertos estadios de la existencia se piensa que hacer el amor es esencial. En otros, se cree más en la inteligencia, el trabajo, el éxito. La dulce tibieza de mi relación con Sydney tras ocho o nueve años de vida común y el olvido de la divina conmoción que supuso Gauvain, a falta de ejercicios recientes, me incitaban a privilegiar mi oficio en esa época, sobre todo porque mi nuevo trabajo me apasionaba. En parte lo había aceptado porque me disponía a embocar el peligroso estrecho de Magallanes de la cuarentena y empezaba a sonar en mis oídos la alarma del ahora o nunca. A los veinte años, lo queremos todo y podemos esperarlo todo, razonablemente. A los treinta aún creemos que lo conseguiremos. A los cuarenta es demasiado tarde. No somos nosotros los que hemos envejecido, es la esperanza. Así que nunca sería médico, mi sueño de adolescente; ni arqueóloga en Egipto, mi sueño de niña; ni bióloga, ni investigadora, ni etnóloga. Todos esos sueños me habían animado y habían enriquecido mi paisaje interior. Envejecer supone desertificarse poco a poco. Al menos la carrera de periodista que me ofrecían en una revista de historia y etnología me aportaba la posibilidad de probar algo nuevo dentro de mis terrenos favoritos.

También proyectaba escribir una historia de la medicina y las mujeres, lo que me permitiría satisfacer mi triple vocación de antaño. La edad más bonita es, a fin de cuentas, esa en la que se sabe qué sueños se tienen todavía, y la que aún te permite realizar algunos de ellos.

Como viajaba a menudo para el periódico, *Hier et Aujourd'hui*, había pedido dos años sabáticos sin sueldo en la universidad.

Gauvain también acababa de cambiar, si no de vida, sí al menos de destino. La naviera de Concarneau se había decidido finalmente a fijar en una base de las Seychelles unos cuantos superatuneros para que se dedicaran a la pesca industrial y lo habían puesto al mando de uno de esos enormes barcos-fábricas, bautizado el *Raguenès*. La primera marea de seis meses había sido fructífera, y, sin embargo, Gauvain me escribía unas cartas donde adivinaba, a pesar de su pudor, que no era feliz. Dakar era de alguna manera una sucursal de Francia, estaba lleno de bretones, se hablaba su lengua. En Mahé, donde la lengua oficial era el inglés, se sentía aislado en el otro extremo del mundo. No ocultaba su deseo de volver antes del «invierno indio», cuando el monzón desencadena el diluvio.

En Francia aquella fue una primavera de belleza desgarradora, una de esas estaciones en las que los amores más muertos vuelven a brotar, en las que uno querría ser un pájaro y consagrarse únicamente al placer de vivir, aunque sea una felicidad efímera. En esos momentos, basta a veces con un céfiro para volver a los veinte años.

Una tarde, acompañaba a Gauvain a Orly tras una de esas comidas que me dejaban siempre con hambre. Todo encogido en mi escarabajo, ocupaba por completo el espacio disponible con su conmovedora robustez; tenía las gruesas rodillas pegadas al salpicadero, su cabeza rizada tocaba el techo y sus manos, que siempre parecían más grandes en la ciudad, despertaban en mí más que unos simples recuerdos. En el pequeño habitáculo, no parábamos de dar vueltas a nuestros pensamientos más inconfesables y el aire se condensaba a fuerza de deseos ahogados. Iba a decir algo pero no encontraba las palabras cuando sentí la mano de Gauvain en el muslo. Noté cómo le temblaba.

—Sí —murmuré.

Y había muchas cosas en ese sí: sí, te sigo queriendo, pero también sí, es demasiado tarde y no vamos a seguir jugando a esto toda nuestra vida, sería ridículo, ¿no?

Apoyó su sien en la mía con un gesto familiar y rodamos hasta el parking subterráneo sin decir una palabra. De repente la vida nos parecía muy cruel y toda esa primavera, inútil.

Mientras aparcaba el coche en el fondo del tercer sótano del infierno, me cogió la mano casi brutalmente, sobrecogido por una súbita imposibilidad de

dejarme como las demás veces.

—Escucha... No me gusta decirte esto, pero por momentos no puedo más con esto de no verte... bueno, te veo, pero... bueno, entiendes lo que te digo. Así que he tenido una idea. No sé exactamente cuándo volvemos a Mahé, pero podría arañar cinco o seis días justo antes. El barco estará pintándose y siempre hay algún día de retraso. Podríamos pasarlos juntos si quieres... y si estás libre. Y si sigues teniendo ganas, claro.

—¿Ganas?

Lo recorría con la mirada para recordar todo lo que había amado: su cara de corsario que rejuvenecía gracias a la esperanza que acababa de despertar en él, sus pestañas tiasas cuyos extremos se tornaban pelirrojos por el sol y esa boca en la que tan a menudo había descubierto el gusto a eternidad. Pero me invadía cierto cansancio solo de pensar en un nuevo ataque de fiebre que habría que frenar como los precedentes y ahogar bajo las cenizas para poder retomar la vida normal. ¿No se nos había pasado la edad de esos juegos?

—No digas que no ahora —intervino Gauvain, que me había leído el pensamiento—. Sé de antemano lo que dirás. Y estaría cien por cien de acuerdo con quien me aconsejara parar todo esto. Pero es más fuerte que yo. —Y su ruda mano, tan suave, se puso a acariciarme los contornos del rostro mientras sus ojos de husky siberiano se volvían negros de ternura—. Cuando te veo no puedo admitir que te haya perdido. Es pecado, pero te considero mi mujer, a la que siempre quise. Desde el principio.

Una onda de emoción se propagó a la velocidad de la luz, o del recuerdo, a través de mi cuerpo hasta entonces prudentemente amordazado. En el fondo del tercer sótano del parking de Orly, acababa de penetrar la primavera repentinamente. Nunca pude resistirme a la primavera.

—¿Así que volveremos a cometer esa tontería? ¿Volveremos a arriesgarnos a ser desgraciados?

—Ser desgraciado me da igual. Es no ser nunca feliz lo que... lo que...

—Mi Lozerech, no nos queda tiempo de hablar de amor, ¿has visto la hora? Déjame mirar la agenda, rápido.

En breve me iba a tocar hacer un reportaje sobre la inminente reconstrucción de un poblado galo cerca de Alesia. ¿Por qué no arriesgarme a

una estancia cultural con Gauvain y llevármelo conmigo a Vézelay, por ejemplo? Súbitamente, la idea del amor me enardecía.

—¿Y si te invitara a Francia, por una vez? Como, de todas formas, tengo el alojamiento pagado, una cama o dos da lo mismo, podríamos hacer un viajecito gastronómico-histórico y lo demás...

—De acuerdo, sobre todo por lo demás. Pero también por lo histórico, si hace falta, ¡peor para ti!

Me abrazó con toda la pasión que podía desplegar en el reducido espacio del coche, cogió su bolsa de viaje de la parte de atrás y se alejó con ese contoneo que en otros tiempos había bastado para marearme. Al salir a la superficie, olfateé con deleite el aire de los hangares y de los intercambiadores y me pregunté cómo había hecho para aguantar sin esa intensidad vital.

Por una vez, pues, fue en suelo francés donde me encontré con mi cormorán, unas semanas después, pero un cormorán extrañamente abatido y que arrastraba las alas como un ave cubierta de chapapote. El placer de tenerme para él solo por unos días no bastaba para ocultar su malestar ni la aprensión de su inminente partida para las Seychelles.

—Cuatro días es demasiado poco, es casi peor que nada —dijo al subir al coche, para excusarse por su nerviosismo inhabitual—. ¡Yo no sé vivir tan aceleradamente!

Por primera vez desde que se apareció ante mí con el torso desnudo encima de una carreta, entre las espigas maduras, y acabó con mi sistema (porque una emoción que dura veinte años equivale a un destrozo), ya no era un centauro triunfante, insensible al sufrimiento y al tiempo. Sus ojos parecían más pequeños y menos violentamente azules y distinguía en sus sienes unos filamentos blancos que estriaban sus rizos de astracán. Su rostro empezaba a distenderse en los puntos de desgaste y las prominencias y las concavidades se habían acentuado alrededor de sus ojos, que guiñaba a menudo entre dos profundas arrugas frontales. Se adivinaba por primera vez bajo sus rasgos, que seguían siendo bellos, la cara del viejo en el que iba a convertirse.

Salimos de París en mi fiel escarabajo una de esas hipócritas mañanas de final del estío en las que todo anuncia la traición, aunque no se vea por ninguna parte.

El otoño seguía soterrado tras esas floraciones que prodiga: ásteres, heliantos, crisantemos, falsa primavera de glicinas y rosas que creen engañar a su mundo. Pero la tierra yacía, reventada por los surcos, abierta a las miradas, con sus cosechas segadas, despojada de su loca cabellera. Solo las viñas borgoñonas se disponían a vivir su hora triunfal.

¿Se trataba de ese presentimiento del invierno que, todos los años, envenena sutilmente mis últimos días del verano? ¿O bien de la infinita distancia del lugar de residencia de Gauvain, que ahora ni siquiera respiraba ya en mi hemisferio, sino cuatro grados por debajo del Ecuador? Las amarras que nos lanzábamos para aproximarlos el uno al otro caían en el vacío y algo más arduo aún que la ausencia se había instalado entre nosotros. Recorrimos trescientos kilómetros sin conseguir acoplarnos. Yo no era capaz de encontrar un sitio en su vida. De hecho, ¿tenía de verdad uno, aparte del soñado? Él parecía igual de incómodo, pero es verdad que no soportaba estar mucho tiempo sentado en un coche. Se agitaba como un oso en una jaula, estirando sin parar el cuello como para desenroscarlo de sus hombros, moviendo las nalgas, sin duda porque el pantalón le pellizcaba las partes, y cruzaba y descruzaba las piernas sin llegar a decidir cuál dejaba encima y cuál debajo. Solo le faltaba soltar, para acabar de resultar insoportable: «Mamá, ¿falta mucho? ... Mamá, ¿cuándo llegamos?». Pero su gruesa mano reposaba sobre mi muslo como una promesa. Y Gauvain respetaba siempre sus promesas. No obstante, no conseguimos firmar esa tregua absoluta que en nuestros otros encuentros hacía posible que olvidáramos nuestras vidas cotidianas en cuanto nos veíamos. Se sentía tan cansado que parecía al borde de la confesión, de asumir su necesidad de amor, y un simple gesto de cariño casi le hacía llorar. Ya no hacía el amor como quien devora un festín, como quien salta o respira, sino más bien como quien se tira al agua, como quien se venga o se emborracha. Y me hacía testigo de su tormento con una especie de rabia, buscando liberarse de algo que lo ahogaba. La palabra depresión no había formado nunca parte de su vocabulario ni, por consiguiente, de su vida. El término «abatimiento» se

quedaba claramente corto. A falta de poder decir «angustia existencial», él repetía: He naufragado. Me ha dado un bajón.

El trabajo era mucho más duro que en Mauritania o en Costa de Marfil, y las breves escalas en puerto eran menos festivas que en África, donde se encontraba con un montón de amigos bretones, vascos o vandeanos. Y esas islas alegres donde nadie se quería partir el espinazo acababan de infundirle serias dudas sobre su elección. Además, allí eran treinta días seguidos en el mar, treinta días de tajo, como decía, en compañía de treinta «metropolitanos» y de tres negros que, entre los tres, no hacían el trabajo de un grumete bretón.

Por primera vez en su vida, sus certezas se tambaleaban. Eso era lo que lo cansaba. No podía vivir sin sus certidumbres y era incapaz de cambiar. Volvía una y otra vez, obsesivamente, a sus problemas, durante el día, mientras nos encontrábamos degustando unos caracoles a la borgoñona o nuestro fricasé de hongos en los restaurantes de esa región constelada de estrellas gastronómicas; y durante la noche, después de hacer el amor, cuando no lograba conciliar el sueño.

Descubrí su orgullo. No podía soportar que no respetaran su profesión. Podía pedirle que muriera para salvar un yate a punto de naufragar, pero no que se cuestionara lo que, para él, hacía que su oficio no fuera como los demás.

—¿Te das cuenta? A la gente de las Seychelles les entra la risa cuando te ven currar así. Dicen que es una tontería venir tan lejos para hacer semejante trabajo, con barcos que cuestan una fortuna, ¡y todo para mandar atún enlatado a los franceses, que ya tienen comida de sobra! ¿Y sabes lo que cuesta un atunero como el nuestro?

No, no sé lo que cuesta. Y no siento especial interés por saberlo a las dos de la mañana y además es nuestra primera noche juntos y tengo ganas de dormir, o de follar o de decir tonterías de esas que se sueltan en la cama, no de enterarme del precio de un atunero-congelador del puerto de Mahé. Sobre todo porque la situación exige que conteste: ¿En serio? ¡No me lo puedo creer!, cuando me anuncie, orgulloso, unos cientos de miles que, de todas formas, tanto de noche como de día, superarán mi entendimiento.

—¿Te das cuenta? El patrón vive en una angustia permanente. Eso es lo que agota, no el trabajo a destajo, no, es la angustia. Además, eres responsable

de un equipamiento electrónico y de un material sofisticado y carísimo. Si se rompe o se estropea es una auténtica catástrofe. Cada día en puerto cuesta una fortuna a la naviera. Y para la tripulación también supone dejar de ganar, claro. Y en ese país de gilipollas no se puede reparar nada, todo dios pasa de todo y nadie sabe trabajar. No hay uno solo que compense por los demás. ¡Y encima nos toman por locos!

—¿A lo mejor los sois, en cierto modo?

—Puede que sí. Pero no puede ser de otra manera, eso es lo que me jode. Y, de todas formas, aunque quisiera, no podría cambiar de oficio, no sé hacer otra cosa.

Le digo que sí y que me gusta lo que hace y más aún cómo lo hace. Y me meto en el personaje de Bécassine, incapaz de comprender la dura vida del macho y que solo aspira a una cosa: a que la soben. A él le suele reconfortar esa actitud. ¿Y quizá ese tipo de mujeres? Necesita futilidad. Solange Dandillot y el marinero hacen por fin el amor.

No sin humillación por mi parte, en mi juventud se me asimilaba más bien a Andrée Hacquebaut, abandonada sobre el felpudo de la puerta de su Amo bienquerido, en los tiempos en los que Montherlant clasificaba con autoridad soberana a las jovencitas, vetando la inteligencia a las guapas para así despreciarlas mejor, y la belleza a las inteligentes para reducirlas más fácilmente a las tinieblas, lejos de su divino Pene.

Con Gauvain yo podía interpretar los dos papeles. Pero ese día le toca a Solange canturrear y parlotear para hacerle olvidar el mar. Pero la muy zorra vuelve siempre a la carga, y henos de nuevo en plena travesía por el océano Índico, que ha venido a golpear los cimientos del Hotel de La Poste.

—Lo peor —prosigue Gauvain, enlazando con su última frase como si el amor no hubiera sido más que un breve entreacto— es que todo eso ya no tiene nada que ver con la pesca. Es otro oficio, ahora casi ni ves el pescado. Nada más pescarlo, se destripa y se mete en el congelador. Y tú curras como en una fábrica. Pronto pescaremos directamente atún en lata...

Solange Dandillot está hartísima de los atunes. ¡Esas asquerosas criaturas se han subido con ellos al coche, han comido con ellos, los han acompañado de excursión y ahora se han metido con ellos en la cama! Lo único que puede hacer es instalarse entre los brazos de Gauvain y soltar algún comentario aquí

o allá, ya que parece que lo de dormir va a ser imposible. Pero ¿cómo hacer preguntas que no resulten inadecuadas? Nos empeñamos en creer que podemos aplicar a esas vidas nuestros criterios de confort, de salud, de bienestar, cuando en un barco los objetos más corrientes, una cama, una biblioteca, ya no son una cama ni una biblioteca. A bordo todo resulta falseado por el monstruoso parámetro que constituye el océano.

—Pero acuérdate de cuando hablabas del arrastrero en Irlanda, decías: ¡Es como mandarme a galeras! En el trópico no sufres tanto, ¿no? Ya no dormís en esa especie de literas-ataúd... Y tenéis duchas.

—Es peor que las galeras.

No entra en detalles porque la enormidad de la tarea lo abruma.

—Nadie puede describir lo que es eso —se limita a murmurar entre dientes, antes de guardar un silencio poblado de imágenes intraducibles en francés.

Aprovecho cobardemente para largar amarras. Pero Gauvain no ha terminado. Prosigue su monólogo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, la mirada fija en el techo, con uno de los muslos por encima del mío para asegurarse de que su cuerpo está conmigo, aunque su mente divague.

—En cuanto al tiempo, no hay mucho que decir, eso es cierto. Pero no era eso lo que me molestaba. Al menos entonces era un marinero. Ahora ya no pescas peces, son billetes de banco. Y ya no manda el patrón, es la máquina. ¡Es como si te hubieras convertido en un obrero!

—Un obrero que trabaja en el mar, con el viento, las olas...

—¿Las olas? ¡Ni siquiera las oyes! —suelta Gauvain, entre risas—. ¡Me gustaría verte a bordo, ocho días nada más! Todos los motores funcionan veinticuatro horas al día, los de los pasillos de congelación donde amontonas los atunes, los que fabrican hielo para los tanques de salmuera, ¡y cuando hace cuarenta grados fuera funcionan a toda máquina! ¡Y el motor del barco aparte! ¡Dos mil caballos! Y luego el helicóptero para localizar los bancos, me había olvidado de eso. En meter ruido, bate todos los récords. Al final no sabes ni dónde estás, y no sabes lo que es peor, si la sala de máquinas donde hace cuarenta y cinco grados o los pasillos de congelación que están cubiertos de escarcha... Y hasta cuando por fin llegas a puerto, sigues con el motor de refrigeración y el motor de las grúas que sacan el atún de las calas por

paquetes de dos mil kilos. A mí me han acostumbrado a manejar cajas de pescado, a enganchar el pescado directamente. No me gusta estar al servicio de la mecánica. No, hay que estar loco para trabajar en esas condiciones. En todo caso, yo soy demasiado viejo para esas cosas. Y, de todas formas, como pronto ya no quedarán atunes... En fin, me da igual, para entonces ya me habré jubilado.

Resignada a no poder dormir, enciendo la luz. El aire es suave esta noche y nos acodamos en la ventana de la buhardilla que da a los tejados enmarañados de Vézelay, a unas colinas tranquilas, a ese paisaje inmóvil que se extiende en silencio ante la vista de Gauvain, prototipo de la campiña y la paz campesina, tal y como debe soñarla de vez en cuando, en noches de mal tiempo. Ha sacado un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta, por primera vez desde que lo conozco.

—¿Puedo? —pregunta—. Son los nervios.

—En resumidas cuentas, allí eres desgraciado.

—Yo no diría eso.

Siempre con ese cuidado de no sobreestimar su pena. Pero esa noche ni el amor puede hacer algo por él, solo necesita un oído atento.

Al día siguiente, Gauvain se ha librado de una parte de su carga. Comemos sentados en la hierba pan y salchichón, queso y fruta, y lo llevo a rastras hasta unas piedras viejas, como las llama él. Es la primera vez que visitamos nuestro país juntos y, en otros tiempos, él lo habría apreciado. De hecho, me sirvo de todos los trucos de mi oficio para despertar su curiosidad. Hasta encontramos a su Vauban, ese Vauban de la Ville Close, inhumado aquí en una capillita que mandó construir lejos del mar, al pie del castillo de Bazoches, que había comprado y que data del siglo xii, como la mayoría de las construcciones de esta región.

Nuestras largas caminatas a través de esos paisajes tan terrenales, la presencia constante y tranquilizadora del pasado, apaciguan poco a poco el alma de mi ave marina. Su cara recobra su aire infantil, pero sus ojos parecen menos azules. Algunos ojos de agua palidecen así en el campo. Cuando reflejan el azul del mar es cuando alcanzan todo su vigor.

La tercera noche, que es ya nuestra antepenúltima, como si hubiera sentido en mí cierto desencanto ante los meses de ausencia venideros y la

suerte de ese amor que no quiere ni vivir del todo ni morir de una vez por todas, Gauvain tiene una súbita inspiración.

—Tengo que preguntarte algo —me dice, mientras terminamos una de esas comidas tan refinadas que a uno le producen la impresión de que es más inteligente—. ¿Estarías de acuerdo en verme una vez más en Mahé? Acabamos justo antes del monzón, y creo que tendré un poco de tiempo entonces. Ya sé que está muy lejos, pero... —Suspira—. Pienso tanto en ti allá, en cómo eras, en lo que hicimos juntos... No son las mismas islas sin ti... Bueno, eso, creo que, si vinieras, la semana que viene me iría con más ganas.

—Esa estancia en las Seychelles contigo es el mejor recuerdo de mi vida. Pero...

—Me molesta tener que pedirte eso, porque el viaje es carísimo, ya lo sé. Pero desde el pasado mes de julio hay un aeropuerto internacional y es más fácil. Y podremos quedarnos en casa de Conan, ¿te acuerdas de él? Ahora que las islas son independientes es cooperante allá. No gastarás nada una vez que estés allí, te invito el tiempo que quieras. Y si vinieras, ¿sabes que sería nuestro vigésimo aniversario? ¡Podríamos celebrar eso en el *Raguenès*, nos sentiríamos casi como en casa!

¡Después de veinte años, recorrer quince mil kilómetros por el órgano sexual del señor Lozerech! ¡Sale caro el quilate!, dice la mojigata.

Sí, y sale tan caro que deja de tener sentido de repente. Ya no sé qué pensar, pero Gauvain ha puesto mi mano sobre la suya, una de esas manos que tanto le estorban, que nunca sabe dónde meter y que parecen pertenecer a una persona fuera de lugar salvo cuando están a bordo de un barco o sobre mí.

—Es verdad que será complicado, son veinticuatro horas de viaje, ¿no? Pero si mi libro funciona, podré arreglármelas pidiendo un adelanto a mi editor. En verano, Loïc se va de vacaciones con su padre, así que estaré completamente libre. Escucha, voy a enterarme de los precios, los vuelos chárter posibles, ya te tendré al corriente...

Gauvain se da cuenta de mis dudas.

—Intenta venir —dice—, te lo ruego.

Y esas sencillas palabras me trastornan por completo. Él me lo ha ofrecido siempre todo sin pedirme nada a cambio y necesita que le diga que sí, ahí mismo, inmediatamente. Su sufrimiento, rara vez visible, me conmueve.

Me parece que al seguir amando a Gauvain obedezco a un sentimiento muy puro, pues solo un amor auténtico puede explicar que los obstáculos no nos desanimen nunca. ¡Sería mucho más fácil querer a un hombre cultivado, elegante, con tiempo libre, que viviera en París, rico e inteligente!

Una vez que ha registrado en el fondo de sí mismo mi promesa de reunirme con él, nuestras relaciones se vuelven ligeras. Volvemos a París en coche como una pareja que va a separar sus vidas pero que está segura de su porvenir.

—Organizaremos una fiesta formidable para nuestro aniversario —me promete—. Eso sí que lo hacen bien allá. Y llevaremos a Youn, mi segundo de a bordo, si te parece bien. Conoce todos los sitios buenos de la isla. Le he contado lo nuestro. Él también tiene una amiga en Lorient, una chica a la que quiere desde hace tiempo. Pero su mujer está en un manicomio, así que no puede divorciarse.

Fugazmente, no sin cierto malestar, me pregunto qué haría si Lozerech enviudara. Las mujeres descuidadas no saben hasta qué punto pueden a veces ser la condición de otro amor, representar una coartada cómoda para ciertos maridos, una salvaguardia, una protección oportuna para aquellos a quienes la verdad precipitaría a la desesperación. Gracias también a Marie-Josée, a lo que es y a lo que no es, puedo amar a Gauvain sin tener que herirlo por segunda vez.

En un coche, sobre todo si es pequeño, se recrea la seguridad del útero materno. Estamos acurrucados, Gauvain y yo, en una célula protegida del mundo, y es el paisaje el que parece moverse a nuestro alrededor. Como siempre antes de dejarnos, buscamos tranquilizarnos sobre ese amor que hasta en los momentos de más intenso placer no nos deja olvidar su rostro contradictorio.

—A propósito, ¿has visto que nuestra choza en la isla de Raguènès se ha hundido por completo? Hoy ya no podríamos refugiarnos allí. ¡Y pensar que quizá ahora no estaríamos juntos si esas paredes no hubieran aguantado...!

—Para mí estaba escrito, nadie me quitará eso de la cabeza —decreta Gauvain, que vive sin duda en un medio demasiado arriesgado como para apreciar el azar en su vida.

Los enamorados son como los niños: nunca se cansan de las mismas historias. Cuéntame otra vez la del muchacho y la muchacha que se refugian en una isla... Y escrutamos una vez más esa improbable noche de 1948 que no nos ha librado todos sus secretos. Le saco una nueva descripción de su amor-odio por la hija de los turistas vecinos. Él vuelve a preguntarme qué pudo gustarme de ese pueblerino que era él entonces, me cuenta que él a mí me imaginaba llevando una vida brillante en París, bailando valeses vestida de noche, como en las películas americanas, del brazo de jóvenes engominados, bajo lámparas de cristal. No le confieso que hacía el amor con un estudiante de Matemáticas lleno de granos y miope bajo una manta marroquí que no le llegaba a la altura del zapato a la arcilla roja de nuestra choza ni al olor de nuestra playa en marea baja.

En la radio suena *Treinta años de canciones francesas* y Gauvain canta cada estribillo. Los marineros escuchan mucho la radio mientras trabajan (otra cosa que Lozerech echaba de menos en las Seychelles) y él conoce todas las letras, sobre todo las peores, que transfigura esa voz de bajo que no ha cambiado desde la época en la que me inoculaba sin saberlo un filtro de amor, en la boda de Yvonne.

¿Dentro de ocho meses en Victoria, *karedig*?

9. Debout, zom'lib'!

Sydney y yo tuvimos un invierno difícil. Su novela había obtenido todo el fracaso que él podía desear. Pero una cosa es admirar a los autores malditos y estimar a los que no persiguen el éxito y otra vivir la indiferencia del público y la ausencia de eco en la prensa literaria. Hace falta una fuerza anímica y un desprecio por la gente común que Sydney no poseía. Por no hablar de un mínimo de holgura económica, que ya no tenía desde su marcha de Estados Unidos.

En cambio, mis dos libros habían cosechado un éxito inesperado como obras históricas publicadas en colecciones especializadas, y nuestras relaciones se habían transformado sutilmente. Yo le interesaba más desde que él interesaba a menos gente, aunque siguiera considerando mi literatura como alimenticia. ¡Llega una edad (y Sydney acababa de cumplir los cincuenta) en la que el alimento adquiere cierta nobleza!

Pensé a menudo en Gauvain ese año. Una gorra azul marino en una cabeza de marinero en un puerto, un acento bretón a la vuelta de una esquina de Concarneau, las visitas a la señora Lozerech, que iba menguando poco a poco en su granja medio abandonada (todos los hijos estaban lejos, marineros o maestros) y me invadía el cariño por el crío que me reventaba las ruedas de la bici y me llamaba George Sinese. Parecía yo una esposa casada con un preso y que había envejecido esperándolo.

Por la noche, junto a Sydney, soñaba con otro. Los sexos que se aburren se entretienen así, imaginando júbilos insospechados. ¡Pobres idiotas! Pero a veces les funciona y acaban viviéndolos.

Yo me ocupaba organizando mi viaje. ¿Era un efecto de la edad? Sentía la necesidad de ir a las Seychelles no solo para ver a Gauvain, sino para ser contemplada con amor. Mi piel se apergaminaba lejos de su mirada húmeda. También veía cómo mi madre, a pesar de sus incesantes combates, iba cediendo poco a poco ante el tiempo, cediéndole territorios, actividades que le gustaban y que aparentaba que habían dejado de interesarle para no confesar

su derrota. Y lo cierto es que llega una edad en la que los terrenos que se abandonan nunca se recuperan. Mi madre me ponía ya en guardia, con ese gusto por la vida que siempre había apreciado en ella.

«Piensa bien en lo que perderías si renunciaras a tu amigo bretón», como ella lo llamaba, con delicadeza. «El fervor es algo irremplazable. El intelecto no alimenta el cuerpo... El drama es que las mujeres como nosotras necesitamos las dos cosas», concluía con un aire falsamente desolado. Es verdad que nunca le gustó mucho Sydney.

Había convencido a François y a Luce para que se reunieran conmigo en las Seychelles la tercera semana, si la salud de Luce lo permitía, y volveríamos juntos a Francia. Les había hablado tanto de la belleza de esas islas que aprovecharon la ocasión. Pero Luce acababa de ser operada y le estaban dando quimio. Su valor y su optimismo nos hacían esperar que la remisión de la enfermedad supondría su cura.

Cuando por fin llegué a Mahé, las Seychelles celebraban también su aniversario, el primero de su independencia, y aprovechamos la alegría del ambiente para alegrar el nuestro. Teníamos la impresión de ser una vieja pareja porque teníamos algo que conmemorar y lo hacíamos volviendo al mismo lugar. «¿Te acuerdas cuando me picó la escolopendra?» «¿Y las dos parejas siniestras en Praslin con su coco de mar?» Con esos «te acuerdas» se sienten más tranquilas esas parejas que dudan de sí mismas.

Pasamos la primera noche bailando en las calles bajo las palmeras y recorriendo todas las tiendas y restaurantes del país. La huella británica, oficialmente borrada, seguía marcando las Seychelles: a las doce de la noche, tan acompañados como en la época en la que tenían que entonar el *God Save the Queen*, los músicos, firmes, entonaron su himno nacional en criollo, recién estrenado:

Debout zom' lib', fiers Seychellois
L'égalité pou nou tou'
*La liberté pou touzou !**

Francia también, con su revolución y su cortejo de grandes principios, había marcado las mentalidades.

Mi himno personal en ese momento, el que le canté a Gauvain... «De pie, carajo libre, orgulloso concarnense», nos permitió añadir una nota picante a los coros patrióticos.

Nuestra fiesta se terminó al alba en el océano tibio, pero esta vez no jugamos a hacernos los tímidos. Uno solo se puede permitir el lujo de renunciar cuando tiene veinte años.

¿Hay que describir esos días, de los que hacíamos noches si llovía? Ay, ahórranoslo, dijo la mojigata. ¡Ya nos has contado una vez las Seychelles, ya vale! Y el sexo, cuando no es excitante, se vuelve asqueroso. No hay término medio.

El tercer día, a Gauvain se le rompe un pequeño vaso sanguíneo del ojo izquierdo. No le duele, pero cada vez que lo miro me recuerda que soy un súcubo que ha provocado un infarto ocular a su macho abusando de él. Y, sin embargo, sigo. Mi estárter parece siempre a punto. A veces se ahoga el motor, pero calarse, nunca. Como la mano verde estimula las plantas, la mano azul de Gauvain estimula mi cuerpo y me hace descubrir constantemente nuevas zonas erógenas. Las hay episódicas, que no vuelvo a ver; otras que funcionan por eclipses; y luego están las fieles, pautadas como el papel para partitura y que producen siempre la misma canción. Pero cuando Gauvain me pregunta, me siento incapaz de describir esas fronteras movedizas, de puro molida que estoy a fuerza de placeres que no sé si merecerían el nombre de orgasmo en el registro de denominaciones contraladas de Ellen Price.

—No me dices todo lo que te gusta —insiste Gauvain—. Aún hay cosas que no te atreves a pedirme.

—Casi nada, puedes estar tranquilo. Y ese «casi nada» me procura todo el placer. Si no... ¡tú serías yo! ¡Qué horror!

—Pero es que, en general, ni siquiera sé exactamente cuándo te corres. Y eso me preocupa. Me pregunto si...

—No TE preguntes nada, pregúntame a MÍ. El sexo, finalmente, no es tan sexual como se cree. Nadie me da como tú... placer, por supuesto, pero sobre todo ese sentido de lo sagrado en el placer.

Apenas me atrevo a pronunciar esas palabras. Pero estamos a oscuras y Gauvain no protesta. Las cosas importantes no le dan miedo. Y yo tampoco tengo miedo de nada con ese hombre. Me autorizo todas las fantasías, canto y

bailo delante de él como si estuviera sola. Me pongo una ropa que luego tengo que esconder con sumo cuidado cuando vuelvo a la vida normal. Llevo un camisón de raso, del tipo arráncame, que nunca me habría atrevido a comprarme en la vida civil. ¡Oh, medios que desapruero o que desprecio! ¡Qué bueno es usaros... y sacar tanto provecho!

Yo misma me he comportado como una esposa al acompañarlo al barco por primera vez. Visito la cabina para ver dónde duerme, dónde esconde mis fotos y mis cartas. Y estoy en el muelle el día en el que el *Raguenès* zarpa, agitando la mano y luego el brazo, luego corriendo por el muelle a medida que su querida silueta va haciéndose más pequeña, mientras los hombres reunidos en el puente ven alejarse la tierra, como hacen en to dos los puertos del mundo. Y mis ojos se empañan como los de todas las mujeres del mundo cuando ven partir a su marinero.

Por suerte François y Luce habían llegado la víspera y habíamos pasado la velada los cuatro juntos, cerca del puerto. Gauvain se sentía a gusto con ellos y yo les agradecía que no lo consideraran como un «hermano salvaje», sino simplemente como uno más de los nuestros con una experiencia diferente. Escucharíamos respetuosamente a un esquimal o a un turco que describiera su modo de vida, pero los pocos amigos a los que les había presentado a Lozerech apenas habían disimulado su condescendencia al oírle hablar del mar. Era a la vez demasiado gracioso con su acento y demasiado cercano geográficamente para merecer la curiosidad de los parisinos. Y ya no estábamos en los tiempos de Pierre Loti. *Mi hermano Yves* había pasado de moda.

François, al contrario, sabe borrar el color local para interesarse por las cualidades del alma. Esa noche nos sentimos como cuatro amigos, y Gauvain no es «ese tipo raro que has sacado de una granja...».

Habíamos quedado en escribirnos a casa de Conan, a pesar de las semanas que deberían transcurrir para él entre que me enviara una carta o recibiera las mías. El mar también le robaba ese consuelo, el más banal, el que se comparte mejor, ponerse en contacto, escuchar al teléfono una voz querida, ese consuelo del que se beneficiaban todos los hombres, hasta los presos.

En su primera carta me confiesa lo que no había querido decirme en Mahé: no va a seguir con el atún en las Seychelles. Su famoso y misterioso proyecto de Sudáfrica por fin va a ponerse en marcha. Solo le queda aguantar tres o cuatro años de trabajo, ¡no es para tanto!

Desde luego, esas gentes que no conocen ni las cuarenta horas, ni los días de fiesta, ni los descansos semanales no tienen el mismo sentido del tiempo que nosotros. Tres años me parecían a mí el fin del mundo, y ese amor de refugiados, siempre relegado tras las obligaciones familiares y profesionales de Gauvain, asesinado nada más resucitar, empezaba a desanimarme. Además, un proyecto me tenía completamente ocupada: la historia de la medicina y las mujeres que François quería escribir conmigo iba tomando forma. Él, ginecólogo y obstetra, me sería de una ayuda inestimable. Mi vida cotidiana iba bien. Podía utilizar mi dinero como quería, ir a ver a mis amigos, viajar, vivir en el apartamento que me gustaba... calculaba el abismo que separaba mi existencia de la de un Lozerech. Él no sacaría provecho del dinero que había ganado tan duramente, de la bonita casa en la que ha vivido tan poco tiempo y a la que volvería solo una vez cumplida la edad en la que uno ha desaprendido a vivir en la tierra.

Así, al cabo de los meses, Gauvain se volvía, a pesar de nuestras cartas mensuales, una silueta en el horizonte. Yo buscaba sinceramente desprenderme de él. Pero el corazón tiene sus fidelidades. Con el paso del tiempo, de quien me desprendí fue de Sydney. Sus cachivaches ya no me concernían, como si fueran material de desecho. Había cogido la nefasta manía de comparar a mis dos hombres y me di cuenta de que Sydney nunca había pensado en mi cuerpo como algo único, ni en mí como mujer irremplazable. Con razón, por otra parte.

De hecho, sí, le daba la razón, pero había tenido el privilegio de conocer a alguien que estaba loco por mí y no me acostumbraba a los sentimientos razonables.

Los primeros años en Estados Unidos me había sentido halagada al poder compartir los hábitos eróticos de la vanguardia intelectual. ¡Entonces aún pensaba que existía una vanguardia en el amor! Con Ellen Price y Al y todos nuestros amigos terapeutas y sexopeutas y analistas y sexanalistas disertábamos brillantemente sobre el amor y el placer, aunque ello no nos

ayudara mucho en la práctica. Al se había vuelto impotente tras la publicación del libro de Ellen, salvo con las prostitutas. Era su última palabra. Sydney, al contrario, había pasado a la multiplicidad, pero en modo *Appassionata*. Esa facilidad suya para el diletantismo, que en su día tanto había envidiado yo, me parecía ahora más una enfermedad que un rasgo de elegancia.

Me daba cuenta de hasta qué punto en la pareja todo es una cuestión de mirada: uno puede irritarse o enternecerse ante un mismo gesto según se busque una razón para vivir con alguien u otra para dejarlo. Ahora me molestaba todo de Sydney.

Por diferentes razones, ahora él habría estado dispuesto a casarse conmigo, justo cuando a mí se me habían quitado las ganas por completo. ¡Y la idea de cambiar mi apellido por uno americano a estas alturas de la vida! Además, ese compromiso de cara a la vejez venidera, incluido en el mismo paquete del matrimonio, no me apetecía nada. Sin embargo, Syd nunca se había mostrado tan cariñoso, tan entusiasta. Rara vez se camina al unísono en una pareja.

A veces basta un detalle cruel para descubrir que todo ha terminado. Para mí fue la noche en la que Sydney me miró a los ojos después de hacer el amor y me dijo, como agradecido: «¡Cuánta ternura leo en tus ojos!». De hecho, me había pasado todo el tiempo pensando en unos zapatos que había visto la víspera en un escaparate y que me había arrepentido de no haber comprado. ¡Acababa de tomar la decisión de ir a por ellos inmediatamente, en cuanto pudiera por fin huir de aquella cama!

Sucedió, pues, que en un año me desprendí más o menos de mis dos hombres. De Sydney, por completo, puesto que tuvo que volver a América. De Gauvain, menos, puesto que la ausencia nunca había conseguido acabar con nosotros. Pero necesitaba vivir sin soñar con imposibles. No se espera a un ausente once meses de doce cuando se tiene más de cuarenta años.

¿Había llegado a esa melancólica edad en la que la amistad parece más viable y valiosa que el amor?

10. Los rugientes cincuenta

Me acerco a paso de gigante a los cincuenta, periodo en el que no puede haber más sorpresas que las malas. Lo mejor que puede esperarse es el *statu quo*. Las degradaciones observadas aquí y allá parecen menores al principio, pero, al ser las primeras, indignan y deprimen. No obstante, esas patas de gallo alrededor del ojo, esas pequeñas imperfecciones del cuerpo, fáciles de ocultar, las echaremos de menos un día cuando vengan otras peores. A partir de ese momento, cada año, al contemplar tal foto del verano precedente, diremos: ¡Mira! ¡Qué bien estaba yo el verano pasado! Y a los dos años nos daremos cuenta de que estábamos fenomenal el año anterior. Yo me encontraba en ese año antes que un día me parecería tan envidiable. A partir de ese punto, la única salida vivible es esforzarse por apreciar un presente a la luz de un futuro más inquietante aún.

Durante esos tres años vi poco a mi cormorán, y me esforcé también por pensar en él a la luz de nuestro imposible futuro. La naturaleza, en todo caso la mía, es misericordiosa: cuando ya no se desea, quiero decir, cuando el objeto de deseo se ha alejado, se vuelve casi impensable que se haya podido suspirar tan apasionadamente por alguien.

Vi poco a Gauvain, forzosamente, pues se había embarcado en su misterioso proyecto. Nunca se acostumbró a las Seychelles, cuyos paisajes sonrientes no convenían a su alma salvaje. Ahora campa ocho meses al año, de octubre a mayo, en un bajío a ochocientos kilómetros del cabo de Buena Esperanza. No es un país, ni siquiera una isla, solo un punto abstracto en el cruce del 31°40 de latitud sur y del 8°18 de longitud este, a tres días de viaje de la tierra más cercana, al alcance de las enormes marejadas de los cuarenta rugientes. Su mundo se reduce a una base de coral de diez kilómetros de ancho, a una estrecha meseta volcánica que surge repentinamente a menos de cien metros de la superficie desde fondos de cinco mil metros y está poblada por millones de langostas. Para poder localizarlo, antes de partir me dibujó su barco, el *Empire des mers*, un viejo atunero de veintiocho metros, en una carta

náutica, irrisorio signo de vida perdido en todo el azul de esa zona sin tierra emergida.

Había sido su primo Youn, uno de esos douarnenistas especializados de padres a hijos en la langosta, el que había descubierto ese yacimiento fabuloso unos años antes y había decidido pescar allí, es decir, vivir de aquello. Pero una fractura cervical, consecuencia de una caída a bordo de la que nunca se acabó de recuperar, le había impedido proseguir y le había obligado a proponer a algún pirata como él que lo sucediera y explotara el filón. Pocos hombres habrían aceptado, pero a Lozerech lo tentaba lo imposible. Vio en ello la ocasión de volver a sentir las emociones fuertes de su juventud y de acabar su carrera brillantemente. Quizá también la de poner un obstáculo más entre él y yo. Como no podía apaciguar sus sentimientos, eligió incrementar la distancia. Porque había encontrado una nueva razón para castigarse: su mujer, Marie-Josée, acababa de ser operada de un cáncer. Le habían quitado todo, como decía ella, provocadora y sin duda amargamente consciente de que esa fórmula la reducía a no haber sido más que una matriz. Pero lo que quedaba de ella seguía siendo la esposa de Lozerech, y el sentimiento de culpa crecía en él.

En cuanto a mí, mi libro *La medicina y las mujeres* acababa de ser publicado. François y yo habíamos tardado tres años en escribirlo, en el tiempo que nos dejaban nuestras respectivas actividades laborales. Tres años de trabajo intensivo cuyo fin nos dejó una extraña sensación de vacío. A veces lo atribuíamos a esa disponibilidad nuestra con la que ya no sabíamos qué hacer; luego, poco a poco, la evidencia se impuso: no era el trabajo lo que echábamos de menos, sino la presencia casi cotidiana del compañero, de la compañera que habíamos sido el uno para el otro durante esos años. Encontramos una única solución: ¡Vivir bajo el mismo techo! Y podía hacerse, puesto que ahora François estaba solo, ya que Luce había muerto dejándole una hija de quince años. Lo veía desamparado entre sus partos, sus clases en el hospital, esa adolescente que educar y la pena de haber perdido a una mujer extraordinaria a la que había amado profundamente.

Puede ser una aventura deliciosa decidir vivir juntos por cariño, una vez que se ha pasado por la experiencia del matrimonio para toda la vida y la pasión que podría calificarse de carnal. En este estadio de la existencia, el

amor lo es todo, por supuesto, pero al mismo tiempo no lo es todo. Esta fórmula da perfecta cuenta de la mezcla de entusiasmo y de levedad que presidieron nuestra decisión de casarnos.

No tuve la impresión de franquear una etapa ni de correr un riesgo excesivo: en cierta forma, François siempre había formado parte de la familia, la diferencia era simplemente que ahora lo hacía de manera oficial. Habíamos estado a punto de enamorarnos al menos diez veces durante nuestra vida; en cada ocasión, había faltado muy poco. En 1950 seguramente me habría casado con él si en medio de sus estudios de Medicina no hubiera tenido que irse dos años al sanatorio de Saint-Hilairedu-Touvet. Cuando volvió, yo me había casado con Jean-Christophe. Cuando me divorcié de Jean-Christophe, él acababa de casarse con Luce. Y cuando Luce quiso dejarlo cinco años después, yo estaba en Estados Unidos con Sydney.

Esta vez estábamos solos, libres y en perfecto estado de salud, así que había que aprovechar. Si me hubiera casado con François a los veinte años, seguramente Lozerech habría salido de mi vida y hasta de mi memoria. Jean-Christophe siempre había dejado sitio vacante para una parte de mis capacidades amorosas, e intactas mis nostalgias adolescentes. Así es como ciertos hombres hacen la cama a sus rivales.

François era además un espécimen raro: uno de esos grandes hombres que los caprichos de la vida impiden que lleguen a serlo. Poseía todos los atributos para convertirse en eminente profesor, buen poeta, pintor de valía, pianista de talento, seductor irresistible, y era virtualmente todo eso, pero minúsculos fallos en su carácter o bien una serie de casualidades lo habían mantenido por debajo del umbral del éxito. Aparentemente con su entera complicidad.

Paseaba por la vida un físico delicioso sin ser realmente guapo, y un encanto y una elegancia de nacimiento moderados solo por cierta negligencia y timidez, que ayudaban a que se le perdonaran sus múltiples dotes y que de joven le habían valido el apodo de Jean de la Lune, por el protagonista de la obra de teatro homónima de Marcel Achard. Una juventud de la que, de hecho, no había acabado de salir, aunque hubiera cumplido ya los cincuenta y superado muchas pruebas, pues todo seguía encantándole: los recién nacidos que no se cansaba de traer al mundo como si cada uno de ellos fuera un

mundo, los amigos, su hija Marie, los viajes, la música y, por último, nuestro matrimonio, porque le parecía que así eran las cosas y que para él, a pesar de la enfermedad y la muerte, el universo valía la pena. Amaba la vida, pero también amaba a los vivos, lo que es más raro, e incluso amaba mi aventura con Lozerech, al que había bautizado Capitán Cormorán, en recuerdo de la Biblioteca Rosa y del *Capitán Corcorán*, personaje de Alfred Assollant que había poblado nuestra infancia. Lozerech prefería la Biblioteca Verde.

Había colgado en mi despacho la carta náutica que me había dado Gauvain antes de partir y cada vez que miraba el barquito, dibujado con ese esmero y esa precisión que ponía en todo, con su mástil de carga, su palo de mesana y su pequeña vela de capa oscura, se me encogía el corazón. Mi cormorán estaba allí, perdido con su tripulación de ocho hombres, con setecientas nasas que subir, vaciar, cebar, echar de nuevo al agua, cada día, atadas a unos cabos de entre cuarenta y ochenta metros de largo, sobre fondos plagados de pulpos y morenas gigantes, en medio de un océano con marejadas permanentes que, en esas latitudes, dan la vuelta a la tierra sin encontrar un obstáculo que quiebre su impulso. Al menos así era como me lo imaginaba según los libros de los navegantes de aquellos siniestros parajes y el diario de a bordo que él me enviaba regularmente.

Durante las largas ausencias de Gauvain yo había ido a ver a Marie-Josée en varias ocasiones, tras su operación, con el oscuro deseo de respirar algo de él. Pero la visión de la mujer de Lozerech y de su casa me hacía darme cuenta, al contrario, de la distancia que nos separaba, en el mar como en tierra. No llegaba a creer que yo era «la otra mujer» del hombre que se planteaba acabar sus días en aquel marco sin alma, comiendo en la cocina arreglada en estilo rústico macizo, como precisaba con orgullo Marie-Josée, sin darle importancia al hecho de haber dejado en casa de sus padres y en la de sus suegros muebles rústicos de verdad, que llamaba antiguallas propias del subdesarrollo. Mi Gauvain se acostaría junto a esa mujer de cabellos grises que olía a sudor debajo de esa vieja colcha de raso rosada, se dormiría bajo la foto de su boda y los retratos de sus respectivos padres en marcos ovales con una rama de boj encima, frente a la cómoda estilo Luis XV comprada por catálogo y horriblemente barnizada, adornada con cinco ramas

de helecho de plástico plateado y tres tulipanes color violeta, en un jarrón de cristal de Arques de muchas caras.

Pero ¿por qué hacer coincidir a Lozerech con Gauvain? Tampoco coincido yo con la que partió tan a menudo al fin del mundo, con la mojigata pisándome los talones, en busca de ese escalofrío tan misterioso como infundado que no pueden traducir las palabras. Todos tenemos nuestras caras, como el jarrón de Marie-Josée.

Durante sus primeros años allá (pensaba estar cuatro), Lozerech probablemente había ganado más dinero que en toda su vida. En cuanto tenía los inmensos viveros llenos, se dirigía hacia Ciudad del Cabo, desembarcaba sus toneladas de monstruos y estos eran enviados al marisquero de Lorient.

Él ya no vivía, en el sentido corriente que suele darse a esa palabra. Sondeaba los fondos, vigilaba sus cabos, intentaba no volverse loco en ese paisaje espumeante y esperaba el día de su jubilación.

Las langostas habían cambiado la vida de su familia. Le habían permitido ampliar la casa, enviar a su hijo mayor, profesor de Química, dos años a Estados Unidos. Joël tenía coche propio, un dos caballos especialmente adaptado para su minusvalía. Una de sus hijas daba clase en Rennes, la otra era azafata. Marie-Josée se había puesto tres muelas de oro bien a la vista. En suma, todo el mundo tenía que estar agradecido a las langostas.

Dudé en contarle que me había vuelto a casar, con François, pero temía aún más que se enterase por su mujer. Sabía que lo consideraría como una especie de traición aunque él también hubiera escogido el alejamiento. De hecho, estuvo un tiempo sin escribirme, sin que yo pudiera saber si era por rencor o por decencia, porque François le caía bien.

Yo, quizá también por decencia hacia François, aunque en ese terreno ese tipo de sentimiento no era mi fuerte, me acostumbré a pensar en Gauvain en pasado.

Un acontecimiento vino a dar al traste con todo: la muerte de mi madre, atropellada por una camioneta en la esquina de un bulevar parisino. Mamá siempre había cruzado la calle como en tiempos de las diligencias, sin tener en cuenta los semáforos ni los pasos de peatones, levantando un brazo con autoridad para conminar a los conductores a pisar el freno. El conductor no había podido detener sus caballos de potencia y mi madre, arrastrada por la

calzada tras el impacto con la camioneta, había muerto unos días después a consecuencia de sus múltiples fracturas, absolutamente escandalizada por la mala educación de los conductores de hoy en día. Tenía sesenta y ocho años, una salud insolente y la intención de vivir aún unos cuantos más, por lo que yo posponía siempre la idea de acostumbrarme a que un día no habitaríamos el mismo planeta. Sentada junto a su forma muda durante sus últimos días en coma, descubrí horrorizada que no podría pronunciar al teléfono nunca más, durante todo el resto de mi vida, esta frase tan simple: «¿Eres tú, mamá?» Al desaparecer, se llevaba consigo la primera palabra de la lengua, la que fundaba la seguridad de mi vida. Es la primera, la única traición de una madre, irse así, sin avisar.

Cada vez que François decía «tu madre», los ojos se me llenaban de lágrimas. A partir de entonces, evité esa palabra.

Había escrito a Gauvain para comunicarle la muerte de mi madre. Con él podía hablar de ella: le había tirado de las orejas bastantes veces, tratándolo de pillastre, como para que guardara, una vez pasado el tiempo, cierto cariño por ella.

Aquella desaparición me obligó a echar cuentas de mis recursos: me quedaba aún en la tierra un ser que me quería incondicionalmente, y me iba a permitir perderlo, también a él, porque el día de su jubilación se acabaría para siempre cualquier tipo de proyecto conjunto. De repente no soporté la idea de añadirlo a mi galería de recuerdos. A pesar del armonioso entendimiento que reinaba entre François y yo, sentía viva a esa joven alocada que corría hacia la isla, hacia las islas del fin del mundo, para reencontrar esa llama que hacía que el amor pareciera lo contrario de la muerte. Y yo sabía que mi madre habría entendido que viviera para los dos. Ella también estaba afectada por esa bulimia de la vida y no se resignaba a perder en ninguno de los frentes. A veces hay que saber ser infiel a los demás para no ser infiel a uno mismo: ese era uno de sus principios.

Las circunstancias me proporcionaban una ocasión ideal: desde hacía dos años, en otoño pasaba un mes en Quebec para dar unas clases en la Universidad de Montreal y allí, mientras duraba mi estancia, tenía un pequeño apartamento donde podía alojar a una persona sin problemas. El año anterior había ido con Loïc, que hacía producciones para la televisión y trabajaba para

Radio Canadá. Lo más duro sería convencer a Gauvain, insuflarle el valor de mentir a una esposa quejosa y desconfiada; y con razón. Para un marinero, ya tan a menudo ausente de su casa, los permisos, y desde luego la jubilación, no se concibe pasarlos en otro lugar que en el hogar.

Le describí cómo había evolucionado mi manera de pensar tras la muerte de mi madre, y fue al explicárselo cuando me di cuenta de la imperiosa necesidad que sentía de volver a verlo. Puse toda la carne en el asador para reabrir en él la llaga del amor. Lo conocía bastante bien como para saber por dónde clavarle el puñal en ese caparazón y cómo remover la hoja hasta que él también sintiera un deseo irrefrenable de tenerme en sus brazos y de ceder una vez más al vértigo que le hacía perder la noción del bien y del mal.

Que pudiera necesitarlo en aquel duro trance lo perturbaba. Nuestra correspondencia, que habíamos reanudado con un tono de nostalgia, se transformó poco a poco en ternura y pronto se volvió tan ardiente, con una palabra que llevaba a la otra, que nos pareció inhumano plantearnos el porvenir sin concedernos una vez más uno de esos momentos fuera del tiempo que habían dado a nuestras vidas una dimensión que no lográbamos definir, pero que nos parecía esencial.

Escribir de amor es en sí un goce, un arte refinado. Cada letra, cada una de esas pocas llamadas, cada te quiero, me parecía una victoria contra las fuerzas de la vejez y de la muerte.

Llevar a Gauvain a un grado deseado de erección física y sentimental para que creyera que era él quien tomaba la iniciativa de una próxima cita fue para mí un auténtico placer. En cuanto a él, la profundidad de sus sentimientos por mí le hacía las veces de talento. Él, que quería creer en el deber y la nobleza del trabajo, lo encontraba al escribirme las palabras de los poetas. Me llamaba su aliento, su savia, su verdad.

Seis meses después de la muerte de mi madre ya habíamos decidido encontrarnos en Montreal el otoño siguiente, justo antes de que partiera para la campaña de invierno. Ya no podía poner la excusa de tener que ahorrar: ganaba suficiente dinero como para poder pagarse un viaje a Canadá sin que su bolsillo se resintiera demasiado.

Sin confesarlo, empezaba a temer su retorno al mundo de los terrestres, sabiendo que en ese mundo un jubilado del mar no sabe hacer nada y

enseguida se convierte en un anciano. De ese miedo sacó fuerzas para mentir a su mujer, dándole una explicación tan imprevista que Marie-Josée se quedó boquiabierta. Se iba a «dar una vuelta» al gran norte canadiense, un amigo quebequés que se había encontrado en el Cabo lo había invitado a su casa. A menudo, una enormidad cuela mejor que una excusa verosímil laboriosamente montada.

El proyecto se puso en pie. Yo era feliz con François, pero una alegría infantil vino a añadirse desde ese momento a mi felicidad. La vida recuperaba su colorido novelesco y sentí que rejuvenecía veinte años.

Paradójicamente, desde que Gauvain trabajaba en Sudáfrica yo compartía sus emociones cotidianas más que antes. Efectivamente, había adoptado la costumbre de escribirme unas líneas casi a diario, después de fondear para pasar la noche en un rincón de la base donde el mar rompía con algo menos de intensidad. Redactaba el informe de los incidentes del día cada vez que el tiempo, habitualmente malo, se volvía manejable, como decía él, a falta de poder decir bueno. Y cada vez que desembarcaba en el Cabo, me enviaba un paquete de hojas cuadriculadas.

Al cabo de unas semanas ese bloc de notas de Sudáfrica se había convertido en un sorprendente documento que relataba, sin arte pero sin artificios, sus días infernales en ese banco de coral que consideraba simplemente como su lugar de trabajo, algo así como su mina al aire libre. Esa sencillez era lo que le daba valor, esa distancia entre la sobriedad de las palabras, el pudor del tono y la violencia de los elementos: la soledad que se adivinaba dura, el cansancio omnipresente, las tempestades que se añadían a un mal tiempo crónico, las heridas, las escenas de horror también, cuando uno de los hombres tenía que zambullirse en traje de buzo para ir hasta el fondo de los viveros, entre un estruendo de caparazones, para recuperar los animales muertos que habrían podido contaminar al resto. El resultado constituía un texto conmovedor, punzante, que habría podido encontrar un hueco en mi revista de historia o incluso en la colección *Terre des Hommes*. François, a quien yo leía los fragmentos más bellos, se lo había propuesto una de las veces que había vuelto a Francia, pero a él le entraba la risa, negándose a plantearse una idea tan absurda.

Cuando volví a verlo seis meses después, en un aeropuerto, como de costumbre, su aspecto me chocó. Cincuenta años de una vida tan ruda empezaban a hacer mella en él. Lozerech me pareció más amojamado que moreno, más apergaminado que arrugado, más rígido que fuerte. Atrapado en su caparazón de músculos, había empezado a parecerse a una de sus langostas. Le quedaban esos ojos de aguaviva, esa impresión de vigor que desprendía y también una conmovedora seguridad en sí mismo que procedía de su éxito material.

Yo había preparado esa estancia con algo de aprensión, la total despreocupación propia de la juventud no me parecía ya adecuada. Gauvain se había hecho con el tiempo una imagen sublimada de mí y me parecía vital estar a la altura. ¡Podía privarme de un amor, pero no perderlo! Y pasados los cuarenta y cinco todo deja huella. Un mes de clases y conferencias en Canadá me habían dejado machacada, sobre todo porque ese pueblo de leñadores sabe cómo talarte para luego extraerte toda la savia. Los estudiantes canadienses tienen un ansia mucho mayor de aprender y de entablar una discusión que los franceses, son menos deferentes, más familiares y también más exigentes, como los americanos. Hay que esforzarse muchísimo para gustarles y que les compense traerlo a uno de tan lejos. La vieja Europa ya no es lo bastante prestigiosa como para venderse sin esfuerzo. Con mi faceta de organizadora de galas de la que François se había burlado siempre, quise organizarlo todo como una atleta que se prepara para los Juegos Olímpicos.

Regla número uno: ¡evitar tener la regla durante las competiciones! Así pues, tomaría la píldora durante seis semanas sin interrupción. Gracias, Pincus.

Regla número dos: cuidar la primera aparición, pues condiciona todo lo que viene después. Sobre todo porque el estado de los órganos nobles no era demasiado bueno. Una bronquitis atrapada en ese rudo país, donde el invierno empieza ya en otoño antes de invadir la primavera, me había vuelto prematuramente quincuagenaria. Quise compensarlo con un bonito pelo rizado, bien ondulado, como le gustaba a Gauvain, que no tenía la misma noción de la elegancia que las redactoras de *Harper's Bazaar*. Pero mi cabello, electrificado por el aire demasiado seco y la calefacción excesiva de ese país, soportó mal el electrochoque practicado por el artista capilar quebequés. Las

peluquerías canadienses, como las americanas, de hecho, se parecen más a una lavandería autoservicio (lavado, centrifugado y secado en dieciocho minutos) que a esos refugios voluptuosos que son los institutos de belleza franceses. Los lavacabezas tienen forma de guillotina invertida y te sierran la nuca, te estrangulan con un collarín de plástico rígido alrededor del cuello en lugar de una esponjosa toalla y las que te lavan la cabeza parecen mozos de cuadra cepillando a una mula antes de pasarte a manos de algún artista inspirado... pero no por tu cabeza, sobre todo si has cumplido ya los cuarenta.

Mi moza de cuadra, que más parecía una lanzadora de disco de Alemania del Este, me anunció sin miramientos, mientras me arrancaba unos puñados suplementarios, que nunca había visto pelo que se cayera como el mío.

—Estamos en otoño —amagué yo—, y el cansancio...

—Ni por esas —cortó ella—, esta desbandada no es normal, se lo digo yo.

La palabra «desbandada» hizo que me imaginara una alopecia galopante que acabaría con mi carrera de amante, pues bien es sabido que las pelucas no aguantan un buen polvo, como le gustaba decir a la mojigata. En consecuencia, acepté sumisa la aplicación de un ungüento mexicano que olía a desinfectante para váter y que, como descubriría después, me dejó el pelo apagado y lacio a pesar del *brushing* de Mario (o Emilio, no lo tengo claro).

Aunque apremiada por el tiempo (el avión de Gauvain aterrizaba dos horas más tarde), no me atreví a rehusar un gofrado y un cardado de los que no se veían en Francia desde hacía años, seguidos de un rociado de laca con olor a ambientador de taxi, operaciones todas ellas necesarias según ellos para darme un poco de volumen. Miradas de desconsuelo de Mario (o Emilio) a las zonas necesitadas. Para hacerme valer intenté explicarles que yo a los veinte años tenía un pelo de tahitiana que me llegaba a la cintura, pero les daba igual y de todas formas no se lo creyeron. Me he dado cuenta a menudo de que los demás no pueden creerse que un día fuiste joven. Nada. A veces hacen como que se lo creen, pero por educación.

Salí huyendo del templo capilar con muchísimo retraso, pero provista de una magnífica cabeza de muñeca de cuarenta y siete años. Por suerte, Gauvain solo vería la muñeca, no los cuarenta y siete años. Hasta puede que su vista

haya empeorado. ¡Y además las muñecas no surfean las olas allá por los treinta grados de latitud sur!

En el taxi me entra la risa solo de pensar que en menos de una hora voy a ver a mi cormorán subiendo a la superficie y abriendo las alas frente a la mujer más hermosa del mundo. Esperar a un amante es mucho mejor para el cutis que acoger a un marido, y a cada giro de rueda me siento más guapa. ¡Vaya! Dos horas de retraso del vuelo París-Montreal dejan mi precaria belleza reducida a la nada. En los espejos despiadados del aeropuerto veo a una mujer rizada como un bichón, con ojeras y la tez ajada; ni rastro del bonito placer que corría hace un rato por mis venas y mi piel.

Pero la aparición, por fin, de Lozerech, con ese aspecto que tiene de pesar más que los demás sobre la tierra y, al mismo tiempo, ese aire incurable de exiliado que tienen todos los marineros que han hecho del mar su patria, me vacía de todo lo que no es una infinita ternura. Su mirada angustiada me busca entre el gentío y me abalanzo sobre él con tanta pasión que, de entrada, me abro el labio con su puñetero diente roto. La mojigata, que ha insistido en acompañarme a Mirabel, se mea de risa. *¡Eso, vieja, es un herpes seguro antes de cuarenta y ocho horas!* ¡Me llama «miga vieja» desde que cumplí los cuarenta y cinco! Pero ya no me preocupo por los años ni por los espejos: ahora voy a verme en los ojos de Gauvain. ¿Mi edad? ¡Qué importa la edad puesto que tengo la de ser amada!

Nos contemplamos con emoción como si esta vez hubiéramos temido realmente que no volveríamos a vernos. Haber estado a punto de renunciar el uno al otro y volver a verse, una vez más, a costa de acrobacias peligrosas para él y de maniobras complejas para mí, donde el menor paso en falso podía echar todo por la borda, nos hace estar felices como dos críos. La vida ha vuelto a ganar. Nos cogemos de la mano, como los americanos, mientras esperamos las maletas de Gauvain y no paramos de besarnos en el taxi que nos lleva a casa. Es la primera vez que tenemos una casa, con una cocina, un frigorífico lleno de provisiones, un televisor, una cadena de música, una cama que tendre mos que hacernos nosotros mismos pero que desha cemos nada más llegar para comprobar que la atracción que nuestros sexos ejercían mutuamente en otro tiempo sigue ahí.

¡Ay, cuántas veces he soñado con esa primera caricia de mi granuja! Sí, todo sigue en su sitio, el poder y la fragilidad, indisociables.

—¿Así que seguías acordándote de mí, mi cormorán, lo bastante como para venir de tan lejos?

—Querrás decir que me acordaba demasiado de ti como para no venir.

Tenemos la pueril y profunda convicción de que estamos donde tenemos que estar. Acaricio el vello que cubre sus antebrazos, donde aparecen algunos hilos blancos. Ha posado su mano en mi pubis, como un pro pietario.

—Tengo la impresión de que nunca nos curaremos de esta enfermedad. ¡Ya no tengo ninguna esperanza!

—Es la prueba de que no se trata de ninguna enfermedad. Es la vida, al contrario, tú me lo has dicho un montón de veces. No me gusta que hables de ello como si fuera una enfermedad.

—Digo eso porque es como un acceso de fiebre, y entre dos accesos, uno se cree que la fiebre jamás volverá.

—Habla por ti. Yo sé que estoy jodido. Jodido y contento —y suelta una carcajada de las tuyas.

Una vez hechas las comprobaciones, podemos entrar en la segunda secuencia: el retorno del marinero. Gauvain deshace la maleta y se instala mientras yo me deleito haciendo gestos aburridos y fáciles, pero cuyo significado es, esa noche: «hazme el amor» y «gracias por quererme». Pongo la mesa, le traigo un whisky (le ha cogido el gusto en el Cabo), luego le sirvo la cena que he preparado para él por la mañana. Juego a la esposa atenta que acoge a su viajero y al mismo tiempo a la golfa y de paso a la guarra. Es el ABC del arte, pero a Gauvain no le hace falta más para pensar que esta noche está cenando con la reina de Saba. Saboreo cada una de sus miradas. Sé que nunca seré para nadie esa bomba sexual que él ve en mí.

En los postres, se levanta y deposita ceremoniosamente ante mí un estuche de cuero rojo. Si Gauvain me regala una joya, una de verdad, es que la situación es grave.

—¿Qué querías que te comparara en Sudáfrica que no fuera oro... aparte de un diamante? —dice con una sonrisa encantada y confusa, mientras descubro una larguísima cadena de oro de eslabones gruesos y regulares como los de un ancla. Me gusta—. Habría preferido regalarte una joya en vez de una

simple cadena, pero como nunca he entendido tus gustos, tenía miedo a equivocarme. Y solo de pensar en volver a ver esa cara que pones cada vez que te regalo algo que se ve que estás deseando tirar a la basura...

—¡Oh! ¿Tanto se me nota?

—¿Qué te crees? Tienes una boca que sonrío, si a eso se le puede llamar una sonrisa, y una mirada de desprecio... que le entran a uno ganas de que se lo trague la tierra. Se siente uno insignificante, una mierda, y lo peor, sin saber por qué. ¡El bolso de cuero de la última vez, por ejemplo, no debió de gustarte mucho, porque no lo he vuelto a ver!

Por toda respuesta me echo a reír, guardándome de contestarle que se lo he regalado a mi portera española porque el forro de rayón color naranja me daba náuseas y el cierre dorado con brillantitos me producía urticaria.

—No sé cómo puedes seguir queriéndome, con mis gustos complicados, mis manías de intelectual y mi esnobismo. ¡Menos mal que soy una obsesa sexual!

—¡Ven a demostrármelo, no me acuerdo de nada! Y ponte la cadena, *karedig*, que la vea sobre tu piel desnuda. El año que viene te regalaré el ancla para que no puedas escaparte más.

Había olvidado lo que puede ser la primera noche con un pirata que no ha visto a una mujer desde hace meses, y, sin embargo, la vida nos ha hecho ese curioso regalo: ¡conocer más primeras noches que décimas! En el fondo, si pude abandonarlo con veinte años fue porque creía que podría encontrar a otros amantes de su envergadura. Ahora sé que son demasiado escasos como para encontrar dos en el transcurso de una misma vida.

Necesitamos toda la noche para liberarnos de nuestro deseo. Cada palabra pronunciada, cada gesto esbozado es ya preorgásmico, como diría Ellen. En términos seudopoéticos, todo alimenta nuestra llama, le tiendo mis pulposos labios y él me estrecha febrilmente, tal como escriben los novelistas que temen hablar de lo que sucede por debajo de la cintura, queriendo ignorar que el sexo está ligado inextricablemente al cerebro.

Pero este libro no se detiene a mitad de cuerpo. Necesito, pues, confesar que el verdadero atizador de nuestra llama... sí, por supuesto, es el amor. De acuerdo, pero ¿qué interés tiene escribir: «Me hizo el amor»? En realidad lo que me arrebató exactamente esta noche es el pulgar de Gauvain dentro de mi

túnel mientras el dedo medio atormenta el *botón de mi vestido de cola* y su otra mano roza mis *antecorazones*, y la *punta de su anzueto*, su *aguijón*, su *espada*, se endurece y, con cada caricia de mis manos y mis labios, honra esas fórmulas poéticas de la Edad Media, empleadas adrede para no alertar a la mojigata, a quien la vejez estaba volviendo odiosa.

¿Tengo que sentir no poder describir nada más moderno, más liberado, más audaz? ¿Debo deplorar que nos hayamos limitado a esas maniobras ciertamente más bien primitivas? Sé, no obstante, que lo mínimo que debe hacer un autor erótico digno de ese adjetivo es mostrar a su héroe observando cómo defeca su *partenaire*, y solo corriéndose, como suelen decir con mucho encanto, si ella lleva puesto el ligüero negro o si él le ha orinado a ella en la cara. Esas prácticas pueriles y deshonestas reservan, eso dicen, goces señoriales. Pues bien, solo habremos conocido placeres de pobre, pero nos ha bastado para ponernos el alma en los labios. Además, me han reconciliado con mi sexo y liberado de ese maligno pelotón de escritores que durante mucho tiempo me creí obligada a respetar, siguiendo las huellas de Sydney y sus amigos. Gauvain, que no los ha leído nunca, es quien me ha vuelto indiferente a su discurso de odio y desprecio. ¡Me has liberado hasta de Freud, tú que casi ni conoces su nombre!

En esas interminables lides, ni vencedor ni vencida. No sé quién lleva la voz cantante e intento no ser yo siempre la que reclame, pero al primer roce me acelero tanto que nos acusamos mutuamente de haber empezado.

—¡Te hacías el dormido, pero estabas empalmado a mis espaldas, lo he notado perfectamente, asqueroso!

—¡Serás tramposa! ¡Eres tú la que te has puesto a menear las nalgas justo cuando ya estaba a punto de dormirme!

Finalmente, justo antes del amanecer, hacemos las paces y yo doy gracias en silencio, con su parajito aún repleto en mi mano apretada. Gauvain se ha dormido en medio de una frase, como de costumbre, y el dulce pajarito se ha desmayado. Al despertarme, mi mano no empuña más que una patata frita reblandecida olvidada en el fondo de un cuenco.

Al día siguiente, bajo la cruda luz del preinvierno canadiense, los sortilegios también parecen patatas fritas viejas. Gauvain tiene jaqueca, es el cambio horario. Yo también, debe de ser el vodka. *Tonterías, dice la*

mojigata, es el encanto de los cincuenta. Mirad vuestro botiquín, ahí, encima de la estantería, es un signo que no falla. El amor con Algesal, las rodilleras, los estrógenos y los laxantes, sin olvidar los calambres en el gemelo en el momento de concluir, eso es la vejez, ya verás. Cierra el pico, vieja bruja. ¿Y te has dado cuenta de que ahora dice ¡ay! cada vez que se levanta de un sillón un poco profundo? Y te señalo que bosteza a menudo, debe de tener acidez. Además, toma Gelusil. No deberías animarlo a beber. ¿Y te has fijado en la piel del cuello? ¡Le cuelga! ¡Tu puta madre! Justamente. Mírate los brazos, también acusan la edad. No es mi edad, es la de ellos. A propósito de edad, tu libido se ha vuelto repugnante últimamente, querida, me pregunto si todas esas hormonas que os recetan... Mi hormona se llama TE QUIERO. Es que alguien me diga que soy adorable. Y con tal convicción que acabo creyéndomelo, qué quieres. Ja, ja, bueno, si es tan tonto como para encontrarte adorable, aprovecha, porque no encontrarás a otro. No busco. Siempre se busca, querida. Un último detalle, si me permites, prosigue ella, implacable, ha perdido un premolar y esta vez no ha sido en combate como el otro. Un diente que falta puede quedar de corsario, pero dos, queda de abuelo desdentado. Tú no quieres ver nada, pero yo me fijo en todo.

A fuerza de vivir lejos, es verdad que uno se deja llevar por los sueños. Se acaba por querer a alguien que no existe del todo, que el propio deseo esboza. La escritura es traidora. El amor por correspondencia es engañoso. En una carta se omiten las pequeñas desgracias corporales que pueden minar los más nobles sentimientos. No se eructa nunca en una carta. No se oye el crujido de las articulaciones. Mientras que un hombre, más aún si vive en una comunidad de hombres, no piensa en esconder las esclavitudes de la edad.

Pero, curiosamente, esos síntomas solo me inspiran compasión. Siento un auge de ternura cuando su rostro convulsionado por el deseo se inclina sobre mí con los rasgos abatidos, la lengua fuera, reluciente en la penumbra de su boca abierta.

Parece una lengua de tortuga agonizante, subraya la mojigata. La pasión desfigura, ya se sabe, digo yo. A los jóvenes no, contesta ella. Y de aquí a cinco o seis años, tendrás que plantearte si sigues siendo capaz de colocarte tú encima para hacer el amor. Las carnes cuelgan. O hacerlo a

oscuras. Cuando uno envejece ya no puede permitirse hacer el amor a pleno día, o circular desnudo por una habitación. De hecho, mira cómo anda: se levanta confiado, ¡pobre tonto! Ni se da cuenta de que le falta relleno en las nalgas... Aún está bueno, de acuerdo, pero es un viejo incipiente ya.

Puede ser, pero sus músculos siguen marcados en sus muslos intactos, que surgen de su tronco como las dos ramas principales de un árbol. Y me gusta la plenitud de sus hombros que no han doblado los años y su espalda llena de pecas infantiles y que rehúsa, como su carácter, encorvarse. Y me gusta cuando cierra los párpados a medias hasta dejar ver solo la ranura sonriente de sus ojos, gotas de mar, o bien meterme dentro de mí misma cuando él me ha penetrado y escuchar cómo desfilan unas sensaciones que no han envejecido nada.

Y me da igual que ya no tenga esas nalgas de torero, doña mojigata, pájaro de mal agüero, porque los toreros seguramente no tienen su polla, una polla encantadora, ya sea de marfil o de miga de pan, una polla hinchable y a prueba de pinchazos y beis e insolente y siempre lista para brincar y redonda como el mango de un pico, bien lisa a fuerza de usarse y nunca arrugada, ni siquiera cuando agoniza. Y los toreros no tienen forzosamente los cojones bien arrugados, siempre frescos y pegados a las ingles.

A los veinte años, pensaba en serio que no estaba hecha para un tamaño así. Ni para ese ritmo. Emergía de mis días con Gauvain con la zona en carne viva y las piernas arqueadas como un jinete. Me bastaba el delicado pajarito de las nieves de Jean-Christophe o la ágil culebra de Sydney y sus rendimientos moderados. Pues de eso nada, señora, lo acepto, lo asumo, una vez superado el shock. Y desde entonces nunca me han faltado las impresiones fuertes. Mientras no se ha experimentado un número suficiente de seres humanos, hombres o mujeres, no puede saberse hasta dónde puede llegarse en el amor. Llevamos dentro de nosotras a mujeres desconocidas, la mayoría de las cuales nunca se despertarán.

La ventaja de amar a un cormorán es que no hay que preocuparse por las costumbres. Lozerech no conoce el sentido del ridículo, o en todo caso no el mismo que yo. Tiene el sentido de su dignidad, que es diferente. La amiga que me presta el apartamento me ha dejado su vieja colección de discos de jazz y de canciones antiguas, y cuando cenamos solos en casa no me resisto al placer

de coger a mi capitán para bailar *cheek to cheek* todos los *sentimental journeys* de mi juventud. Me convierto en su *Paper Doll*, su *Georgia on his mind*, él es *Under my skin* y acunamos nuestras nostalgias (*como dos viejos estúpidos, dice la mojigata*) como dos jóvenes estúpidos, o digamos como dos estúpidos, simplemente, que tienen el don de volverse estúpidos indefinidamente cuando están juntos. A intervalos regulares, acerca los labios a mi boca y se entretiene voluptuosamente como si nunca la hubiera visto.

—No es normal que te guste tanto besar, Lozerech. ¡Estoy segura de que tu madre te dejó el chupete por lo menos hasta los siete años!

—No es que me guste, pero ¡es el mejor medio para llevarte a mi terreno!

Nos reímos tontamente... Lo abrazo con más fuerza. Prefiero no pensar en nuestra imagen. ¿Y si Loïc o Frédérique estuvieran viéndome desde el otro lado de la ventana? El único que no me juzgaría sería mi querido François. Pero ¿por qué pensar en mi imagen? Me he dado un respiro con mi imagen y he puesto toda la carne en el asador: la chimenea con la madera que crepita, las velas en la mesa que uso cada vez más por razones que Gauvain ignora, luego el amor delante del fuego encendido, sobre la gran piel de reno. Pues sí, me permito todo la que ya no se atreve a hacer nadie a nuestra edad, lo que nunca me he atrevido a hacer en mi entorno de hastiados.

Aún tengo que dar una conferencia en el Departamento de *Women Studies* de la universidad sobre «El lugar congruente de las mujeres en la historia y en el arte». He intentado varias maniobras para disuadir a Gauvain de que venga a escucharme, porque su presencia va a paralizarme. Pero por mucho que le haya prohibido las primeras filas, lo distingo enseguida, con los codos sobre las rodillas para comprender mejor, con aires de alumno aventajado de una clase en la región del Morbihan. Nada que ver con la relajación de los profesores o la negligencia afectada de las estudiantes que componen el ochenta por ciento de mi auditorio.

Vigilo el vocabulario sin querer: ¡deslumbrarlo pero sin exagerar! Que le llegue cierta noción de la injusticia sufrida por las mujeres a esa zona en barbecho donde duermen sus ideas generales, pero sin alertarlo sobre la guerra de los géneros. Los argumentos que él podría blandir me dan asco solo de pensar en ellos. Dicho sin mala fe, está en el estadio de cromañón del razonamiento. «Nunca ha habido mujeres entre los grandes pintores, los

grandes músicos o los sabios. Será por algo, ¿no?» ¡Y los cromañones te miran como si te hubieran asestado un garrotazo! Sin valor para combatir semejante abismo de estupidez, prefiero mantener a Gauvain alejado de esos problemas. Todo lo que espero es turbar ligeramente su mente, aunque sea de manera pasajera.

Me lo encuentro a la salida, emocionado, no por las ideas, que han pasado a demasiada velocidad, sino por los aplausos que han interrumpido en varias ocasiones mi conferencia, por la aprobación visible del público frente a mis argumentos, y también por las risas. Por mi éxito, en una palabra. Solo ante el que te ama de verdad puedes manifestar tu superioridad sin herir su amor propio ni provocar su rencor.

Una vez liquidada la frugal colación de rigor en estas universidades, nos escapamos, tras declinar todas las invitaciones, para cenar los dos solos, porque he decidido invitar esta noche a Gauvain a uno de los restaurantes más conocidos de Montreal.

Cuando dos personas se quieren, todo parece coincidencia o guiño: una canción de Félix Leclerc nos recibe a nuestra llegada al restaurante, una canción muy antigua que Gauvain cantaba en otra época. Ambos tienen la misma voz profunda que suena a cobre y hace que cualquier letra resulte conmovedora.

—Voy a sucumbir a tus encantos, como en la boda de tu hermana, ¿te acuerdas?

Gauvain sonrío satisfecho. Su voz es su única coquetería y le gusta explotarla. A nuestro alrededor, el aire es denso, repleto de perfumes exquisitos en un maridaje perfecto de olor a langosta, estragón, mizcalo, una pizca de ajo y los vapores del coñac flambeado, típico de los restaurantes de calidad. De esos con los que se sueña, en esas tardes solitarias de invierno ante un plato de pasta fría... se sueña con su cocina, con degustar unos hortelanos frente al ser amado con el que casi seguro se hará el amor después, guardando aún en la boca ese sabor a frambuesa...

Mientras leemos la carta, comiéndonosla ya con los ojos, pienso de repente en Marie-Josée, en la injusticia que hace que no haya probado nunca el caviar ante un vaso de akvavit, ese alcohol escandinavo almibarado, bajo la mirada indescriptible de un hombre enamorado. En Marie-Josée, que nunca ha

sido una bomba sexual para nadie. En este hombre, también, que es el suyo, pero que solo se enciende conmigo, y al que he excluido de mi vida. ¿Ha tenido tiempo ella, desde que se casaron, de recordar que era guapo? ¿O se ha resignado a formar parte del humilde rebaño de sirvientas conyugales, de esas que masajean los pies a sus esposos, que irán a enseñarlos a otras; que les aplican champús anticaída en el cuero cabelludo para que vayan a posar sus melenas en otras almohadas; que les cocinan filetes de medio kilo para que cojan fuerzas para ir a echar cinco polvos seguidos a su amante...?

¿Le ha hecho alguna vez el amor cinco veces seguidas a ella? Pero, a fin de cuentas, qué sé yo. Las alcobas encierran más secretos que los que nos permiten imaginar nuestros celos.

No hago ese tipo de preguntas a Lozerech. Solo evocamos a Marie-Josée para decir lo indispensable y le parecería de mal gusto revelarme lo que sigue representando ella para él. Cuando estamos juntos, preferimos olvidar nuestras vidas y convertirnos en dos personajes que poco tienen que ver con lo que mostramos a nuestros allegados.

Por ejemplo, no me gustaría que François se encontrara con mis amigos quebequeses que solo conocen de mí a la joven enamorada de Gauvain, la que lo coge de la mano por la calle, la que le ríe las gracias cuando no dice nada inteligente, la que se ríe simplemente porque se siente viva y porque juega a ser otra. Incluso mi sueño es distinto junto a él.

Con la edad, se tiene la tendencia a ahogar los personajes antiguos bajo la personalidad que se cree auténtica. Pero de hecho todos siguen ahí, a la espera de un gesto, de una ocasión, para salir a la luz en toda su insolente frescura.

En Montreal llevamos una vida casi conyugal, porque por fin he podido presentar a Gauvain a mis amigos. Él encuentra su sitio sin problema en esa sociedad quebequesa donde la gente es como él, cercana al terruño, y sigue hablando aún un lenguaje que él comprende instintivamente, incluso si sustituyen los tacos bretones «puta» y «rediós» por «joder» o «la hostia». Escuchar que todo el mundo habla con un acento aún más marcado le hace sentirse a gusto. Ya no somos dos amantes que se esconden, sino una pareja como cualquier otra, que va al teatro, a un concierto, y que invita a cenar a los amigos. Se ha metido tanto en la piel de un marido que hasta en el cine, adonde

hemos ido juntos por primera vez en la vida, se ha comportado como dueño de mi cuerpo.

Historia banal: apenas se apagan las luces, mi vecino de la derecha, que está acompañado por su mujer de cabellos grises, me ataca el flanco, luego el muslo, con una mano cada vez más precisa. Una tarda siempre en admitir que se trata realmente de alguien que te está sobando, pero una presión insistente despeja enseguida toda duda. Coloco la pierna derecha sobre la izquierda.

Cinco minutos más tarde, reptando para no captar la atención de su esposa, el hombre ataca de nuevo. Reúno mis miembros en el último espacio disponible, pensando, como cada vez que me ha ocurrido algo semejante, en qué insultos inolvidables le voy a dedicar... insultos que nunca encuentro. Me convengo de que mi silencio solo tiene como fin ahorrar la vergüenza a la mujer, que debe de estar ciega, sentada a su lado, y solo cuando ya me veo reducida a las dimensiones de una babosa es cuando me permito reaccionar. Cojo mi bolso del suelo y lo coloco bruscamente entre las dos butacas, sobre su brazo, que retira enseguida. No se mueve más. Gauvain tampoco ha visto nada, su mirada está fija en la pantalla, se concentra en el cine como en todo.

En cuanto se encienden las luces tras un Woody Allen que no he disfrutado, el hombre se levanta a toda prisa y empuja a su mujer hacia la salida. Lo miro de reojo: ¡es un mierda! Sin color, sin edad, ni siquiera tiene pinta de viejo verde. Le digo a Gauvain al oído: «Mira a ese tío, delante de nosotros, te cuento cuando estemos fuera».

Instintivamente yo desconfiaba de sus reacciones, pero las subestimaba. La ira lo sonroja cuando le cuento el episodio banal. Por suerte, el tipo asqueroso ha desaparecido, «porque lo habría machacado... No le habrían entrado ganas de volver a hacerlo, te lo juro... Viejo verde... Cerdo de mierda... *Kol bouët...*» Lo llama de todo, en bretón y en francés.

No se puede creer que yo no haya implorado inmediatamente su protección, de la misma forma que yo no me puedo creer que se estime dueño de mi honor. No consigo hacerle entender que no lo injurian a él cuando me tocan, y que si me hubiera quejado a él eso habría supuesto reconocer mi condición de objeto entre dos rivales. Me escucha, pero su ira ensombrece su mirada y le impide seguir el menor razonamiento. Me siento como una yegua en una película de vaqueros a la que un ladrón de caballos ha intentado atrapar

con el lazo. Mi pobre vaquero está convencido de haberme ofrecido una verdadera prueba de amor y en realidad nos contemplamos desde los extremos opuestos de un abismo.

Acabo por echarle un cable fingiendo que me enternecen sus celos. Pero una incompreensión esencial nos angustia a ambos. Vuelve a casa humillado, y yo agobiada.

Han de pasar mucho tiempo y muchos hombres antes de saber lo que conviene a lo más oscuro de tu ser. Y se descubre entonces que lo que te conviene no es lo viable.

De hecho, en Montreal tengo la ocasión de descubrir a Lozerech al natural, con sus costumbres cotidianas. Un hombre que pone una hogaza en el pecho para cortarla; que repite cada mañana cuando vengo con el diario: «No entiendo por qué corres a comprar los periódicos», y que añade, además, creyendo hacer un chiste: «Dentro de dos días esas buenas nuevas serán buenas viejas». Una vez de cada dos, me anuncia para que me entere que la tierra no va a dejar de dar vueltas sin mí. Un hombre que está a favor de la pena de muerte y contra las cárceles de lujo («¡Mejor harían en ocuparse de los viejos!»). Que cree que la música son *Les moines de SaintBernardin* o *Gentille Alouette* cantada a coro en una cava quebequesa decorada con un rastrillo cargado de paja colgado de la pared. Un hombre que se sorprende de que yo conozca *Sombreros et mantilles* o *Prosper, Yop la Boum* de Maurice Chevalier, que exhumamos de la caja de viejos vinilos de mi amiga. ¡Pobre tipo! No porque conozca a Aristóteles tengo que ignorar quién es Rina Ketty. Un hombre, finalmente, al que pregunto sobre Sudáfrica, las minas de diamantes o el *apartheid* y no se ha dado cuenta de nada y no sabe qué contestar, porque los marineros tienen esa capacidad de viajar toda su vida sin enterarse de nada acerca de los países donde hacen escala. Solo ven las dársenas, y esas son iguales en Singapur y en Bilbao.

No consigo ocultar mi enfado frente a sus lagunas ni mi desacuerdo con sus ideas políticas. Entonces se niega a hablar, se encierra en sí mismo y su mirada se vuelve torva, hasta el punto de que a veces me sorprende que siga queriéndome. Solo un encantamiento o un maleficio lo retiene prisionero. Es verdad que de vez en cuando me esfuerzo de manera infame en hacer que la cosa dure.

En resumidas cuentas, tu ideal sería folla y cierra la boca, resume la mojigata, que esta vez ha decidido envenenarme el goce. Cállate, ¿quieres? La verdad siempre escuece, querida. Pero tú, con tal de que te pasen por la piedra...

A esta vieja le voy a partir la cara, voy a machacarla, a patearla... Porque si hay algo que no tolero es que «me pasen por la piedra». Me la pueden meter, me pueden joder, me pueden penetrar, incluso decirme que me den, pero no «pasarme por la piedra». Hay expresiones así, que no son las peores ni las más insultantes, pero que la sacan a una de quicio.

Mala bestia, figúrate que me entran ganas de partirte la cara. Ella se echa a reír, incrédula. Sabe que nunca he conseguido soportarla. Pero esa noche, frente a la mirada abrumada de Gauvain a medida que se acerca la hora de nuestra separación, me avergüenzo de albergar esa presencia maligna y de haber aguantado sus rollos tanto tiempo. Ha llegado la hora de poner fin a sus funciones. En un rato, en el momento álgido del amor, inmolaré a mi mojigata en tu honor, mi cormorán.

Por el momento, enlazados en un sofá delante de las llamas cómplices, escuchamos hasta quedarnos en carne viva la voz desértica de Leonard Cohen, que concuerda con nuestro humor. *Karedig...* ¿si estuviéramos casados?... ¿Y si tú volvieras cada noche, mi cormorán?... ¿Y si nos despertáramos juntos todos los días?... El cariño me lleva a decir cosas que no pienso, o no del todo, o justo un momento. Pero nos sientan bien y ¿qué hacer, más que soñar para evitar todo lo que podría parecerse a una promesa de futuro? El futuro, por suerte, no está a la vuelta de la esquina. Hemos aprendido a vivir sin él. Nos conformamos con saber que el próximo otoño Gauvain volverá a Montreal.

No nos apetece bailar esa noche, ni hacer el amor, solo estar juntos sin hacer nada, como si tuviéramos toda la vida por delante. No sé qué poema de Cohen nos partía el corazón esa noche, *Let's be married one more time* o *I cannot follow you, my love*, cuando empezó todo. Solo me acuerdo de que yo estaba de pie delante de la ventana, apoyada en Gauvain, y que mirábamos las primeras nieves del otoño revoloteando en todos los sentidos detrás del cristal. Nuestros rostros se tocaban, pero no se besaban. Y de repente nos encontramos en otra parte. Habíamos despegado. Nuestras pieles ya no nos

delimitaban, nuestros sexos ya no eran macho y hembra, nos sentíamos fuera de nuestro cuerpo, por encima, columpiándonos vagamente, alma con alma, en una duración indistinta.

Escuché a Gauvain que murmuraba con una voz desconocida: «No digas nada...», pero yo no estaba en condiciones de decir nada. ¿Qué habría podido decir? Cada segundo que pasaba era una eternidad.

La música fue lo primero que volvió, muy progresivamente, a nuestros oídos. Luego la habitación reapareció a nuestro alrededor. Percibí de nuevo el brazo de un hombre que me rodeaba, su calor, su olor, y fuimos descendiendo poco a poco hasta nuestros cuerpos diferenciados, que empezaron a respirar. Pero nos sentíamos frágiles aún, los movimientos, las palabras nos daban miedo. Entonces nos tumbamos ahí, sobre la piel de reno, donde nos quedamos profundamente dormidos y estrechamente abrazados. Sabíamos que haría falta por lo menos una noche de silencio y media vuelta de la tierra alrededor del sol para que volviéramos a ser nosotros mismos, uno y otro.

Últimos días... Hemos vivido tantos que yo tampoco los soporto. Nuestra historia me parece hecha de primeros y últimos días, ¡nada de términos medios! Ese aire de acabar de encajar una bala mortal que adopta Gauvain, su incapacidad de empalmarse la última noche, que le hace rabiar, y ese estado febril que se apodera de él cuando se acerca la hora de partir... Doce horas antes ya no está ahí. No lee la revista que tiene entre manos, no escucha el disco que pone en la cadena ni las frases que le digo. Anuncia repetidas veces que ya solo le queda cerrar la maleta y ya está listo; y por fin me avisa de que ya la tiene cerrada, la maleta, y que ya está listo para irse. Ya solo le queda sentarse junto a la puerta hasta el momento inevitable en el que se levantará para verificar que su maleta está bien cerrada, sin olvidar la correa que pasa alrededor, superapretada, como si unas bestias feroces fueran a empeñarse en abrirla.

Al mirarlo detalladamente para fijar mejor en mi memoria su querida cabeza rizada, sus cejas revueltas, sus pestañas de muñeca y esa boca de actor americano, descubro de repente que está cansado. Llevo quince días demasiado cerca de él como para observarlo bien. Su mirada se ha tornado

ojerosa a medida que la mía se hacía más luminosa y que yo sentía correr por mis venas la hormona del placer, la endorfina, como diría la mojigata si pudiera hablar. De hecho, contrariamente a lo que se pretende, es el hombre el que se entrega en el amor. El macho se vacía y se agota mientras que la hembra disfruta. Además, yo vuelvo, colmada, a una vida agradable, para reunirme con un hombre que me espera y para cumplir con una profesión que no me agota, mientras que su único horizonte es la soledad, en esa galera, y las langostas.

Solo cuando hacemos el amor consigo olvido hasta qué punto pertenecemos a dos especies que no tienen nada que ver. Durante mucho tiempo pensé, de joven, que amarse era fusionar. Y no solamente en el breve y banal encuentro de los cuerpos, ni siquiera en un orgasmo místico. Ya no lo pienso. Hoy me parece que amar quiere decir seguir siendo dos, hasta el desgarramiento. Lozerech no es, no será nunca, mi semejante. Pero eso es, quizá, lo que funda nuestra pasión.

11. Ver Montreal y morir

No se envejece cada día un poco, sino a trompicones. Puede suceder que nos quedemos parados mucho tiempo en un mismo nivel, de suerte que nos creemos olvidados, y de repente nos caen diez años encima.

Pero la vejez comporta también una especie de juventud, se toma su tiempo para instalarse. Viene y luego se va con una desenvoltura odiosa. A veces pasa que en un solo día podemos encontrarnos todavía muy bien y luego ya muy mal.

Como en la juventud, las cosas nos acontecen por primera vez: el primer dolor en la rodilla, un día al subir las escaleras... El primer retroceso de la encía sobre ese colmillo hasta entonces impecable... No sabríamos decir qué día sucedió y de repente están ahí, ese círculo amarillento en la parte superior de nuestro diente, esos calambres en una articulación, una mañana, al levantarnos... Debí de esforzarme demasiado ayer al ordenar el trastero, pensamos. Pero no, no hemos hecho más que de costumbre. El territorio del cansancio se amplía y se irá ampliando día a día. Empezamos a ser viejos.

Al principio, le hacemos frente. Ganamos algunas batallas, conseguimos retrasar la invasión a fuerza de maniobras cada vez más complejas y costosas. Aún no ha llegado el momento en el que pasaremos las mismas horas tapando grietas que viviendo.

Yo tengo el privilegio de poder observar sin angustia las primeras señales del mal en mi cuerpo porque alguien lo ama. Me toco el vientre algo flácido y menos musculoso sin demasiado asco porque alguien lo ama. Contemplo con resignación la flacidez creciente de mis brazos porque alguien me ama. Mi rictus, mis patas de gallo que se vuelven más profundas... ¡Anda, qué fastidio!, pero alguien me ama. Ninguna degradación podrá afectarme mientras Gauvain siga deseándome.

Ciertamente, François me quiere, pero sin tranquilizarme sobre mi físico, en el que no ve cambios. Forma parte de esos hombres que nos proponen hacernos una foto la mañana precisa en la que nos hemos levantado con el pie

izquierdo, con mala cara, con el pelo imposible de peinar, la tez especialmente macilenta y la bata vieja como suelen quedarse, las muy putas, en cuanto nosotras pasamos de los treinta años y ellas de los tres meses. Y el «pues yo te veo muy bien, como siempre», desautoriza todos los cumplidos pasados y futuros.

Gauvain no es amable, se siente cautivado por mis encantos... A los cincuenta y cinco años, es igual de apasionado, tengo la oportunidad de asegurarme de ello dos veces al año. En efecto, el Quebec se convirtió durante unos años en nuestra segunda patria. Seguía pasando allí ese maravilloso mes de octubre del que los quebequeses están tan orgullosos a causa de sus arces color púrpura y de ese exceso de colorido flamígero que precede al blanco del invierno. Gauvain se reunía conmigo todo el tiempo que podía cada otoño, y en primavera nos reservábamos también unos días en Francia. En resumidas cuentas, pasábamos juntos los equinoccios, un poco como esas sirenas de los cuentos nórdicos que vuelven a la tierra para amar a un hombre cada año... a la espera del ultimátum de la jubilación, que iba a devolver definitivamente a Larmor, junto a una mujer enferma, a ese hombre, una fuerza de la naturaleza, para reducirlo a una simple bestia de carga.

A François le contaba la verdad solo a medias. Sabía que Lozerech venía a verme de vez en cuando a Montreal, pero prefería no preguntarme cuánto tiempo pasábamos juntos. Por un acuerdo tácito, Gauvain gozaba de una especie de privilegio de anterioridad que se prolongaría con él. En cuanto a nuestro encuentro del mes de marzo, lo hacía coincidir con un reportaje y François fingía creerme. Nuestra relación se veía por momentos entristecida a causa de ello, pero nunca envenenada. La elegancia de corazón y la generosidad de mi compañero en un terreno donde tan pocos cónyuges consiguen ocultar sus sentimientos me llenaba de agradecimiento y estima por él.

Habíamos prolongado nuestra última estancia canadiense con una semana en la ciudad de Quebec para ver la bahía James y asistir a la gran migración de cisnes y ocas, cuando las aves, como ratas, abandonan el navío justo antes de que se hunda bajo la capa de nieve durante seis meses.

Gauvain también empezaba a sumirse en el invierno. Tenía ahora cincuenta y siete años. En sus sienes su cabello blanqueaba y en sus manos las

venas se retorcían como gruesos cabos. Su risa era menos estruendosa, pero su silueta fuerte seguía erigiéndose como una roca de granito, tensada por unos músculos a los que su oficio daba poca tregua, y sus ojos parecían aún más azules e ingenuos, los días buenos.

«No hablemos del futuro —me había pedido al llegar esa vez—, quiero aprovechar cada momento que pasemos juntos.»

¡Y vaya si los aprovechamos! Ese año me había regalado, tras el ancla prometida encargada especialmente en Ciudad del Cabo, un colgante de oro en cuyo interior estaban grabadas nuestras iniciales y una fecha: 1948, seguida de un guion y un espacio vacío.

—Grabarás la otra fecha cuando llegue el momento.

Me entraron ganas de replicarle: ya ha llegado, si no te atreves a decirle nada a Marie-Josée. Acabaremos convertidos en dos jubilados del amor, puesto que tu trabajo ya no te permitirá encontrar excusas. Me dormía cada noche en sus brazos pensando que pronto estaría en Bretaña todo el año, muy cerca de mí, pero inalcanzable, acostado en la cama de Marie-Josée, de la que me sentía celosa por primera vez. Me aprovisionaba de él todo lo que podía, no sin la secreta esperanza de que muy pronto no soportaría haber perdido de un solo golpe su oficio y su amor. Pero había jurado no abordar ese problema antes del último día.

El último día llegó demasiado rápido. Y la maleta, y la correa a su alrededor, que quizá ya no se usaran más, y las verificaciones nerviosas del billete, de la hora del despegue, de la llegada al aeropuerto de Roissy, de la frecuencia de autobuses para el aeropuerto de Orly para no perder la correspondencia para Lorient, pero ¿qué coño me importaba a mí a qué hora iba a reunirse con Marie-Josée para siempre? ¿Pretendía salir de mi vida hablando de horarios?

—¿Tienes una vaga idea de lo que podrás inventar para que sigamos viéndonos, ahora que vas a convertirte en señor y señora Lozerech?

—*Karedig*, sobre eso tengo algo que decirte.

De repente parece un viejo cormorán caído en una trampa y mi corazón deja de latir...

—He ido a ver al doctor hace quince días. Las noticias no son buenas.

—¿Para Marie-Josée?

Me invade un cobarde alivio.

—No, ella está bien. Bueno, como siempre. No, soy yo.

Se me seca la boca repentinamente. Se ha sentado lejos de mí y habla lentamente, como si le costara.

—Acabo de pasar la revisión anual, y me han hecho un electrocardiograma como de costumbre. Pero esta vez algo ha salido mal y el médico me ha mandado al especialista. El doctor Morvan, en Concarneau, ya sabes. Me ha hecho un montón de pruebas y... Parece que tengo una arteria obstruida en uno de los lados y la otra parecida. Así que, ya me conoces, enseguida le dije al doctor: Doctor, quiero saberlo. ¿Qué significa eso? Y él me dijo: Es serio, tendremos que emplearnos a fondo. Voy a ingresarlo en el hospital hoy mismo para hacer análisis más completos, una coronario...grafía, o algo así, y entonces veremos el tratamiento apropiado.

—Pero ¿cuándo ha sucedido todo esto? ¿Nunca te habían dicho nada?

—Fue... veamos... más o menos una semana antes de venir aquí. Así que como puedes imaginarte, ni hablar de que me hospitalizaran. Al doctor Morvan le hablé francamente: Doctor, es imposible, le dije, no puedo ingresar hoy en el hospital. ¿Mañana, entonces? dijo. Mañana tampoco. ¿Cómo que mañana tampoco? Le repito que corre un serio peligro. Puede ser, respondí, pero tengo una cita igual de seria. En tal caso, contestó en un tono raro, se lo advierto: no me hago responsable de su marcha. En ese momento me enfadé y le solté que por muy médico que fuera, mis responsabilidades eran cosa mía, por lo menos hasta nueva orden. Tengo esa costumbre. Hasta que no sea un número en su maldito hospital, mi vida me pertenece, le repliqué. El doctor estaba boquiabierto. No le hacía ninguna gracia que yo tuviera mi propia opinión. Le he prevenido, dijo, corre un gran riesgo. ¿Y qué?, contesté. Siempre he corrido riesgos en la vida. No notaré el cambio. Y además tengo un buen seguro: no dejaré a mi familia tirada.

¿Gauvain gravemente enfermo? Mi primera reacción es creer que se trata de un error. Nunca en mi vida he contemplado esa hipótesis. Que se ahogara, sí, pero enfermar... Lucho contra esa información inaceptable. Un hombre tan fuerte, me digo una y otra vez.

—Pero bueno, ¡es increíble! ¿No tenías ningún síntoma? ¿Notabas algún malestar, algo?

—Yo nunca me he hecho mucho caso, ya lo sabes. No es algo que solamos hacer. Pero ahora que lo pienso, sí, a veces. Cuando me agachaba notaba vértigos, zumbidos en los oídos, pero lo achacaba al cansancio. A mi edad, y con el oficio que sigo desempeñando, me parecía normal. Mis compañeros ya llevan años jubilados, después de todo.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada al llegar? Habríamos tenido más cuidado, habríamos...

—¡Precisamente! No he venido aquí para tener cuidado. Para eso me va a sobrar tiempo ahora... No quería estropear estos días con semejante estupidez. Por lo menos habremos vivido como queríamos hasta el último día y además, como ves, no me he muerto. De hecho, lo siento. A veces, me digo que morir así, contigo... no sería la peor forma de dejar este mundo.

—¡Cuando pienso que tenías eso en la cabeza todo el tiempo, esa amenaza, y que no decías nada...!

—Claro que no, no tenía eso en la cabeza. Eras tú la única que ocupaba mi cabeza, como de costumbre. Y, además, ¿sabes una cosa?, he visto la muerte cara a cara muchas veces...

A medida que penetra la noticia, se me saltan las lágrimas, a pesar de que intento evitarlo.

—¡Ay!, te lo ruego, George, no llores. Puede que no haya ningún motivo. Los médicos se equivocan a menudo, ya lo sabes. Y yo me siento igual que siempre. A que no has notado ninguna diferencia, ¿eh?

Su mirada se ilumina con esa luz valiente que me gusta tanto y entonces me lanzo para estrecharlo entre mis brazos. Tocarle, cogerlo... eso es precisamente lo que no podré volver a hacer. Cuando esté enfermo todavía me pertenecerá menos que si estuviera en el mar. Me echo a llorar contra ese corazón tan querido.

—*Karedig*, vas a conseguir que me arrepienta de habértelo dicho. Al principio no pensaba contártelo. Nada de nada. Quería escribirte después de los análisis que tienen que hacerme, en el caso de que decidieran operarme. Lo llaman baipás. Te abren, te cambian un tubo y después te quedas como nuevo.

—¡Y te habrías atrevido a no decirme nada! ¿Te das cuenta? ¡Tú, en el hospital y yo en la inopia! No te lo habría perdonado jamás...

—Por eso precisamente me parecía más honrado decírtelo. Eres también un poco mi mujer, después de todo. Pero no te preocupes... El médico de la Marina nunca me había dicho nada en las visitas anteriores. No sería la primera vez que esos idiotas se equivocan. Y además aún no he dicho mi última palabra. ¡Menuda pieza soy yo! ...

Es una de nuestras bromas rituales, *era* una de nuestras bromas cuando el primer día le costaba abrirse paso en mí.

—¡Figúrate que ni siquiera quería dejarme coger el avión! Al menos vaya en tren, repetía el doctor Morvan. ¡Ya me gustaría, pero va a ser complicado, le dije, porque me voy a las Américas!

—Y si le hubieras precisado lo que ibas a hacer en esas Américas, te habría tratado de loco... y a mí de criminal.

—No es mi vida lo que cuenta para mí, es mi vida contigo. Ya lo sabes. Sin ti, me da igual lo que pueda suceder.

Me estrecha muy fuerte entre sus brazos, como para protegerme de la verdad.

—De pie, carajo libre, orgulloso concarnense... ¿te acuerdas?

Le digo que sí con la cabeza. No puedo hablar, siempre que lloro lo hago como los bebés, con hipo y todo.

—Me impresiona mucho verte llorar por mí. ¡A ti! —dice acunándome—. ¡A ti, George Sinese! ¡Mi niñita!

Es la primera vez que me llama así. Mis sollozos aumentan.

—Pero bueno... ¿sigues creyendo que no te amo?

—No, no, claro... pero al mismo tiempo me... nunca me pareció normal, ya lo sabes. Siempre tuve miedo de que un buen día te dieras cuenta de que yo no era un tipo para ti.

—¡Estás chiflado de verdad! ¿Crees que una se pasa treinta años queriendo a un tipo que no es para ella?

Reímos, o fingimos hacerlo. La noticia poco a poco hace mella, la desgracia se instala enseguida, y pienso ya en todas las cosas que van a cambiar. ¿Cómo sabré si está bien? ¿Cómo me llamará si me necesita? Toda la precariedad de nuestra relación emerge a la superficie. El *no* que le dije un día es el que hoy nos separa definitivamente. Nos decimos a menudo que hemos salvado lo esencial, que hemos guardado la mejor parte. Pero llega el

día cruel en el que, cuando sobrevienen las desgracias, aquel a quien amamos no puede ni llamarnos. Ahora soy menos que la última de sus amigas, y esa impotencia me deja destrozada. Es la revancha final de las legítimas.

—Me las arreglaré para tenerte al corriente, te lo prometo —afirma Gauvain—. Y además tienes que confiar en mí. Te aseguro que no tengo ninguna intención de estirar la pata. En absoluto.

12. Los naufragios del corazón

El 3 de noviembre siguiente, Lozerech ingresaba en el hospital de Rennes para que le hicieran un baipás.

El 5 de noviembre, el cirujano anunciaba que la operación había sido un éxito y que el enfermo estaba estable y su estado era lo más satisfactorio posible.

La noche del 7 de noviembre, Gauvain expiraba en la sala de reanimación sin recuperar el conocimiento.

—Mi hijo ha fallecido —me anunció su madre por teléfono, y pasaron unos segundos hasta que caí en la cuenta de que fallecer quería decir morir.

El siniestro vocabulario de la muerte, que no sirve más que unos días antes y unos días después, hizo su aparición. Fallecimiento, traslado del cuerpo, ceremonia religiosa, sepelio, el difunto... palabras sin realidad, palabras de las pompas fúnebres al uso en el seno de las familias desconsoladas y en las esquelas. Para mí Gauvain no había fallecido, estaba muerto. Mi cormorán no volvería a desplegar las alas.

El entierro tuvo lugar en Larmor. En la iglesia que apenas daba cabida a la familia y los amigos, MarieJosée decía adiós al padre de sus hijos, la madre Lozerech al benjamín de la prole y George Sinese lloraba al que todos creían amigo de la infancia.

Tras la misa, me uní al resto de la comitiva en dirección al cementerio, cuyas tumbas desaparecían bajo la profusión de crisantemos de Todos los Santos, y vi a Gauvain descendiendo hasta el fondo de la cripta familiar, con el acostumbrado chirrido de las sogas que él oía por última vez antes de sumirse para siempre en el silencio de la tierra. Debería haber tenido su agujero, como le gustaba decir a él, en el mar.

—No ha aprovechado mucho la jubilación, el pobre —repetía Yvonne, afligida por semejante desperdicio.

Como su marido, su hermano había cotizado toda su vida para después morir antes de recuperar su inversión. Por suerte para él, me decía yo. Los

cormoranes solo saben vivir en altamar. No aguantan mucho posados en el suelo.

En su hijo mayor reconocía yo, con el doloroso deseo de pasar mis dedos una vez más entre ella, esa cabellera pelirroja del padre, tupida y rizada en redondo como en algunas estatuas griegas, y los ojos de un azul intenso, que oscurecían apenas unas cejas arqueadas. Pero, por lo demás, era un extraño, delgado y alto, de hombros estrechos, que no tenía nada que ver con el aire imponente de Gauvain. Como para acentuar la diferencia, llevaba con aspecto distendido una cazadora americana.

La tripulación de Lozerech al completo, los hermanos que seguían vivos y sus amigos, todos estaban ahí, incómodos como suelen estar los hombres en los cementerios, con la gorra en la mano. Es el único recuerdo que habría querido de él, su gorra de marinero, esa cuya visera reluciente estaba deformada a fuerza de pasarle el pulgar, con ese gesto suyo que me era tan familiar, antes de ponérsela de nuevo sobre su pelo rebelde. Gracias a detalles así los muertos siguen entre nosotros: una forma de caminar contoneando el cuerpo, una carcajada, una mirada que se tambalea cuando se habla de amor.

Iba a pasarlo fatal en la vida sin él, iba a llorarlo muchas veces, como solía decir él con tanta gracia. Nadie me llamaría nunca más *karedig*. Pero me quedaría la certeza de haber recibido de él todo lo que puede irradiar el amor. Y mientras caían sobre su ataúd esas paladas insoportables, me pregunté de repente si, de entre todos los hombres a los que había amado, no era Lozerech mi legítimo.

—Era el mejor de mis hijos —repetía la madre Lozerech, con la mirada seca pero el cuerpo sacudido por el llanto.

Sí, era bueno, reconoció la mojigata, que surgió de ultratumba porque nos hallábamos en el reino de los muertos. Tú, no sé... pero él era un hombre bueno.

Llovía y el garbino soplaba tal como él lo había escuchado sin duda tan a menudo. Él no habría escogido otra música. Yo me palpaba por debajo del impermeable la cadena, el ancla y el colgante en el que no grabaría nada. Nada había terminado. Pero sentía escalofríos a pesar del buen tiempo, como si mi piel entera estuviera de luto por él. De luto por un hombre con el que nunca había pasado la Navidad.

Y, sin embargo, dentro de un mes pasaré mi primera Navidad sin él.

«Cuando uno está fingiendo, todo el cuerpo se rebela.»

ANAÏS NIN

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Los naufragios del corazón*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



* Abrigo tradicional bretón. (*N. de la T.*)

* ¡De pie, hombres libres, orgullosos seychellenses,

la igualdad para todos nosotros,

la libertad para siempre!

Nota biográfica

Benoîte Groult (París, 1920 – Hyères, 2016) fue una famosa periodista y escritora. Es autora de una extensa obra, celebrada tanto en Francia como en el resto del mundo, en la que destacan las novelas *Los naufragios del corazón* (1988; Libros del Asteroide, 2019), que fue llevada al cine en 1992, y *Casi toda una vida* (1983); el ensayo sobre la situación de la mujer en la sociedad *Así sea ella* (1975), bestseller que la consolidó como un referente del feminismo francés; y su autobiografía *Mon évacion* (2008). Varios de sus libros se convirtieron en éxitos de ventas internacionales. Fue, además, fundadora de la revista *F Magazine* en 1978 y jurado del prestigioso premio literario Femina desde 1982.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Los naufragios del corazón*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[El final del affaire](#), Graham Greene

[Una mujer inoportuna](#), Dominick Dunne

[A la caza del amor](#), Nancy Mitford